

A tu LADO

• KASIE WEST •



A tu
LADO

A tu
LADO
• KASIE WEST •

Traducción de María Laura Saccardo



P U C K

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *By Your Side*

Editor original: HarperTeen, un sello de HarperCollins Publishers

Traducción: María Laura Saccardo

1.ª edición: octubre 2018

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2017 by Kasie West

Los derechos de traducción fueron gestionados por medio de Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

All rights reserved

© de la traducción 2018 by María Laura Saccardo

© 2018 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17312-28-2

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

A mi Autumn, que es independiente, lista y muy sarcástica; una de mis combinaciones preferidas. ¡Te quiero!

1



Estaba encerrada en la biblioteca intentando no entrar en pánico. Encerrada de verdad. Sin escapatoria. Cada puerta, ventana, ventilación. Bueno, no había probado las rejillas de ventilación, pero estaba considerándolo seriamente. No estaba tan desesperada... todavía. Mis amigos se darían cuenta de lo que había pasado, regresarían y me liberarían, eso me aseguraba a mí misma. Solo tenía que esperar.

Todo empezó cuando tuve que ir al baño. Bueno, antes de eso hubo mucho refresco (unos dos litros de Dr Pepper que Morgan infiltró en la biblioteca). Ya había bebido más de lo que me tocaba de la botella, cuando Jeff se sentó a mi lado, invadiéndome con su aroma a árboles, cielo y luz del sol cada vez que se acercaba para preguntar mi opinión.

Cuando las ventanas se volvieron negras, los bibliotecarios nos pidieron que nos marcháramos, y recorrimos todo el camino hasta el aparcamiento subterráneo, en el que nosotros quince nos dividiríamos en cuatro coches, pero me di cuenta de que no aguantaría hasta la calle, sin mencionar todo el camino hasta la hoguera en el cañón.

—Tengo que hacer pis —anuncié después de arrojar mi mochila en el maletero del coche de Jeff. Lisa bajó su ventana. Su coche, junto al de Jeff, ya estaba en marcha.

—Pensé que vendrías en mi coche, Autumn —dijo ella, y me ofreció una sonrisa cómplice. Sabía que yo quería ir con Jeff. También sonreí.

—Estaré pronto de vuelta. No hay baño en el campamento.

—Hay muchos árboles —comentó Jeff mientras rodeaba el coche para cerrar el maletero de un golpe. Resonó por todo el aparcamiento vacío. En su coche ya se podían ver tres cabezas en el asiento trasero y una cuarta en el del acompañante. No. Todos me habían ganado. Tendría que ir con Lisa después de todo. No había problema, tendría tiempo de sobra para hablar con Jeff en la hoguera. No estaba en mi naturaleza el ser audaz en mis declaraciones de eterno afecto, pero con mis extremidades temblorosas por los dos litros de cafeína y la advertencia de Lisa de que Avi me robaría a Jeff, que resonaba en mi cabeza, me sentía poderosa.

Corrí de regreso por el largo pasillo, por las escaleras y a través del corredor acristalado que daba a un parque. Cuando llegué al nivel principal de la biblioteca, la mitad de las luces ya estaban apagadas.

La biblioteca era demasiado grande y necesitaba más baños, concluí al llegar. Abrí la pesada puerta de madera y rápidamente encontré un cubículo. El contenedor donde debían estar los protectores de papel para el asiento estaba vacío. Al parecer tendría que hacer equilibrios.

Mientras estaba volviendo a subir la cremallera de mis pantalones, las luces se apagaron. Solté un grito, después me reí.

«Muy gracioso, chicos». Dallin, el mejor amigo de Jeff, había encontrado sin duda el interruptor. Parecía algo que él haría.

Sin embargo, las luces permanecieron apagadas y no hubo risas que siguieran a mi grito. Debían tener detectores de movimiento. Sacudí las

manos. Nada. Me estiré para palpar la puerta, intentando no pensar en todos los gérmenes pegados a ella, hasta que encontré el pomo y la abrí. La luz de la calle brillaba por la ventana, así que pude ver lo suficiente para un riguroso lavado de manos. Era un baño ecológico, lo que significa que solo tenía secadores de aire. Escogí la velocidad como la forma más eficiente de secarme las manos, así que las restregué en mis vaqueros. Mi reflejo en el espejo era apenas una sombra, pero, de todas formas, me acerqué para comprobar que mi maquillaje no estuviera corrido. Por lo poco que veía, estaba bien.

En el salón, solo unas pocas luces superiores al azar iluminaban el camino. El lugar estaba completamente muerto. Aceleré el paso. La biblioteca por la noche era mucho más escalofriante de lo que podría imaginar. El corredor de tres metros de largo, cerrado por cristales, centelleaba mientras la nieve comenzaba a caer en el exterior. No me quedé a mirar, como estaba tentada a hacer. Con suerte, la nieve no arruinaría la hoguera. Si se mantenía ligera la haría mágica. Una noche perfecta para hacer confesiones. Jeff no se sorprendería cuando se lo contara, ¿o sí? No, estuvo coqueteando conmigo toda la noche. Incluso escogió la misma etapa que yo para el ensayo de Historia. No creo que eso haya sido coincidencia.

En cuanto a la cabaña con las chicas después de la hoguera, la nieve sería perfecta. Hasta puede que nos quedásemos atrapadas allí. Eso ya había ocurrido antes. Al comienzo me había preocupado, pero resultó un fin de semana genial: chocolate caliente, trineos e historias de fantasmas.

Llegué a la puerta del aparcamiento y empujé la barra metálica. No se movió. Lo intenté una segunda vez. Nada.

«¡Jeff! ¡Dallin! ¡No es gracioso!». Presioné la nariz contra el cristal, pero, por lo que podía ver a ambos lados, no había absolutamente ningún coche ni persona. «¿Lisa?».

Por costumbre, busqué mi teléfono móvil. Mi mano solo se encontró con el bolsillo vacío de mis pantalones. Había dejado mi mochila negra con todas mis cosas para el fin de semana (móvil, ropa, abrigo, cartera, bocadillos, cámara, medicamentos...) en el maletero del coche de Jeff.

No.

Corrí por toda la biblioteca en busca de otra salida. Algo que al parecer no existía. Seis puertas al exterior y estaban todas cerradas. Así que allí estaba, con la espalda apoyada contra la puerta del aparcamiento, sintiendo el frío que penetraba en mi piel, encerrada en una biblioteca vacía, luchando con la cafeína y la ansiedad dentro de mi cuerpo.

Un pánico que hizo que mi corazón palpitara con fuerza se abrió camino por mi pecho y me cortó la respiración. *Cálmate. Regresarán*, me dije a mí misma. Simplemente había demasiadas personas metiéndose en demasiados coches. Todos pensaron que estaba con alguien más. Una vez que los cuatro coches llegaron al campamento, alguien notaría que yo no estaba allí y regresarían.

Calculé el tiempo que se necesitaría para ello. Treinta minutos hasta el cañón, treinta de regreso: estaré aquí durante una hora. Bueno, después tendrían que encontrar a alguien que tenga una llave para abrir esta puerta. Pero eso no llevaría mucho más tiempo. Todos tendrían sus móviles. Llamarían al departamento de bomberos si tuvieran que hacerlo. De acuerdo, estaba poniéndome dramática. No tendrían que llamar a ningún número de emergencias.

Mi discurso motivador ayudó. Esto no era nada por lo que ponerse nerviosa.

No quería dejar mi lugar por miedo a que mis amigos no me vieran al regresar. O que yo no los viera o no los escuchara a ellos. Pero sin mi móvil ni mi cámara, no tenía forma de pasar el rato. Comencé a tararear una

canción, muy mal, después me reí de mi intento. Quizás podría contar los huecos en los paneles del techo o... miré alrededor y no se me ocurrió nada. ¿Qué hacían las personas para pasar el rato sin móviles?



... «skies are blue. Birds fly over the rainbow», mi forma de cantar no me conseguiría un contrato discográfico en un futuro cercano, pero eso no me impidió entonar unas cuantas canciones a todo pulmón. Me detuve, con la garganta irritada. Ha pasado al menos una hora.

Mi trasero estaba entumecido y el frío del suelo había ascendido por mi cuerpo, así que estaba temblando. Debían bajar la calefacción los fines de semana. Me levanté y me estiré. Tal vez este lugar tuviera un teléfono en alguna parte. No se me había ocurrido buscar antes. Nunca había tenido que buscar un teléfono; siempre llevo mi móvil conmigo.

Por séptima vez ese día, atravesé el corredor acristalado. Ahora todo estaba blanco. La tierra estaba cubierta de nieve, los árboles adornados con ella. Deseé tener mi cámara para poder capturar el contraste de la escena; las líneas oscuras del edificio y de los árboles contra la cruda blancura de la nieve. No la tenía, así que seguí caminando.

Comencé por la entrada, pero no pude encontrar un teléfono por ninguna parte. Debía haber uno en la oficina cerrada, pero un enorme escritorio me bloqueaba la vista. Incluso aunque descubriera uno, obviamente no tenía la llave. Tras un par de puertas de cristal se encontraba el lugar donde se guardaban la mitad de los libros. La otra mitad estaba detrás de mí, en la sección infantil. Estaba más oscuro allí, así que me detuve un momento junto a la puerta para que mis ojos se acostumbraran y pudiera distinguir el espacio

frente a mí. Largas y sólidas estanterías ocupaban el espacio central, rodeadas de mesas y asientos.

Ordenadores.

En la pared lateral había ordenadores. Podría mandar un e-mail o un mensaje directo.

Todo se volvió más oscuro una vez que entré. Había algunas lámparas de escritorio dispersas por la zona, así que busqué bajo la pantalla de una de ellas, para comprobar si eran de decoración o si realmente funcionaban. Se encendió con un brillo cálido. Cuando llegué a los ordenadores, ya había encendido tres lámparas. No servían para disipar la oscuridad en un espacio tan grande, pero creaban un ambiente agradable. Me reí de mí misma. ¿Un ambiente para qué? ¿Un baile? ¿Una solitaria cena a la luz de las velas?

Me senté frente a un ordenador y lo encendí. La primera pantalla que apareció me instaba a introducir el nombre de usuario de un empleado y la contraseña. Protesté. La suerte no estaba de mi lado esa noche, en absoluto.

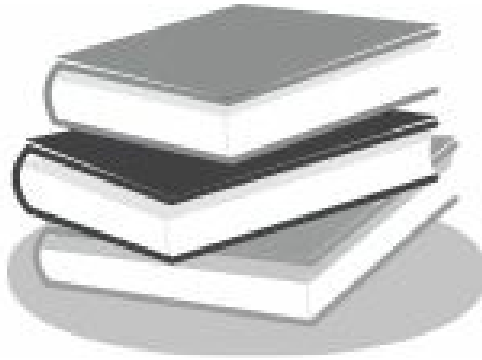
Escuché un ruido sobre mi cabeza y levanté la vista. No sé qué pensé que vería, pero no había nada más que oscuridad. El edificio era antiguo y probablemente solo estaba asentándose por la noche. O quizá era el viento o la nieve golpeando una ventana.

Otro ruido encima de mi cabeza me hizo salir de prisa al corredor. Me precipité por las escaleras y llegué a la puerta principal. Tiré de los picaportes lo más fuerte que pude. Las puertas se mantuvieron firmemente cerradas. Miré por la angosta ventana lateral. Se veían los coches pasando por la avenida principal, pero las aceras estaban vacías. Nadie me escucharía si golpeaba el cristal. Lo sabía. Ya lo había intentado más temprano.

Estaba bien. No había nadie más que yo en la biblioteca. ¿Quién más sería tan tonto como para quedar atrapado en una biblioteca? Sola. Sin escapatoria. Distracción. Necesitaba una distracción. Pero no tenía nada conmigo.

¡Libros! Este lugar estaba lleno de libros. Buscaría un libro, una esquina lejana y leería hasta que alguien me encontrara. Algunos incluso considerarían este escenario como un sueño hecho realidad. Yo podría considerarlo también. Había poder en los pensamientos. Ese era mi sueño hecho realidad.

2



Me desperté sobresaltada y necesité varios minutos para recordar dónde estaba; atrapada en la biblioteca. El libro que había elegido para leer descansaba abierto sobre mis piernas y mi cabeza había caído sobre el reposabrazos de una silla. Mi cuello crujió cuando me incorporé y me masajeeé una contractura. El reloj de pared sobre el mostrador de salida decía que eran las dos y cuarto.

¿Por qué nadie estaba preocupado por mí? ¿Me buscaban? Quizá lo estaban haciendo. En los lugares equivocados. ¿Todos habrían pensado que había ido a la hoguera? ¿Y que había decidido irme a casa desde allí?

Mis padres me matarían. Nunca era fácil convencerlos de dejarme pasar el fin de semana en la cabaña con las chicas. Tuve que negociar mucho. Mi madre es abogada y es demasiado buena haciendo que vea las cosas a su modo, así que siempre voy primero a mi padre. Además, él trabaja en casa (*creando el eslogan o el jingle perfecto para su negocio*. Son sus palabras, no las mías), así que él es el que está disponible para hacer pedidos. Una vez que lo tengo de mi parte, normalmente podemos convencer juntos a mi madre. La

negociación había sido algo así:

—Papá, ¿puedo ir a la cabaña de Lisa este fin de semana?

Él separó su silla del escritorio para enfrentarse a mí.

—¿Cuál suena mejor?: «Tommy's, porque todos los días son días de donuts».

—Ah. Cada día es un día de donuts. No he recibido el mío hoy, aún.

—O —levantó un dedo—, «Tommy's, son calientes y frescos».

—¿Quién es caliente y fresco? Suena como si estuvieras hablando de una casa llena de chicos de una fraternidad o algo así.

—Tienes razón, necesito la palabra *donuts* ahí, ¿verdad? —Volvió a girar en su silla y escribió algo en su ordenador.

—¿Entonces? ¿Puedo ir este fin de semana?

—¿A dónde?

—A la cabaña de Lisa.

—No.

Lo rodeé con mis brazos y apoyé la cabeza sobre su hombro.

—Por favor. Sus padres van a estar allí y ya lo he hecho antes.

—Todo el fin de semana es demasiado.

Le sonreí mientras ponía mi mejor cara de súplica.

—Estaré bien. Lo prometo. No saldré el próximo fin de semana. Me quedaré aquí y ayudaré en casa. —Sabía que estaba viniéndose abajo, pero aún no lo tenía—. Y pasaré tiempo con Owen la próxima vez que esté en la ciudad.

—Te *gusta* estar con tu hermano, Autumn. ¿O no?

Reí, eso era cierto.

—La compañía de tu madre tiene una cena en unas semanas. Así que vendrás con nosotros. Si eres capaz de lidiar con un fin de semana en la cabaña, deberías ser capaz de lidiar con la cena.

Nada podría haber sonado peor. Pero así eran los acuerdos para mí, hacer una concesión a cambio de algo que deseaba más.

—De acuerdo.

—De acuerdo —repitió él.

—¿Puedo ir?

—Tengo que hablar con tu madre, pero estoy seguro de que no habrá problema. Ten cuidado. Lleva tu teléfono. Tus reglas para el fin de semana: sin alcohol, sin drogas y nos llamas cada noche.

—Las dos primeras serán difíciles, pero, definitivamente, puedo con la tercera —bromeé y lo besé en la mejilla.

—Muy graciosa —dijo él.



Llamarlos cada noche. No los había llamado esa noche. No los llamaría la siguiente. Eso lo pondría en modo padre por completo. Llamaría a mis amigos. Si antes no habían comprendido por qué no estaba allí, se darían cuenta de que me habían dejado atrás en alguna parte del camino. Alguien sumaría dos más dos. Seguramente, mis padres no volverían a dejarme salir de casa después de esto, pero al menos alguien me encontraría.

Me dolía la cabeza, así que fui hasta la fuente que estaba fuera de los baños. Al menos tenía agua. Y nada más. *Nada* más. Negué con la cabeza. Esos eran los pensamientos equivocados. Alguien me encontraría pronto. Si no era esa noche, sería por la mañana, cuando abriera la biblioteca. No podía recordar a qué hora abría la biblioteca los sábados. ¿A las diez? Ocho horas más. Fácil.

Estaba empezando a hacer más frío. Encontré un termostato en la pared,

pero estaba cerrado. El edificio parecía demasiado exagerado con la seguridad.

A la distancia, pude apenas distinguir un sonido rítmico. Llegaba una música de algún lado. Corrí hasta la puerta y vi un grupo de personas caminando por la acera, riendo. Tenían un teléfono, o iPod, o algo, que brillaba en la oscuridad y reproducía música tan fuerte como para que yo la escuchara. Golpeé el cristal y grité. Ninguno de ellos se dio la vuelta ni se detuvo. Ni uno miró alrededor como si hubiera escuchado el rastro de un sonido. Volví a golpear y a gritar más fuerte. Nada.

«Escuchar música demasiado fuerte hace daño a los oídos», dije al apoyar la frente sobre el cristal. Fue entonces cuando vi un papel debajo de mí, pegado a la ventana. Lo despegué y leí: «La biblioteca permanecerá cerrada a partir del sábado 14 de enero hasta el lunes 16 de enero, en conmemoración del día de Martin Luther King Jr.».

¿Cerrada *todo* el fin de semana? ¿Los tres días? ¿Estaría allí encerrada durante tres días más? No. No podía hacer eso. No podía estar sola en un edificio enorme durante tres días. Esa era mi peor pesadilla.

Mi corazón latía tan de prisa que sentí que estaba presionando mi pecho. Mis pulmones no se expandían como deberían. Sacudí las cadenas que sujetaban los picaportes de la puerta principal. Tiré de ellas con todas mis fuerzas.

«Dejadme salir».

Una voz dentro de mi cabeza me sugería que me calmara antes de que todo empeorara. Todo iba bien. Así que, estaba atrapada en una biblioteca, pero iba bien. Podría leer y hacer ejercicio por las escaleras y mantenerme ocupada. Había un montón de distracciones en aquel lugar.

En mi nuevo estado de calma, escuché algo a mis espaldas. Pasos sobre la madera.

Me volví, apoyé la espalda contra la puerta. Y entonces vi la sombra de una figura en las escaleras, con un objeto metálico que destellaba en una mano. Un cuchillo. No estaba sola después de todo. Y definitivamente no estaba a salvo.

3



Me quedé tan pegada a la puerta como me fue posible. Tal vez la persona no me viera. No, eso era poco probable, teniendo en cuenta que segundos antes había estado golpeando la pared y tirando de las cadenas de la puerta. Bien podría también haber estado gritando: «¡Estoy atrapada en una biblioteca sola y estoy desesperada por salir!».

¿Cuál era mi plan entonces? Podría correr a algún lado. Encerrarme en una habitación. Aunque, hasta donde sabía, todas las habitaciones que tenían cerraduras ya estaban atascadas, conmigo fuera. Justo cuando estaba a punto de correr hacia algún sitio para encontrar un arma o dónde esconderme, él habló:

—No voy a hacerte daño. No sabía que había alguien más aquí. —Levantó sus manos y después, como si acabara de notar que sostenía un cuchillo, se agachó y lo guardó en su bota. Eso no me hizo sentir mejor.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Solo necesitaba un sitio en el que quedarme.

Genial. ¿Estaba atrapada en la biblioteca con un vagabundo? Un

vagabundo con un cuchillo. Tenía el corazón en la boca.

Noté que él intentaba hablar con una voz tranquila, pero resultó ser áspera.

—Vamos a sentarnos en algún sitio a hablar. Voy a buscar mi mochila. La dejé sobre las escaleras. Y después bajaré, ¿de acuerdo? —Sus manos seguían en alto frente a él, como si eso debiera hacerme sentir perfectamente tranquila—. No llames a nadie hasta que hablemos.

¿Ha pensado que yo llamaría a alguien? Si hubiera tenido acceso a un teléfono no estaría atrapada aquí. Si hubiera tenido acceso a cualquier medio de comunicación, un cuerno, una máquina de código Morse (¿esas máquinas tienen nombre?), no estaría aquí. Pero no iba a revelar mi secreto.

—De acuerdo —asentí.

En el instante en que me dejó sola, corrí de nuevo escaleras abajo y atravesé las puertas de cristal. Si él estaba armado, yo también quería estarlo.

Me escondí detrás de una estantería al fondo. Mi respiración era fuerte e irregular y no podía ver nada. Busqué frente a mí y cogí el libro más grande que pude encontrar. En el peor escenario, podría golpearlo con él en la cabeza.

—¿Hola? —dijo desde el otro lado de la habitación.

—No te acerques.

—¿Dónde estás?

—Eso no importa. ¿Quieres hablar? Habla. —Si actuaba con rudeza, tal vez él pensara que lo era.

Su voz se volvió más fuerte, más clara, así que debía estar caminando hacia mí.

—No hay razón para tenerme miedo.

¿Por qué no podía simplemente quedarse en el otro lado de la habitación? No necesitábamos estar tan cerca para hablar.

Al dar un paso atrás, mi rodilla golpeó la estantería y un libro tras otro

comenzaron a caer al suelo con un fuerte estruendo. Aferré el libro con más fuerza y salí hacia la puerta. Pero él fue más rápido y me bloqueó el camino. Sostuve el libro sobre mi cabeza.

—Detente —exclamé.

Él se acercó un paso. Le arrojé el libro. Él lo esquivó. Cogí otro de un estante cercano y lo arrojé. Ese golpeó su hombro.

—¿En serio? —dijo con las manos sobre la cabeza.

—Ya he llamado a la policía.

Él lanzó una maldición.

—Así que déjame sola. —Le lancé otro libro—. Estarán aquí en cualquier momento.

Ya estábamos más cerca y una de las lámparas que había encendido antes brillaba a nuestra derecha. Entonces me di cuenta: lo conocía.

—¿Dax?

—¿Te conozco?

Aún debía estar en la penumbra.

Aliviada, bajé el libro que sostenía. Dax Miller no hubiera sido mi primera opción de chicos con los que me gustaría estar encerrada en una biblioteca. De hecho, si hubiera podido elegir a cualquier chico de mi instituto, probablemente él habría sido el último. Su reputación no era precisamente estelar. Había historias sobre él. Pero no era un extraño. Y yo no le tenía miedo, así que me relajé de inmediato.

—Vas a mi instituto.

No estaba segura de que él me conociera, como la mayoría de las personas del instituto. Yo trabajaba en el anuario y sacaba fotografías constantemente, así que estaba en todos lados, todo el tiempo. Era difícil no ser bastante conocida cuando tenía que estar involucrada en tantos eventos. Pero a él nunca le había sacado una foto. Él no estaba involucrado en nada. Bueno, al

menos en nada patrocinado por el instituto.

Di un pequeño paso hacia delante, dentro del ligero resplandor de luz, para que pudiera verme mejor.

El reconocimiento atravesó su rostro. Su mirada fue desde mis hombros, mi cabello castaño claro, hasta mis botas negras y después subió a mis ojos. No pareció gustarle lo que vio.

—¿De verdad has llamado a la policía?

—No. —Pasé las manos por mis bolsillos—. No tengo teléfono.

Sus ojos analizaron mis bolsillos como si no me creyera, después asintió una vez y se acercó a la mochila que había dejado junto a una silla.

—¿Tú tienes? —Lo seguí.

—¿Si tengo qué? —respondió mientras abría la mochila.

—Un teléfono.

—No, no tengo.

Miré su mochila, desconfiando de que estuviera diciéndome la verdad.

—Solo necesito llamar a mis padres. Deben estar enfermos de preocupación. Nadie sabe dónde estoy. —Al menos eso creía, dado que nadie había venido a buscarme—. Solo lo usaré para decirles dónde estoy.

—No tengo teléfono. —Extrajo un saco de dormir de su mochila y lo extendió en el suelo.

¿Ha llevado un saco de dormir a la biblioteca? Él no estaba atrapado como yo. ¿Había planeado quedarse aquí desde el principio?

—Pero no eres un vagabundo —comenté.

—Nunca he dicho que lo fuera.

—¿Por qué estás aquí?

Él se metió en su saco de dormir y después se estiró y apagó la luz.

—¿Por qué te preocupaba que llamara a la policía? ¿Estás metido en algún lío? —insistí.

—¿Puedes callarte? Intento dormir.

Si no hubiera sentido todo mi cuerpo como gelatina, le habría dado una patada, pero en cambio, me acerqué a una silla, me senté y dejé caer la cabeza sobre mis rodillas. No debería haberme sorprendido. Dax era reservado en el instituto, un solitario; ¿por qué esperaba que me contara la historia de su vida entonces?

No tenía importancia. Yo estaba bien. Al menos estaba convencida de que él no intentaría matarme o lastimarme. A pesar de que Dax fuera... bueno, Dax... era mejor no estar atrapada ahí sola. Y él debía tener un teléfono móvil en esa gran mochila suya. Había llevado un saco de dormir, después de todo. Cuando se quedara dormido, revisaría sus cosas para encontrarlo. Una vez que tuve un plan de acción, me sentí mucho mejor.

Mi pecho se relajó lentamente y alivió a mis pulmones en llamas. Esto era lo más extraño que me había pasado jamás. Incluso podría ser una divertida historia más adelante. Mucho más adelante, cuando estuviera en casa con mis padres y en mi propia cama con mi bonito y cálido edredón.

Hacía frío aquí dentro.

Me estiré, después apoyé la cabeza en el reposabrazos de la silla y fingí dormir. No estaba segura de que él pudiera verme o de que estuviera mirando siquiera, pero quería que pensara que estaba durmiendo. Entonces, cuando me asegurara de que él también lo estuviera, encontraría su teléfono, llamaría a casa y todo esto habría acabado.

El reloj de pared anunciaba las 3:20. Mis ojos ardían por haber estado tanto tiempo despierta. Me preguntaba qué estarían haciendo mis amigos. Qué estaría haciendo Jeff. Conocía a Jeff desde primer año, me gustaba desde segundo y entonces, en mi último año, había decidido que era ahora o nunca. Los dos nos iríamos a la universidad al año siguiente y quería ver si la tensión romántica que flotaba cada vez que él estaba cerca podría traducirse en una

buena relación.

¿Había sido esa mañana cuando él me detuvo en el pasillo del instituto? Mi mente reprodujo ese intercambio:

—¡Autumn!

Me di la vuelta, cámara en mano y le tomé una fotografía. Él era fácil de fotografiar, sus facciones eran suaves, abiertas, amigables. Su sonrisa encendía todo su rostro, hacía que sus ojos verdes centellearan y que su piel olivá brillara.

—Debes tener más fotografías más que mis padres —comentó él. Probablemente las tuviera.

—No puedo evitarlo, la cámara te quiere.

—¿Acaso la cámara está invitándome a salir?

—La cámara no va a ningún lado sin mí.

Él alzó las cejas, como si quisiera que yo continuara con lo que estaba sugiriendo. Quería invitarlo a salir. Era cierto. Pero si iba a ser yo la que hiciera la pregunta, no sería en medio de un atestado corredor del instituto.

—Así que —continuó él—, estaba pensando en reunir un grupo para ir esta tarde a la biblioteca para hacer el trabajo que nos ha mandado el señor García. ¿Te sumas?

Probablemente debí haber dicho que no, pero cuando me ofrecen pasar más tiempo con Jeff, siempre intento aprovecharlo.

—Sí... quiero ir. Tendré que hablar con Lisa. Iremos a su cabaña con Avi y Morgan.

—Vamos antes y después, de camino a la cabaña, podemos detenernos en el campamento y hacer una hoguera para celebrar que terminamos el trabajo.

—Lo tienes todo planeado. —Reí y empujé ligeramente su hombro.

—Así es. Entonces, ¿podrás convencer a las chicas?

—Sí. Haré lo posible.

—Sé que lo harás. Les preguntaré a Dallin y a los chicos. Te veo esta noche.



Y me vio, antes de dejarme atrapada en la biblioteca. Si Jeff y yo hubiéramos estado encerrados en la biblioteca, en lugar de Dax y yo... esto habría sido divertido. A él ya se le habría ocurrido cómo deslizarse por las escaleras o cómo montarse en los carritos de libros por los corredores. Jeff era el opuesto exacto de Dax. Jeff sonreía fácilmente y bromeaba con frecuencia y, cuando estaba cerca, todos estaban riendo. Dax era oscuro y serio, y parecía hacer mi situación más agobiante.

Jeff. ¿Dónde estaba? ¿Habría pasado algo malo? ¿Habría pensado que lo he abandonado en la hoguera? ¿Por qué nadie había notado que yo no estaba? No tenía importancia. Pronto tendría un modo de hacer que todos supieran dónde estaba. Pronto tendría un teléfono.

4



La escena a mi alrededor era confusa, borrosa. La sensación era familiar, pero mi mente no lograba distinguir qué era lo que estaba sucediendo. Estaba en una habitación fría, sin puertas o ventanas. Era como un gran iceberg. En el instante en que lo pensé, las paredes se volvieron resbaladizas por el hielo y también el suelo. Todo estaba cubierto de hielo. Mis dientes comenzaron a castañetear tan fuerte que me provocaba dolor. Y después una fragancia masculina me envolvió. Como un abrazo de Jeff. Y entonces Jeff estaba ahí, abrazándome. La habitación de hielo desapareció, reemplazada por un campo verde sin fin. Estábamos de pie en medio, abrazándonos.

—Siempre me gustaste —susurró él—. No sé por qué hemos tardado tanto tiempo en admitirlo.

—Porque estaba asustada —respondí.

—¿De qué?



¿De qué estaba asustada? ¿De dejar que alguien se me acercara? ¿De darle el poder de lastimarme? ¿De perder el control? Las posibilidades no hacen tanto daño como las realidades. Las posibilidades son excitantes e infinitas. Las realidades son definitivas. Eso fue lo que siempre me detuvo con Jeff, la idea de que si le decía cómo me sentía y él no me correspondía, eso sería todo. No habría más «y si», no más «tal vez», no más sueños.

Sueño. Eso es lo que era. Solo un sueño. Todo era solo un sueño. Necesitaba despertarme.

Mis ojos se abrieron. El sol brillaba a través de las ventanas e iluminaba la habitación. La decepción cayó con fuerza en mi pecho. Soñaba. Pero estar atrapada en la biblioteca no era un sueño. Aún estaba aquí. Aún estaba atrapada.

Con Dax. Él ya no estaba acostado en el suelo. ¿A dónde había ido?

Me levanté de prisa y se me nubló la vista. Mientras me estabilizaba sentí cómo el saco de dormir resbalaba por mi hombro. Su saco de dormir. Él me había cubierto con su saco de dormir. Dejé que cayera hasta el suelo y después me quedé mirándolo allí, inútil. Inmediatamente extrañé su calor.

Eran las ocho de la mañana y estaba hambrienta. Nadie había ido a por mí.

—¿Es que el saco de dormir te ha ofendido?

Se me escapó un breve grito. Dax estaba sentado en una silla al otro lado de la habitación, con las piernas estiradas frente a él, cruzadas en los tobillos. Vestía un pantalón vaquero y una camiseta negra de manga larga. Su cabello oscuro estaba un poco húmedo, secándose en amplias ondas. Tenía una sombra de barba incipiente creciendo en el mentón. Sostenía un libro abierto presionado contra su pecho. La posición en la que estaba sentado: un hombro

más bajo que el otro, el juego de sombras en su rostro, el contraste del libro rojo contra su camiseta negra... algo me hacía desear tener mi cámara.

—No deberías sorprender así a una chica.

—No me he movido.

—Lo sé. Estaba bromeando. Es solo que no te he visto al principio. Gracias... por el saco de dormir. —Una oleada de frío me atravesó y reveló que aún lo necesitaba—. Tengo que... ir al baño.

—No necesitas informarme.

—Solo estaba diciendo... bueno. —Me levanté, bajé la pierna izquierda de mi pantalón, que de algún modo se había levantado durante la noche, y salí hacia el baño. El asiento estaba frío y el espejo comprobó que estaba en un estado peor del que pensaba. Tenía máscara de pestañas embadurnada a cada lado de mi rostro, mis ojos color avellana parecían más oscuros de lo normal. Mi cabello, en ondas perfectas el día anterior, era ahora una maraña descontrolada, y tres días sin lavarme la cara provocarían el peor brote de acné. Abrí el agua e hice mi mejor esfuerzo para limpiar los restos de máscara y enjuagarme la boca.

Me peiné el cabello con los dedos hasta dejarlo aceptable. Aún sentía dolor en el cuello por el ángulo extraño en el que había dormido y mi estómago no estaría contento conmigo si no encontraba comida en algún momento del día. Estaba enfadada conmigo misma por haberme quedado dormida la noche anterior, en lugar de seguir adelante con el plan de encontrar el teléfono de Dax. ¿Por qué estaba haciendo eso tan difícil? ¿Por qué le importaba que las personas supieran que estábamos ahí? ¿Estaba en alguna clase de problema con la ley... otra vez? ¿Qué había hecho esta vez? Ni siquiera estaba segura de qué había hecho la primera vez. Los rumores decían que había golpeado a un tipo. No me habría sorprendido que fuera cierto.

Estaba temblando de nuevo. Había estado tan encantada con mi atuendo la

noche anterior; una blusa color verde azulado, una bonita chaqueta ajustada y unos pantalones vaqueros. Pero en la biblioteca hacía calor mientras trabajábamos. Bochorno, incluso. Por centésima vez, deseé no haberme quitado la chaqueta y haberla guardado en mi mochila. No haber dejado mi mochila en el maletero del coche de Jeff. Mi mochila. Si hubiera tenido *eso* toda la situación habría terminado. Aunque no estuviera mi teléfono, tendría todo lo necesario para pasar el fin de semana.

Seguro que había comida en alguna parte. Los bibliotecarios debían almorzar. Un área de descanso, ¿tal vez? En el tercer piso, la encontré: una cocina. No solo había una nevera, sino también dos máquinas expendedoras, una de refrescos y una de bocadillos. Eran crueles de verdad, la comida exhibida, sin forma de llegar a ella. Le di una patada a la máquina de refrescos al pasar y pensé en meter la mano por la abertura inferior, pero descarté la idea. Una vez leí una historia en internet en la que un hombre tuvo que ser rescatado por los bomberos porque se le atascó el brazo en una máquina expendedora.

La nevera, a diferencia de todo lo demás en la biblioteca, no estaba cerrada. Era una enorme nevera para eventos. Casi había olvidado que las personas celebraban eventos y bodas en la biblioteca. La verdad es que era un edificio enorme e increíble que se había convertido en mi prisión. En el estante del medio había un trozo de tarta. Ni siquiera sabía por qué alguien lo guardaría, era muy pequeño. Pero lo comería con gusto más tarde.

Detrás de la otra puerta plateada, había un contenedor transparente de quién sabe qué, pero se podían ver los puntos oscuros de moho a los costados. Además de eso, había dos bolsas de papel misteriosas. Saqué la primera, con la inscripción *NO TOQUÉIS MI COMIDA* escrita con rotulador, y miré el interior; una manzana y un yogurt, caducado una semana antes. Considerando la advertencia, había esperado encontrar algo más digno de ser robado. Cogí la

manzana y dejé el yogurt para más tarde. En la otra bolsa había más fiambreras y una lata de refresco. Con cuidado levanté el envase plástico y lo destapé lentamente. No tenía mohos, pero tampoco podía distinguir de qué se trataba. ¿Pasta? ¿Vegetales? Olerlo no ayudó. Aquello podía esperar. Cogí el refresco y dejé lo demás.

En el armario encontré unas tazas de café y dividí la bebida en dos. Los cajones no tenían utensilios, pero encontré un cuchillo plástico. Se rompió de inmediato cuando intenté cortar la manzana con él. Solo comería la mitad y dejaría el resto para Dax.

Lavé la manzana durante treinta segundos bajo el agua tibia, después le di un bocado. Nunca nada había tenido mejor sabor. Encontré algunas servilletas guardadas en un cajón y, cuando terminé de comer mi parte, envolví la mitad restante, cogí las tazas y volví a bajar las escaleras para enfrentarme a Dax otra vez. Si tan solo pudiera hacer que confiara en mí, no necesitaría revisar su mochila. Él me lo entregaría con gusto. Lo haría. Yo era agradable. A las personas les agradaba. A Dax también le agradaría.

5



La sala principal de la biblioteca era luminosa durante el día; una gran cantidad de ventanas dejaban que se filtraran los rayos sesgados del sol. Llevé las dos tazas por sus asas y le ofrecí una para que él la tomara.

—¿Has encontrado café?

—¿Cola se acerca?

Me quitó una de las tazas y después le di la manzana envuelta en la servilleta.

—¿Qué es esto? —preguntó sin cogerla.

—Es media manzana.

—¿Encontraste media manzana?

—Encontré una manzana entera. Me comí la mitad. Puedo comerla toda si...

Él la cogió de mi mano extendida.

—... vale —levantó su taza hacia mí y bebió un trago. Sin siquiera un gracias—. Uno de los bibliotecarios debe ser un ladrón de manzanas. La bolsa en donde la encontré pertenecía a alguien acostumbrado a que le roben

la comida. Acabamos de aumentar esa desconfianza.

—Estoy seguro de que la reemplazarás más tarde.

—Tal vez lo haga —regresé a la silla en la que había dormido. Su saco de dormir seguía en el suelo. Lo miré durante un rato sin desear tener que usarlo, pero mi piel se estaba erizando cada vez más, así que me tragué mi orgullo y lo cogí. Envolví mis hombros con el saco y me senté, con la taza sujeta entre mis dos manos y el deseo de que tuviera una bebida caliente en su interior.

Cuando el refresco se acabara podríamos compartir un yogurt, después un poco de tarta y tal vez una comida misteriosa. Prácticamente podía sentir mi estómago contrayéndose. A menos que...

Miré a la mochila que se encontraba a sus pies.

Cuando levanté la vista, él estaba mirándome.

—¿Qué tienes ahí? —le pregunté.

Él debía haber sabido exactamente qué estaba mirando, porque respondió: «No mucho».

—¿Comida? Si planeabas quedarte todo el fin de semana, debes haber traído algo de comer.

—No planeaba quedarme aquí todo el fin de semana.

—¿Dónde planeabas quedarte? ¿Por qué has acabado aquí?

—Planeaba quedarme en otro sitio.

Esperé a que se explicara, pero esa fue toda su respuesta.

—No eres un gran conversador.

—Hablo cuando tengo cosas que decir.

—¿Se supone que eso explica algo?

—No se supone que fuera más que una respuesta.

Este iba a ser un fin de semana muy largo.

Él cerró el libro y lo dejó en la mesa a su lado, después se inclinó hacia el frente, con los codos sobre sus rodillas.

—¿Por qué estás aquí?

Quería darle una respuesta perspicaz que compitiera con las suyas. Algo como: «Quería comer manzanas robadas y leer libros todo el fin de semana». Pero me mordí la lengua. Tal vez si él sabía más sobre mí se daría cuenta de que solo quería salir de aquí. No estaba aquí para arruinar el plan que fuera que él tuviera.

—Tenía que hacer pis.

Volvió a apoyarse en su silla y a coger el libro, como si en verdad le hubiera dado una respuesta falsa.

—Estábamos aquí, trabajando en el proyecto de Historia que nos asignó el señor García. ¿Ya lo has hecho?

Debe haber notado que realmente estaba respondiendo su pregunta, porque en lugar de abrir su libro lo dejó sobre sus piernas y negó con la cabeza.

—Como sea, estábamos aquí, con un grupo, y nos quedamos pasada la hora de cierre para terminar los trabajos. Todos se estaban yendo, organizándose en sus coches, y yo tenía que hacer pis.

—¿Tus amigos te abandonaron? —Entonces su expresión cambió. Estaba sorprendido.

—Había cuatro coches. Lisa creyó que iba con Jeff.

—¿Tu novio?

—Él no es mi novio... aún. Pero sea como sea, el coche de Jeff estaba lleno, así que él debe haber pensado que me fui con Lisa o con Dallin o alguien. Pero no estaba con nadie... obviamente.

—Obviamente.

—¿Te estás burlando de mí?

—No. Estoy confundido.

—¿Con qué parte? —Dejé la taza vacía en la mesa a mi lado.

—Con la parte en la que no regresaron.

—Bueno, también es la parte con la que yo estoy confundida. —O algo así.

—¿Alguna clase de broma de novatos?

—¿Crees que mis amigos estaban haciéndome una novatada?

—Entonces, ¿fue un accidente? —Se encogió de hombros—. Todos se olvidaron de ti por accidente.

—No harían eso. Deben haber pensado que me fui a casa, o quizá no se dieron cuenta de que este es el sitio en el que me perdieron el rastro y ahora están buscándome en otro lugar. —Ya había repasado un millón de teorías de por qué no habían regresado a por mí, cada una peor que la anterior. Tuve que detenerme antes de volverme loca de preocupación.

—¿Te perdieron el rastro? —Descruzó sus piernas y volvió a inclinarse hacia mí.

—No sé dónde están. No sé por qué no regresaron. Seguro que hay una razón, una buena, y todos nos reiremos de esto cuando salga de aquí. Nos reiremos y todo tendrá sentido y será una historia que cuente siempre. La vez que quedé encerrada en la biblioteca con el...

Me detuve abruptamente. Mis mejillas se acalararon y bajé la vista a mis zapatos. No estaba segura de cómo pensaba terminar esa oración, pero ninguna opción era buena. ¿El criminal? ¿El drogadicto? ¿El hijo del drogadicto? Había escuchando de todo sobre Dax.

—Termina —dijo y levantó las cejas—. Estabas haciéndolo muy bien.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—No importa. Esa es mi historia. ¿Cuál es la tuya?

—¿La mía?

—¿Por qué estás aquí?

—Quería leer. —Levantó su libro.

—¿Y comer manzanas robadas?

—¿Qué?

—Nada. Es solo que, ¿te conté por qué estaba aquí y eso es todo lo que recibo a cambio?

—No hay libros en mi casa. Bueno, a menos que cuentes el Buen Libro. Pero ese no es utilizado más que para condenarme. —Pasó una mano por su pelo y no continuó. Como si ya hubiera dicho demasiado. Pero no había dicho nada.

—Bueno. No tienes que contármelo. Cuando salgamos de aquí seguiremos cada uno con nuestro camino.

—Hablando de eso —suspiró—. No sé cómo contarás esta historia cuando nos descubran tarde o temprano, pero ¿podríamos contar nuestras propias historias? Tú di lo de que querías hacer pis y yo saldré en cuanto las puertas se abran y seguiré mi camino.

—¿No puedo decirle a nadie que has estado aquí?

—Puedes hacer lo que quieras. Diles a tus amigos que estuviste atrapada aquí con el... lo que sea... pero a los bibliotecarios, los policías...

—¿Qué pasa con los policías? —pregunté mientras ajustaba el saco de dormir alrededor de mis hombros—. ¿Por qué estarían involucrados?

—Si alguien ha avisado sobre tu desaparición, estarán involucrados.

—¿Y qué ocurre si alguien ha avisado sobre *tu* desaparición?

—Nadie lo ha hecho.

—¿Por qué no? ¿No crees que tus padres estarán preocupados por ti?

—No.

—¿Estás en alguna clase de lío?

—No. No lo estoy. Pero no quiero problemas.

—No los tendrás por mi parte. —Al menos eso afirmaba en ese momento, mientras intentaba ganarme su confianza. Y su teléfono.

Con suerte, su teléfono sería más fácil de conseguir que su confianza.

Porque estaba segura de que su confianza no era algo que brindara regularmente.

6



Había escuchado muchos rumores sobre Dax en los pasados dos años. Lisa, quien se enorgullecía de saber todo sobre todos, me contó la mayoría en murmullos apresurados cada vez que lo veíamos en el instituto. Él se había incorporado a mitad del segundo curso. Su asistencia era irregular. Al comienzo del tercer curso pasó algunos meses en un centro de menores. Cuando regresó, tenía un tatuaje en el interior de su muñeca izquierda y estaba más callado que nunca. No tenía ningún amigo, hasta donde yo sabía, y nunca lo veía durante el almuerzo. Fuera del instituto, lo veía incluso menos. Una vez lo encontré en el cine con una chica que no había visto antes. Él nunca se percató de mi existencia. No es que me importara. Él era solo otro chico del instituto.

Sabía que no quería reconocerme por la forma en que me miraba. ¿Sabía siquiera mi nombre? Me di cuenta de que no lo había dicho ni una vez. No estaba segura del modo en que seguirían las cosas cuando finalmente fuéramos descubiertos allí, pero mi mayor interés por el momento era decirle lo que quería escuchar.

—Nadie tiene que saberlo.

Él volvió a la lectura sin una sola palabra de agradecimiento. ¿Sabía cómo decir *gracias*?

Me incliné y desaté mis botas. Las había tenido puestas durante demasiado tiempo y me dolían los empeines. Me las quité, preguntándome si sería una buena idea. Solo llevaba un par de calcetines delgados y mis pies se enfriaron de inmediato. Los recogí sobre la silla y los envolví con el saco de dormir.

—Hay unas máquinas expendedoras en la cocina, pero no tengo dinero... ¿tú tienes?

Él se recolocó en su asiento, buscó en su bolsillo trasero y extrajo una cartera. La abrió y cogió un solo billete. No podía distinguir desde donde estaba sentada si se trataba de un billete de un dólar, de veinte, o algo intermedio.

—Supongo que todas tus pertenencias de algún modo acabaron en uno de esos cuatro coches que se fueron sin ti y no regresaron.

—Regresarán.

Una esquina de sus labios se elevó en una sonrisa. Ah, bien, yo le hacía gracia.

—Es todo lo que tengo —dijo mientras señalaba la mesa en la que había dejado el billete—. Úsalo sabiamente.

—No tengo hambre ahora, así que podemos esperar.

—¿La mitad de la manzana te ha llenado?

—Debemos racionar. Si hay que aguantar hasta el martes, tendremos que espaciar la poca comida que encontremos. —Un yogurt, el trozo de tarta, el recipiente misterioso y lo que el dinero pudiera comprarnos, eso era todo lo que teníamos durante tres días, o hasta que pudiera encontrar su teléfono. Dejaría su mochila sola en algún momento.

—Doce horas atrapada en una biblioteca y ya eres una experta en

supervivencia.

—Pareces disfrutar burlándote de mí —afirmé, cruzada de brazos.

—Estaba siendo sincero. Es decir, si alguna vez estuvieras en una situación de vida o muerte, ya has aprendido a lanzar libros y a ir en busca de comida.

Los libros que le había arrojado la noche anterior estaban en una pila desordenada detrás de él. Necesitaba arreglar eso.

—Bueno, si alguna vez tú estuvieras en una situación de vida o muerte podrías leer y repartir insultos.

—Estoy leyendo sobre cómo sobrevivir tres días viviendo con una chica rica malcriada.

¿*Chica rica malcriada*? Él no me conocía para nada. Mis padres tienen dinero, es cierto, pero son irritantemente buenos en hacerme trabajar para obtener las cosas.

—Teniendo en cuenta que no quieres que le diga a nadie que estuviste aquí, eres muy bueno haciendo que quiera hacer exactamente lo contrario.

Él soltó un resoplido.

—Sé por la forma en que me miras que no mantendrás la boca cerrada. Ya te he descifrado por completo.

—No sabes nada sobre mí.

—Todo lo que necesito saber está escrito en tu cara.

—En este momento lo único que mi cara puede estar revelando es que creo que eres un idiota.

Él inclinó su cabeza como si dijera *exacto*.

Uf. Nunca había conocido a nadie más frustrante. No podía creer que aún me quedaran tres días completos con él. Tenía que salir antes. *Saldría* antes. Mientras tanto, no tenía que quedarme allí sentada a recibir insultos.

Caminé hasta el corredor acristalado. El cristal debía tener algún recubrimiento especial, porque no estaba empañado en absoluto, tampoco

tenía nieve adherida en ninguna parte. Pero fuera había nieve por todos lados. Me sorprendió la cantidad. Llegaba hasta las ventanas bajas que podía ver alrededor. Era mucha nieve. Tal vez por eso nadie estaba buscándome. ¿Estarían todos atrapados en la cabaña por la tormenta?

Mi mochila estaba en el maletero de Jeff. ¿Jeff no se dio cuenta de que no llegué allí cuando lo vio? Quizás él no abrió su maletero. Era la mañana del sábado. Probablemente aún siguiera en la cama. Cuando despertara y viera en su maletero... ¿abriría su maletero? Todo estaba muy jodido. Mi esperanza de ser rescatada antes del martes cuando reaparecieran los bibliotecarios se estaba desvaneciendo poco a poco.

No podía quedarme de pie en ese corredor mucho más tiempo. Estaba helado. Bajé corriendo, hasta la puerta del aparcamiento para echar otro vistazo. Nada había cambiado. Si empezaba a hacer aún más frío en la biblioteca, tendría que comenzar a hacer circuitos por las salas.

Sin deseos de volver a subir, me senté frente a la puerta e imaginé a Jeff aparcando el coche, bajando y sonriéndome a través del cristal, como si todo fuera parte de una broma divertida. Todo en la vida era divertido para Jeff.

Como el día anterior, cuando yo estaba buscando un libro de la Segunda Guerra Mundial en la sección de Historia de la biblioteca y Jeff apareció detrás de mí:

—Creo que por accidente he cogido el libro que estabas buscando.

—¿Por accidente?

—Te escuché mencionar el tema de tu trabajo, seguramente se quedó guardado en mi subconsciente.

Sonreí y quise coger el libro que estaba sujetando. Él lo levantó lejos de mi alcance. Cuando me reí, lo volvió dejar a mi alcance, solo para volver a repetir el gesto. Suspiré y esperé que lo pusiese en mis manos, cosa que hizo.

—¿Crees que el señor García nos ha obligado a usar la biblioteca para este

trabajo porque odia Google o porque es de la vieja escuela? —preguntó Jeff.

—Probablemente sea un poco de ambas, además de que sabía que así sería más difícil para nosotros. La verdad es que pienso que quería que pasáramos todo el fin de semana con esto.

—Probablemente no debimos escribir «la historia es algo del pasado» en la pizarra. Creo no le hizo mucha gracia.

—¿No debimos? —reí—. Tú escribiste eso. Yo pensaba escribir «*historia* escrito al revés es *airotsih*».

Nunca podría haber escrito eso. Ya me ponía demasiado nerviosa verlo a él haciéndolo.

—La mía también fue una broma. Creo que al señor García le gustó mi astuta observación sobre la asignatura que enseña —comentó Jeff.

—Pareces gustarle —volví a reír.

—A todos les gusto, Autumn. —Sus dedos acariciaron el libro junto a mi mano y me guiñó un ojo. Pudo haberlo dicho como un chiste, pero era real. A todos les gustaba Jeff.

»¿Cuándo fue la última vez que estuviste en una biblioteca? —preguntó.

—Cuando era niña. Mi madre solía traerme a la hora de lectura que organizaba Mamá Oca aquí. La mujer vestía como una señora mayor. Aún no tengo ni idea de por qué la llamaban Mamá Oca. Tendríamos que investigar eso hoy. Olvida la Segunda Guerra Mundial. Esta es la información que realmente necesitamos.

—Muy cierto. Si la llamaban Mamá Oca, debería estar vestida como una oca, no como una mujer mayor. Busquemos a la bibliotecaria y pidámosle que nos ilumine. —Después se rodeó la boca con sus manos—. ¡Bibliotecaria!

—*Shhh* —chisté.

—¿Qué? ¿He hecho algo mal? —murmuró entre risas.

—Tal vez deberíamos leer algo que realmente sirviera para poder escribir nuestros trabajos y salir de aquí.

—Cierto. El trabajo de Historia. En eso tenemos que trabajar. —Cogió un libro y pasó sus páginas, pero su mirada nunca se apartó de la mía.

Yo bajé la vista. Detrás de Jeff, como a la altura de su cintura, parecía haber una cabeza sobre un estante, cercenada. Grité antes de reconocer que se trataba de Dallin. Jeff se dio la vuelta.

—Vosotros dos tenéis que seguir con la lectura —comentó Dallin.

Jeff cogió los dos libros entre los que asomaba la cara de Dallin y los usó como prensa para aplastar su cabeza.

—¡No aplastes a mi genio! —gritó Dallin.

—Eres un idiota —afirmó Jeff.

Dallin no pudo dejar de reírse lo suficiente como para sacar su cuerpo del estante. Estaba segura de que estábamos a segundos de que nos expulsaran de la biblioteca.



—¿Qué estás haciendo?

Jadeé, expulsada de mi recuerdo por la pregunta de Dax. Giré en el suelo para ver por encima de mi hombro.

—Pareces tener el hábito de sorprender a las personas.

—Te he llamado dos veces. —Estaba en la puerta abierta al final del corredor, a diez metros de distancia.

—Ah, bueno, estaba pensando. —Como no dijo nada más, agregué—: ¿Necesitas algo?

—Hay un televisor en la sala de descanso. Pensé que querrías saberlo.

—¿Sala de descanso?

—Sí.

—No vi una sala de descanso cuando recorrí la biblioteca ayer.

—Supongo que te la perdiste, entonces. Aunque solo tiene canales locales.

Me levanté mientras él se alejaba. Era cerca del mediodía. No estaba segura de qué transmitían en los canales locales a esa hora, pero no me negaría a ver televisión. Di una vuelta a la esquina y me apresuré para alcanzarlo.

—Entonces, ¿qué hay? ¿Series?

—Es sábado.

Cierto. Nada de series. ¿Dibujos animados? Lo que fuera, sería algo.

—¿Conoces bien el horario de las series?

—De memoria —respondió sin expresión en su rostro.

Junto a la puerta a la que se acercó había una pequeña caja eléctrica. Necesitaríamos alguna clase de tarjeta de empleado para abrir la puerta. Algo que no teníamos. A Dax eso no pareció importarle; movió un poco el picaporte, le dio un fuerte empujón a la puerta y se abrió. ¿Con cuánta frecuencia se había quedado en la biblioteca? Parecía conocer muy bien el lugar.

—¿Cómo has hecho eso?

—Es un edificio viejo. Algunas puertas son más fáciles de forzar que otras.

—¿Qué puertas? —lo seguí.

—Ninguna hacia el exterior.

Pero ¿qué había de las otras? ¿Alguna que pudiera tener un teléfono detrás? Tendría que volver a probarlas todas más tarde.

Dax se detuvo frente a una máquina expendedora. Analizó los artículos en exposición detrás del cristal. Yo fui de inmediato al refrigerador que no había explorado aún. Lo abrí y no encontré más que viejos sobres de ketchup. Lo cerré con un suspiro y me uní a Dax frente a la máquina expendedora.

Aún no tenía idea de cuánto dinero tenía. ¿Podríamos conseguir una bolsa de *pretzels* o cinco? Pensé que, tal vez, podríamos votar por qué escoger, pero él deslizó su billete por la ranura y comenzó a presionar botones.

—No tengo ninguna alergia —comenté. Mi método pasivo agresivo de decirle que no estaba siendo considerado.

—Bien. —Fue todo lo que dijo mientras caía una bolsa de patatas fritas. Sacudí la máquina, pero nada más se liberó con el movimiento. En la pantalla digital decía que aún le quedaban cuatro dólares. Presionó algunos botones más y cayó una barra Payday. Repitió la sacudida, con el mismo resultado.

Después retiró sus dos artículos de la abertura inferior, se hizo a un lado y me señaló para que hiciera mi elección. Ah. ¿Ese había sido siempre su plan? ¿Qué ambos pudiéramos escoger un par de cosas?

—Gracias —murmuré y me acerqué para ver mis opciones—. Te lo pagaré.

—No es necesario.

Escogí patatas y una Payday también. Supuse que el cacahuete era la cosa más cercana a algo saludable y sustancioso que encontraría en la máquina. Quedaba un dólar, así que me hice a un lado.

—¿Alguna preferencia? —preguntó mientras miraba las opciones.

—No, en realidad. —Me encogí de hombros.

—¿Algo que odies por completo?

Lo miré alzando las cejas y sonreí.

—En la máquina —agregó sin morder el anzuelo.

—No, lo que quieras.

Él escogió otra Payday. Probablemente una buena elección.

Era una habitación pequeña, por lo que había pensado que estaría más caliente que el área principal de la biblioteca. No lo estaba. Probablemente se debiera a que una ventana cubierta de hielo ocupaba una gran parte del muro

trasero.

Dax cogió el mando del televisor colocado en un carro metálico. Me lo entregó y después dejó la habitación sin decir una palabra.

De acuerdo, supuse que no quería ver televisión, solo ponerme en cuarentena. Debía haber arruinado por completo su fin de semana. ¿Su fin de semana de qué? ¿Lectura? ¿Estar solo en una biblioteca? Tal vez había planeado robar algo allí y yo le había arruinado el plan. ¿Acaso la biblioteca tenía algo que robar?

Apunté el mando hacia el televisor y presioné el botón de encender. Pasé los canales: golf, tenis, dibujos animados y una película vieja. Lo dejé ahí, me senté en el sofá y abrí la barra Payday.

—¿Esa era la única opción? —preguntó Dax al regresar a la habitación. Tenía puesta una sudadera y traía su saco de dormir rojo, que arrojó sobre mis piernas antes de sentarse en el lado opuesto del sofá.

Estaba tan sorprendida que tartamudeé un «N-no» y le entregué el mando.

Él cambió y se detuvo en los dibujos animados; *Scooby-Doo*. Yo me envolví en el saco. Desprendía una fragancia muy masculina, y me pregunté si así sería cómo olía de cerca Dax. Después me pregunté por qué me estaba preguntando algo así.

Vimos los dibujos animados en silencio durante unos cuantos minutos hasta que yo hablé.

—Uno pensaría que después de la milésima vez que el monstruo resulta ser una persona disfrazada, comprobarían si tiene una máscara *primero*.

—Y entonces sería un programa de dos minutos. —Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Quizá tenía sentido del humor después de todo. Enterrado muy profundamente. Quizá en el fondo de su mochila.

Su mochila. Estaba sola en la otra habitación, sin supervisión. Él acababa de abrir su golosina y de sentarse en el sofá. Incluso ha puesto los pies sobre

la mesita de café. Tenía al menos diez minutos. Fingí estirarme. Había dado dos bocados a mi barra de cacahuete. Tenía que guardarla para después, de todas formas. La volví a guardar en su paquete y la dejé en la mesa junto con las patatas fritas.

—Regreso en un minuto. Baño.

—No tienes que...

—Cierto. No quieres saberlo.

¿Era tan difícil decir un simple *de acuerdo*? Estaba acostumbrada a decirles a las personas a dónde iba porque siempre estaba en grupo. Claro que eso no me sirvió de mucho la noche anterior. Quizá él no estaba acostumbrado a decir qué hacía porque siempre estaba solo. Al llegar a la puerta, miré por sobre mi hombro. Su atención estaba completamente centrada en la televisión. Eso me venía perfecto.

7



Al llegar a la sección correspondiente de la biblioteca, la mochila de Dax ya no estaba donde la había visto por última vez. ¿La habría escondido? Pero después me di cuenta de que solo la había metido debajo de una silla. Me apresuré, consciente de que no tenía mucho tiempo, y me puse de cuclillas. La correa negra sobresalía, tiré de ella. Estaba atascada con algo, así que necesité unos cuantos tirones para liberarla. Escuché atentamente para asegurarme de que no estuviera acercándose.

Abrir esa cremallera fueron los cinco segundos más ruidosos de mi vida. Pareció resonar por toda la habitación mientras yo contenía el aliento. Miré por encima de mi hombro para asegurarme de que aún estuviera sola. Lo estaba. La mochila tenía todo lo necesario para pasar la noche: elementos de higiene (lo mataría por no decirme que tenía dentífrico), ropa extra, calcetines, algunas barras de proteínas (¿planeaba compartirlas?) y, finalmente, en el fondo de la mochila encontré lo que buscaba. Un teléfono. Era un viejo modelo con tapa y, al abrirlo, la pantalla estaba negra.

No sabía cómo encenderlo. Presioné el botón lateral durante unos

segundos. No ocurrió nada. Entonces probé con el botón con el dibujo de un teléfono verde. Nada tampoco.

—¿En serio? —dijo Dax a mis espaldas.

Me volví hacia él, aún en cuclillas, e inmediatamente perdí el equilibrio y caí sobre mi trasero. Su teléfono quedó frente a mí, a plena vista.

—Tienes un teléfono —dije—. Estoy atrapada aquí y tú tienes un teléfono.

—¿Has estado hurgando en mis cosas? —Era una pregunta, pero por la ira en su voz parecía más una acusación.

—Tuve que hacerlo, porque me dijiste que no tenías un teléfono, pero la verdad es que sí tenías uno. Solo quiero llamar a mi familia. Estarán muy preocupados por mí.

—Adelante. —Señaló el teléfono.

¿Era una clase de truco? Volví a mirar la pantalla negra.

—No puedo encenderlo.

—Exacto. —Lo arrebató de mi mano, volvió a meterlo en su mochila y lo cerró.

—¿Qué quieres decir con *exacto*? ¿Puedes encenderlo?

—No, no puedo. No le quedan minutos ni batería.

—Oh. —Seguía en el suelo, demasiado desanimada para levantarme—. Bueno, eso no es de mucha ayuda.

—Sabes, antes de venir aquí olvidé pensar en ti y en tus necesidades.

—¿Por qué guardarías un teléfono muerto? ¿Tienes el cargador aquí?

—Dímelo tú.

—¿Por qué me seguiste hasta aquí, de todas formas?

—Porque saliste de la habitación pareciendo culpable de algo, como si estuvieras a punto de cometer un crimen.

—¿Conoces bien esa expresión?

—Mantente lejos de mis cosas —dijo en voz baja, casi inaudible.

—Siento haber hurgando en tu estúpida mochila. Solo quiero salir de aquí. Mi familia debe estar muerta de preocupación. ¿Tu familia no está preocupada por ti?

—No.

—Estoy segura de que lo está. ¿Te has escapado?

—No.

—Entonces, ¿qué? ¿Solo te has ido? ¿Les parece bien que simplemente te vayas el fin de semana? ¿Que pases la noche en bibliotecas vacías?

—Me dejan ir y venir cuando quiera y yo no los acuso por la hierba que cultivan en el sótano. Nos va bien así.

Me quedé en silencio, estupefacta. Había escuchado que su madre era drogadicta, pero era difícil saber qué era rumor y qué realidad.

—¿Tus padres cultivan hierba en el sótano?

—Mis padres de acogida. Pero olvídate de lo que he dicho.

Por alguna razón estaba más sorprendida de que se tratara de sus padres de acogida que si se hubiera tratado de sus verdaderos padres.

—No me mires así. Es perfecto. La mejor situación que he tenido hasta ahora.

—Lo siento mucho. —¿La mejor situación que había tenido?

—¿Por qué? Tengo libertad. Yo lo siento por ti y tu patética vida predecible.

—Tal vez lo siento porque te ha convertido en un completo idiota.

—Mejor ser un idiota que una princesita inocente y malcriada.

Solté un suspiro de frustración. Ahí estaba esa palabra otra vez. ¿Por qué me molestaba? Yo no era una de esas chicas que necesitaban reformar a chicos arruinados. Me levanté, comencé a alejarme, pero antes de llegar muy lejos, regresé a su mochila, la abrí y dije:

—Cogeré prestado tu dentífrico.

Su expresión era mitad sorpresa y mitad enfado cuando salí otra vez, dentífrico en mano.

Al llegar al baño, apoyé la espalda contra la pared de azulejos fríos y me cubrí el rostro con las manos. Él no tenía teléfono, la única cosa que me había dado esperanzas. Definitivamente estaba allí atrapada.

Mientras mi respiración se aceleraba, me recordé a mí misma concentrarme en las cosas buenas. Tenía dentífrico. Y un televisor. Podría sobrevivir con eso.

8



Mientras los créditos de la película pasaban por la pequeña pantalla en la sala de descanso, un recuerdo invadió mi mente. Algunas semanas atrás habíamos ido en grupo al cine. Jeff, el primero de los chicos en llegar, pasó sobre toda una fila de personas para sentarse junto a mí.

—¿Este asiento está reservado para Lisa? —me preguntó. Sí lo estaba

—No —respondí justo mientras Lisa entraba y veía su asiento ocupado. La miré por encima del hombro de él y ella solo sonrió. Le debía una.

—Entonces, ¿estaba reservado para mí?

—Puede ser —le respondí y cogí un puñado de sus palomitas.

—El primero es gratis —dijo él.

—Ah, es verdad. ¿Y qué precio tiene otro puñado?

—¿Por qué no lo descubres? —dijo con las cejas en alto.

No le seguí la corriente y cambié de tema.

—¿Dónde están Dallin y los demás? —Antes de que Jeff pudiera responder, Dallin y los demás entraron, riéndose.

—Mi madre va a matarlos —dijo Zach mientras intentaba ordenarse el pelo

—. Estaba castigado.

—Por eso te secuestramos —afirmó Dallin—. Ahora puedes culparnos cuando ella se enfade.

—¿La funda de almohada era necesaria? —Zach seguía ordenándose el pelo. Jeff estaba riendo y miré en su dirección.

—¿No querías ir con ellos a secuestrar a Zach? —pregunté.

—Quería llegar aquí temprano. —Se encogió de hombros.



¿*Cuál era mi problema?*, pensé mientras apagaba el televisor. Cada vez que estaba lejos de Jeff, fuera de nuestras interacciones, podía ver las señales con claridad. Pero siempre que estaba con él, era como si mi cerebro tuviera un cortocircuito y no pudiera distinguir si yo le gustaba o no. Tenía que dejar de pensar tanto. Si contratara a mi padre para que le pusiera un eslogan a mi vida, probablemente sería así: «Sal de tu cabeza». O «No es tan malo como tu mente te hace creer». Pero esas simples frases eran mucho más fáciles de decir que de hacer.

Intenté obligarme a dormir. Estaba cansada. Me dolían los hombros, mis ojos ardían y mi cabeza palpitaba. Una siesta ayudaría. Pero habían pasado unas horas de mi pelea con Dax y me sentía mal por haberlo llamado *idiota* otra vez. Yo no me peleaba con nadie. Nunca había llamado *idiota* a alguien. Odiaba los conflictos, pero él parecía sacarme de quicio. Pero pensando en los dos días que se avecinaban, con frío y sola, sabía que tendría que esforzarme más para congeniar con él.

Tendría que cerrar los ojos. Sus padres de acogida cultivaban drogas en el sótano de su casa. Eso ya era lo suficientemente malo, pero no podía ignorar

la segunda parte de lo que había dicho. La parte de que lo dejaban ir y venir como quisiera. La verdad es que sonaba como libertad, pero realmente significaba que ellos no se interesaban por él, sino por el dinero que les proporcionaba alojarlo. Tenía la sensación de que, a pesar de su actitud frívola al respecto, él sospechaba lo mismo.

Mientras estaba ahí, recostada mirando la mesita de café que se encontraba frente a mí, vi un pequeño cajón. Me acerqué y lo abrí. Había solo un mazo de cartas adentro. Lo tomé y lo di vueltas una y otra vez en mis manos. Tardé cinco minutos en convencerme de que sabía lo que tenía que hacer.

Bajé las escaleras. Aún había luz fuera y la habría durante algunas horas más. La verdad es que se estaba más caliente en ese piso. *Caliente* era la palabra equivocada en realidad; *menos frío* era una mejor descripción. Dax estaba sentado exactamente igual que antes. Aunque esta vez su cabeza descansaba en su mano izquierda. Podía ver el tatuaje de su muñeca, pero no estaba lo suficientemente cerca para ver de qué se trataba. Él me miró por encima de su libro, como si esperara que yo dijera algo.

—Hola. —Fue mi patética reacción.

Como no dije nada más, él regresó a la lectura.

Decir *hola* no era mi razón para estar allí. Meforcé a decir las siguientes palabras.

—Encontré un mazo de cartas. —Él miró la baraja que comencé a girar en mis manos.

»Eh... ¿quieres jugar?

—¿A qué juego? —preguntó él.

—No importa. Al que quieras. —Sentí que si le decía la respuesta incorrecta no aceptaría.

—No tienes que hacer esto. —Suspiró.

—¿Hacer qué?

—Ya sabes qué.

Lo sabía. Sentía pena por él y podía verlo en mi rostro, igual que pudo ver mi desagrado y mi miedo la noche anterior. Al igual que supo que revisaría su mochila horas antes. ¿Realmente era tan transparente?

—Trátame como siempre lo has hecho.

—¿Y cómo es eso? —Hasta donde sabía, hasta la noche anterior, jamás lo había tratado de ningún modo.

—Ignórame. Dos días más y volverás a subirte a ese tren. Bien podrías mantener ese hábito.

—Eso es injusto —*ay*—, no te conocía. Tú no querías ser conocido. Y te diré que eres igual. Tú eres el que me ignora. Ni siquiera sabes mi nombre.

Esa última frase debió haberlo cogido por sorpresa, porque, por primera vez, su expresión cambió y me miró a los ojos. Con la guardia baja parecía más joven: grandes ojos color café, cabello oscuro ondeado, una expresión vulnerable en su rostro.

—Autumn.

Entonces fue mi turno de estar sorprendida. Habría jurado que tenía razón sobre eso. El repentino cambio de energía me quitó las ganas de pelear.

—Solo juega conmigo a algo estúpido. Estoy aburrida.

Él no se movió.

—Soy insistente.

—Más bien, irritante. —Esbozó apenas una sonrisa, pero se levantó y nos acercamos a una de las amplias mesas de roble.

Me senté frente a él y abrí la baraja. Mezclé las cartas y las repartí, cinco para cada uno.

—¿A qué estamos jugando? —preguntó él.

—Póker. De cinco cartas. —Mi padre tenía noche de hombres en casa y algunas veces me dejaba participar si alguno de los jugadores faltaba. Incluso

me pasaba algunas cartas y me ayudaba a ganar algunas rondas. Estaba segura de que todos lo sabían, pero nos hacía reír.

—De acuerdo. —Dax cogió sus cartas, su aire de confianza desvanecido.

Tal vez estaba molesto por su mano. Yo también levanté la mía. Tenía un par de treses, un as de picas, un rey de corazones y dos de trébol. Básicamente nada. ¿Tendría que quedarme un par bajo o esperar otro rey o as cambiando tres cartas?

—¿Quieres cambiar alguna? —pregunté.

—Yo... —Volvió a analizar su mano—. ¿Tengo que conseguir el mismo palo o hacer pares?

Pude sentir que mi boca se abría antes de poder detenerla. ¿No sabía jugar póker? ¿No era él quien había pasado cuatro meses detenido en un centro de menores? No es que supiera lo que ocurría allí, pero imaginaba que el póker era algo común.

—¿No sabes jugar?

—No.

—De acuerdo.

—No es *tan* sorprendente.

—Lo es un poco —dije riendo—. Eh... —Nunca antes había tenido que explicarlo—. Hay muchas versiones del póker, pero esta se llama *póker de cinco cartas*. Cada uno recibe cinco cartas.

—De ahí el nombre.

—Correcto. —Sonreí—. Y después puedes cambiar hasta tres de esas cartas por otras tres de la baraja.

—¿Tengo que cambiar?

—No. Cada mano tiene un valor diferente. A la mejor se llama *escalera real*. Es cuando tienes un diez, una sota, una reina y un rey del mismo palo. Puedes tener una escalera de color... —Me detuve, porque noté que

explicarlo llevaría mucho tiempo. Además, él estaba mirándome inexpresivo. Lo había perdido.

»Quizá solo deberíamos jugar y te lo explico sobre la marcha. De hecho, mostremos nuestras cartas en las primeras rondas y te diré lo que haría si tuviera esa mano.

»Entonces, veamos. —Puse mis cartas hacia arriba sobre la mesa—. Tengo un par de treses y realmente no mucho más. Aunque... el as es una carta alta, así que si ambos terminamos con la misma mano, yo podría ganar con el as. Pero si tú tienes algún par más alto, podrías ganarle a mis treses. Así que, estaba pensando en conservar las figuras y cambiar mis treses y mi dos. ¿Lo que digo tiene algo de sentido?

—Sí. —Él dejó sus cartas hacia arriba. Tenía dos sietes, dos jotas y un cinco.

—Maldito. Ya me estás ganando.

—¿Así que esta es una buena mano?

—Bueno, algo así. Es decir, es la tercera más baja. Hay siete manos que pueden ganarle, pero eso asumiendo que yo tenga una de esas siete. Una *full house* sería mejor. Así que, definitivamente cambia tu cinco y espera que llegue una jota o un siete. Pero en este punto, de cualquier forma es probable que le ganes a mi mano.

Él me pasó su cinco y yo le arrojé una carta, cara arriba, sobre las que tenía frente a él. Era un siete.

—Suertudo HDP —bufé.

—¿Acabas de llamarme HDP?

—Lo siento. Es lo que mi padre siempre dice a sus amigos cuando juegan. Olvidé su significado hasta que lo he dicho.

—Entiendo que acabo de mejorar mi mano —comentó al mirar sus cartas.

—Claro que sí. —Dejé mis dos y mi tres boca abajo junto a la baraja y cogí

tres cartas más. Obtuve un par para mi rey, pero las otras dos fueron un ocho y una jota—. Así que, un par de reyes. Básicamente, la peor mano. Tú ganas.

—¿Qué gano?

—Bueno, si hubiéramos apostado algo, harías ganado la apuesta. Pero ya que no lo hicimos, tienes el honor de ganar tu primera ronda de póker.

Él no respondió.

—Entonces, ¿quieres jugar apostando algo? —pregunté y miré sus ojos oscuros.

—Ya sabemos que no tienes nada —dijo.

—Podemos jugar por secretos. Preguntas.

Tenía la sensación de que esa era la única manera en la que llegaría a conocer a Dax, porque ciertamente no tenía voluntad de compartir ninguna historia sobre sí mismo. Y, a pesar de que mi juicio decía lo contrario, sentía curiosidad sobre la razón por la cual él era como era; ese oscuro y antisocial solitario.

9



-¿Has estado haciendo trampa? —pregunté después de una hora de juego. Hacía tiempo que habíamos dejado de mostrar nuestras manos. Él comprendió el juego de inmediato. No sabía bien qué manos eran mejores que otras, así que lo suponía, pero eso no importaba: aun así me ganaba en casi todas las rondas. Me alegré de que hubiera rechazado mi oferta de jugar con secretos—. Ya sabías cómo jugar, ¿no es así?

—Nop.

—¿Estás escondiendo cartas en tu manga o algo? —Sin pensarlo, cogí su mano, giré su palma hacia arriba y pasé mis dedos por su muñeca. Podía ver su tatuaje claramente. Tres números: 14, 7, 14. Mis dedos recorrieron los números sin mi permiso... y sin el suyo.

—Yo no hago trampa —afirmó mirándome a los ojos.

—Era una broma. —Alejé mi mano.

—Quizá tienes que mezclarlas mejor. —Recogió sus cartas y me las devolvió.

Comencé a protestar, pero noté que estaba bromeando cuando se dibujó

una sonrisa en sus labios. Una sensación de hormigueo subió por mis brazos. Los froté; hacía más frío del que pensaba.

—Soy una gran mezcladora. Es solo que tú tienes suerte. Mucha, mucha suerte.

—Me has pillado. Soy el tipo más afortunado de la Tierra.

Su voz no sonó sarcástica, pero sabía que estaba siendo sarcástico. Y tenía razón. No tenía suerte fuera del juego de cartas. Además de eso, a pesar de que estaba ganándome con facilidad, el juego había hecho poco por su humor. Si algo había hecho, había sido volverlo más reservado.

—¿Qué representa? —Señalé el tatuaje con mi cabeza.

—Tengo otra sudadera.

Necesité un momento para comprender que no estaba respondiendo a mi pregunta con esa afirmación. Pero cuando noté que aún estaba frotando mis brazos en lugar de presionarlo para responder, asentí rápido, repetidas veces.

—Sí, tengo frío. Hace frío aquí, ¿verdad? ¿Crees que haya manera de arreglar ese termostato bloqueado?

—No lo sé. —Se levantó y caminó hacia su mochila, de la que sacó una sudadera gris para mí.

Si antes pensé que su saco de dormir tenía su aroma masculino impregnado, su sudadera bien podría haber estado sobre su cuerpo. Olía increíble. Me la puse y llevé el cuello a mi nariz antes de poder pensarlo mejor.

—Ha estado en mi mochila durante un tiempo —dijo como si pensara que me molestaba el olor, en lugar de estar intentando contener un suspiro.

—No, está bien. Gracias.

Él volvió a sentarse mientras yo repartía otra mano. Desde el momento en que evitó mi pregunta, lo único que podía mirar era su tatuaje. Me preguntaba cuál era su significado, por qué no me lo contaba. Había tantas cosas que me

preguntaba de él.

Levanté mi mano. Era amable por primera vez.

—¿Ya estás listo para jugar con preguntas? —arriesgué.

—¿Qué quieres decir?

—Si yo gano, puedo hacerte una pregunta que tendrás que responder honestamente. —Junté mis cartas para mirarlo—. Si tú ganas, tú puedes hacerme una.

—Te das cuenta de que he ganado las últimas nueve rondas.

—¿Nueve? ¿De verdad? ¿Has estado contando?

—Sí.

—Entonces no tienes nada que temer —reí.

Él levantó sus cartas y miró cada una.

—¿Entonces? ¿Eso es un sí?

—¿Por qué no?

Volví a desplegar mis cartas y traté de mantener mi rostro calmado, inexpresivo.

—¿Quieres cambiar alguna carta?

—Una.

Le deslicé una carta, después también cambié una. No pude evitar sonreír cuando me dio una *full house*. Él exhibió una escalera real y mi sonrisa se desvaneció.

—Así que, mi pregunta es: ¿Dónde crees que están tus amigos? Honestamente —preguntó antes de que le mostrara mis cartas siquiera.

La pregunta fue como un jarro de agua fría.

—¿Cómo sabes que has ganado?

Él apoyó los brazos sobre la mesa y señaló mis cartas.

Yo las dejé sobre la mesa. Su suposición era correcta. Él miró mis cartas, después de nuevo a mí, esperando.

—Te dije dónde creía que estaban: buscándome.

—¿Así que toda la parte de la honestidad de la apuesta era solo teatro?

—Bueno. La verdad... creo que pensaron que me fui a casa porque estaba cansada, molesta o algo.

—¿Y cómo habrías llegado a casa?

—Probablemente pensaron que llamé a mi madre o a mi padre.

—¿Por qué pensarían eso?

—Porque lo he hecho antes.

—¿Sueles abandonar a tus amigos sin decirle nada a nadie? —inclinó su cabeza.

—Tengo ansiedad. Entro en pánico. —Nunca antes le había dicho eso en voz alta a nadie más que a mis padres y a mi hermano. Mis amigos probablemente pensaran que tenía problemas de sueño, porque lo usaba como excusa para irme.

—¿Por qué?

—Por todo. Por nada. Generalmente puedo superarlo. Pero aprendí a darme cuenta cuando no puedo hacerlo y ese es el momento en que abandono la situación. —Mezclé las cartas y pensé en ponerle fin al juego, pero él ya me había hecho la peor pregunta posible; todo lo que siguiera sería sencillo. Y aún me estaba muriendo por descubrir algunas cosas sobre él.

Como él no dijo nada, agregué:

—Tomo medicación. No es gran cosa. —Mi medicación, que estaba en mi mochila, en el maletero del coche de Jeff. No tomarla durante tres días no sería el fin del mundo, pero aun así, era algo más de lo que preocuparme.

Lo miré a los ojos, retándolo a hacerme exponer algo más. No lo hizo. Repartí otra mano. Él ganó de nuevo. Suspiré y esperé mientras se apoyaba en su silla y me miraba, como si la pregunta perfecta fuera a presentarse sola. Nunca antes me había mirado durante tanto tiempo y no pude mantenerle la

mirada. Comencé a trazar las vetas de la madera de la mesa. Era algo triste que para él fuera tan difícil pensar una pregunta para mí, cuando había un millón de cosas que yo quería saber de él.

—¿Por qué siempre estás escondiéndote detrás de tu cámara?

—¿Qué? —Mis ojos se dispararon hacia los suyos. Ni siquiera estaba segura de cómo responder a esa pregunta, porque era más como una falsa afirmación que una pregunta—. No lo hago, me gusta la fotografía. Fin de la historia.

Él asintió, después se echó hacia atrás, como esperando a que repartiera otra mano.

—Es así. Me gusta todo de ella. Me gusta capturar un momento por siempre en el tiempo. Me gusta ver las cosas desde otra perspectiva. Me gusta coger una parte de un todo, decidir qué sección será. Me gusta lo predecible de la cámara, que haga exactamente lo que quiero que haga. Me gusta capturar emociones, historias y momentos. —Él levantó un poco las cejas, como si la respuesta lo sorprendiera, pero como siguió sin decir nada, agregué—: No estoy escondiéndome de nada.

—Es bueno saber lo que te gusta —afirmó él.

—Lo es. —*¿Cómo hacía eso? ¿Cómo me hacía decir tanto con tan poco esfuerzo?* Respiré profundamente, calmé mi mente y repartí otra mano.

Mi mano era buena. Solo tenía que cambiar una carta. Cuando levanté la nueva, formó una *full house*. Mantuve mi rostro lo más tranquilo posible.

Él cambió tres y mi pie vibró nerviosamente mientras esperaba a que analizara su mano. Colocó dos pares boca arriba sobre la mesa.

—¡Ah! —exclamé al mostrar mis cartas—. Al fin.

Él cruzó los brazos sobre el pecho y se reclinó en la silla.

Había tantas preguntas que era difícil resumirlas en una. Mis ojos bajaron a su muñeca. La verdad es que quería saber lo que significaba ese tatuaje, pero

ya no me había respondido una vez, por lo que tenía una fuerte sensación de que tampoco lo haría en esa ocasión, a pesar del hecho de que acababa de ganarle.

—¿Por qué estuviste en el centro de menores el año pasado? —Quizá respondiera esta.

—Pensé que todos conocíais esa historia.

—Sé los rumores, pero quiero la verdad.

—No deberías haber gastado tu pregunta. Los rumores son ciertos.

—¿Golpeaste a alguien?

—Sí.

—¿A quién? ¿Por qué? —insistí.

—Padre de acogida número tres. Porque lo merecía.

—¿Qué hizo?

—Era un cabrón.

—¿Por qué?

—Le gustaba golpear a su mujer. Quería que supiera cómo se sentía. Cuando la policía llegó, ella defendió a su marido y me entregó. Presentaron cargos.

—Eso apesta.

Él se encogió de hombros y me arrojó sus cartas. Después se levantó abruptamente.

—Tengo hambre. —Y con eso abandonó la mesa y se dirigió hacia las puertas.

Supongo que fui afortunada de que me respondiera a una pregunta. Debí haber sabido que la apuesta terminaría el juego.

10



Dax estaba frente al televisor comiendo el resto de su barrita dulce cuando llegué. El saco de dormir seguía en el lugar donde yo lo había dejado en el sofá. Me senté en un extremo y lo deslicé sobre mis piernas.

—¿Quieres compartirlo? —pregunté con una esquina en alto.

—Estoy bien.

Mi barrita seguía sobre la mesa de café y, a pesar de que mi estómago no estaba protestando demasiado, la cogí y comencé a comer. Era estúpido comer como distracción. No podía darme ese lujo, pero lo hice de todas formas.

—Puedo contar con los dedos de una mano las Payday que he comido en mi vida, pero en este momento son lo mejor que he probado.

—Sí.

—¿Comes muchas Payday?

—No.

—¿Cuál es tu barrita dulce preferida?

—¿Crees que porque hemos jugado a un juego de cartas ahora somos

amigos?

Ese comentario me dejó sin aliento, mientras una descarga de ira recorría mi cuerpo.

—Nop. Solo intento pasar el rato.

Probablemente él hubiera deseado que me fuera pero como estaba siendo un idiota, me quedaría. Descansé la cabeza sobre el reposabrazos y fijé mi atención en el televisor. Estaban transmitiendo algún partido de baloncesto. No lo habría etiquetado como un fanático del baloncesto. En realidad no lo había etiquetado como nada más que un joven problemático antes de ese fin de semana. Y no hacía más que corroborar mi idea. Puse el saco de dormir alrededor de mis hombros.

Si Lisa hubiera estado ahí, habríamos estado acurrucándonos, hablando de los chicos que nos gustan. El sábado anterior habíamos estado sentadas en su sofá, con una película de fondo mientras hablábamos.

«¿Cuándo le dirás a Jeff que te gusta?», preguntó ella. Era la única de nuestros amigos a la que le había hablado de Jeff. No era porque no confiaba en las otras chicas; solo que pasaba más tiempo con Lisa fuera del instituto, así que hablábamos más.

«No lo sé. Me cuesta mucho abrirme con él. Cada vez que empiezo a hacerlo, me pongo nerviosa».

«No tienes por qué ponerte nerviosa. Le gustas». «Parece gustarle todo el mundo». «Pero tú le gustas más. Todos lo hemos visto». «Entonces, ¿por qué no me invitó a salir?». «Creo que los chicos pueden ser tan inseguros como las chicas», dijo, y me apretó la mano. «Estás enviándole señales confusas». «¿Yo?». «Sí, coqueteas y luego, cuando él responde al coqueteo, retrocedes». «Es verdad. Comienzo a pensar demasiado. Pienso todo demasiado». «Bueno, no lo hagas. Vosotros dos hacéis buena pareja. Y si no se lo dices a él y a todos pronto, Avi se lo llevará».

«¿Qué? ¿A Avi le gusta?».

«No lo sé, pero a veces pienso que sí. Ve a por lo que es tuyo —dijo y después rio y rio».

Yo me reí con ella.



Regresé a la realidad con una sonrisa en mi cara. Extrañaba a Lisa. Parecía tonta, porque la había visto el día anterior, pero se suponía que pasaría todo el fin de semana con ella. Había estado esperando ese momento.

Observé el envoltorio vacío en mi mano. Me había comido el resto de mi barrita. El envoltorio vacío de Dax también estaba sobre la mesa de café. Calculé mentalmente el resto de nuestra comida otra vez. No se había multiplicado. Pero estaríamos bien. Las personas sobrevivían en la naturaleza durante más tiempo y con menos. ¿Por qué ese pensamiento hacía que se me acelerara el corazón? ¿Por qué mi respiración tenía un ritmo más rápido? No, no perdería la cabeza por eso.

Algunas veces la ansiedad me daba un golpe a traición así, cuando no lo esperaba. Cuando no parecía lógico. Cuando pensaba que había hecho un buen trabajo para convencerme de salir de la trampa. Es como si mi corazón no escuchara. Sabía que toda la situación era abrumadora y que mi cuerpo había decidido ponerse a tono, pero no quería hacer eso allí, frente a él. Ya estaba juzgándome lo suficiente.

Me levanté, esforzándome por ocultar mi respiración irregular, y salí de la habitación. Ese sitio me hacía sentir atrapada. Necesitaba algo de aire fresco. Tenía que haber una ventana que pudiera abrir en el edificio. Mi mente se aceleró al recordar que ya había tratado de abrir todas las ventanas la noche

anterior. Fui hacia las escaleras, subí piso por piso en busca de alguna que no hubiera intentado abrir. Llegué sin aliento al último piso; el cuarto. Era un almacén de cosas. Una habitación con cajas y cajas de cosas; viejas decoraciones, rollos de tela, manteles. Demasiadas cosas. Un laberinto de cosas que me atrapaban.

Sentía mi corazón como si fuera a salir disparado de mi pecho. Me apoyé contra la pared más cercana. *Para para para para para. Detente.* Mis ojos estaban llorosos; mis oídos parecían taponados mientras los latidos de mi corazón retumbaban en ellos. Estaba a punto de perder la cabeza y eso nunca ayudaba.

«Está bien perder la cabeza», me dije, pero no me creí a mí misma.

Vi una puerta en el camino; una blanca sin nada particular, con una barra metálica cruzando el centro. Una que no había visto antes.

Me tropecé con mis propios pies al correr hacia ella para abrirla. La puerta llevaba a una escalera de caracol metálica. Cada uno de los escalones crujía y toda la escalera temblaba bajo mi peso, parecía tener algunos tornillos flojos. Me agarré con fuerza de la sucia barandilla hasta que llegué a la cima. Otra puerta me esperaba allí, un escalofriante búho de madera la mantenía vigilada en el extremo de la barandilla. Abrí la puerta de un empujón y casi caigo al techo, pero me sostuve a tiempo. El techo era empinado y no habría sido seguro incluso sin la capa de nieve que lo cubría, pero una ráfaga de aire frío golpeó mi rostro y secó de inmediato el sudor que lo cubría. Tomé una bocanada tras otra de aire helado que refrescó también mi interior.

Mi corazón se desaceleró; mi respiración se estabilizó. Pero mis piernas seguían temblorosas, así que me senté en el suelo en lo alto de esas angostas escaleras y observé el techo cubierto de un manto de nieve. ¿Era irracional pensar que podía sentarme ahí arriba durante el resto del fin de semana? El cielo se estaba oscureciendo y pronto se verían las estrellas.

Me sequé los ojos con el dorso de las manos. Lagrimeaban a veces durante episodios como estos. Era molesto. No era algo que pasara con frecuencia. Solo de vez en cuando, cuando cosas o eventos que no esperaba me superaban. Esta situación parecía estar desencadenando algo en mí. No era sorprendente, teniendo en cuenta lo fuera de lo común que habían sido las últimas veinticuatro horas. Regresaría a la normalidad en cuanto todo terminara, me repetía a mí misma. Solo tenía que superarlo.

Me apoyé atrás sobre las palmas de mis manos. «¿Por qué no puedo controlar mejor mi mente?», rugí hacia el techo. No, no hacia el techo. Me di cuenta de que estaba mirando el interior de una enorme campana, y una soga colgaba de ella. Estaba en el campanario. Por supuesto que era eso. Había visto el campanario muchas veces desde el exterior, pero no había pensado en él en absoluto desde el interior. Estaba sentada en un campanario debajo de una campana que nunca sonaba.

Me levanté de un salto, sujeté la soga y tiré. Alguien notaría el tañido de una campana que nunca sonaba. Tenían que hacerlo.

11



O quizá nadie lo notaría. La había hecho sonar diez veces, después bajé las escaleras hasta la puerta principal, para esperar a que llegara alguien. Pero una hora más tarde, la biblioteca no estaba inundada de ciudadanos observadores preocupados o de bomberos alertas. No, el camino de entrada solo tenía nieve perfectamente inalterada.

La habría hecho sonar veinte veces. O sin parar. Así alguien la escucharía. Volví a levantarme despacio de la puerta de entrada, estaba a punto de subir las escaleras, cuando una idea me detuvo. *Bomberos*. Era una tonta. Era una biblioteca pública. Habría una alarma mucho mejor en ese lugar. ¿Por qué no lo había pensado antes?



Una palanca roja en una pared debía ser más fácil de encontrar. Especialmente si tenemos en cuenta que debía ser fácil de encontrar en caso

de emergencia. No ayudó que estuviera oscureciendo. Encontré la caja de cristal con el extintor detrás. La que decía «En caso de incendio, romper el cristal». Asumí que sonaría una alarma si rompía el cristal, pero me sentí mal al hacerlo si no había un incendio realmente. Tendría que haber una sencilla palanca en algún lugar. Algo del tipo de no romper cristales. Quizá estaba en el salón principal.

Dax estaba en su lugar habitual, con el libro en la mano, cuando entré. No se había movido. Después de verme dar una vuelta por la biblioteca, preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Tengo un plan.

Uno que él probablemente odiaría, porque implicaba traer a las autoridades justo a nuestra puerta, pero no me había dicho por qué ese era un problema de todas formas, así que no me importaba. Fui hasta el mostrador de salida y busque un botón de emergencia debajo de él. ¿Todos los edificios los tenían o solo los bancos?

—¿Vas a compartirlo?

—Oh, ¿ahora quieres hablar?

Él no respondió y yo ya no quería jugar a su juego. Ese en el cual él hacía el mínimo esfuerzo y esperaba los mayores resultados. Yo tampoco tenía que hablar.

¡La cocina! Seguro que había una alarma de incendios en la cocina. Ese era el lugar en el que era más probable que comenzara un incendio. Me dirigí hacia allí. Escuché los pasos de Dax en las escaleras detrás de mí. Estaba pendiente de mí. Podía ver mi plan en tiempo real.

Tenía razón. Justo fuera de la cocina, en la pared, estaba mi faro rojo de esperanza. Solté un grito de alivio. Pero al acercarme a él, fui abruptamente tirada hacia atrás de la cadera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él.

—Salvándonos. —Me volví para encararlo—. Los bomberos vendrán, verán que hay alguien aquí y nos salvarán.

—Después de romper la puerta a hachazos. —Se interpuso entre la alarma y yo—. Sin mencionar que la alarma probablemente esté conectada a rociadores. ¿Tu familia va a pagar los daños?

Miré al techo. Seguro, había rociadores.

—¿Realmente no puedes aguantar dos días más aquí? ¿Es tan malo?

Pensé en el episodio que acababa de pasar, en el que sentí que estaban arrancándome el corazón del pecho. No quería vivir otro de esos.

—Sí. Lo es. Quiero volver a casa. Dudo que la alarma active los rociadores. Normalmente debe haber humo para eso. Hay una ventana junto a la puerta de entrada. Iré allí para decirles a los bomberos que no hay fuego, solo personas atrapadas. No romperán nada. Buscarán una llave o algo. —No estaba segura de que eso fuera verdad. Tal vez alguien intentaría entrar por detrás o por una ventana. Pero realmente necesitaba salir de aquí—. Muévete.

—Necesito poder salir sin ser detectado. No lo hagas. Por mí.

—¿Jugamos a un juego de cartas y crees que somos amigos?

—Soy un idiota. —Soltó una risa entrecortada—. Ambos sabemos eso, pero tú no lo eres. No traigas a los bomberos aquí.

—¿Por qué? ¿Cuál es el gran problema? ¿Qué estás escondiendo?

—No estoy escondiendo nada. Solo necesito no estar en sus radares.

—¿Y por qué esto te pondría en su radar?

—¿Un adolescente encerrado por *accidente* en una biblioteca con su mochila preparada?

—Puedes decir que ibas a casa de un amigo después de estudiar. Yo también tendría mi mochila aquí si no lo hubiera dejado en el coche de mi amigo.

—Me queda solo una oportunidad, ¿de acuerdo?

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—No quiero terminar en un hogar. Si me atrapan en un problema más, allí es adonde iré. No duraré ni un día allí. Tienen horarios y reglas. Necesito mi libertad.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? Dime la verdad —Crucé mis brazos sobre el pecho y solté una bocanada de aire.

—¿Eso importa? —Pasó una mano por su cabello.

—Sí, puede ser la diferencia entre que haga sonar esa alarma mientras duermas o no.

—¿Estás chantajeándome por información?

—Llamémoslo *compartir entre amigos*.

Él negó con la cabeza y una sonrisa se apoderó de su rostro. Había algo muy satisfactorio en una sonrisa que debía ser ganada. Desapareció tan rápido como había aparecido.

—Mis cosas estaban en la puerta de mi casa. Me dirigía al cañón cuando comenzó a nevar. Eso es todo. ¿Dejarás la alarma en paz ahora?

—Espera... ¿qué? ¿Tus padres de acogida dejaron tu saco de dormir y tu mochila en la entrada? —¿Ese era el motivo por el que no tenía un cargador entre sus cosas? ¿Porque no había hecho su propia mochila?—. ¿Por qué hicieron eso?

—No lo sé. Probablemente tengan una reunión de *Tupperware* exclusiva para miembros esta noche. No hago preguntas. No me importa.

—Al menos te metieron un cepillo de dientes. —Estaba intentando encontrar algo positivo, cuando era obvio que no había nada bueno.

—Siempre tengo mi propia mochila preparada, lista para salir. Me gusta dormir en el cañón algunas veces. Es increíble estar allí arriba. Pero no me gusta dormir en la nieve.

—Así que viniste aquí.

—Sí. Misterio resuelto. Lo ves, no es tan sórdido como probablemente imaginabas.

No, en realidad era peor de lo que imaginaba. ¿Quién hace eso? ¿Quién dejaba a un adolescente en la calle para que se valga por sí mismo, para poder...? ¿Qué estarían haciendo para que no quisieran que él estuviese allí?

—¿Todo el instituto sabrá esto el martes o solo la mitad?

—No. Es decir, claro que no. No se lo diré a nadie. —Pero tal vez debía contárselo a alguien. A mis padres o algo. Él no debería tener que vivir así.

Mis pensamientos debían estar escritos por todo mi rostro, porque él me preguntó:

—Autumn. ¿Parezco falto de cuidado?

Lo miré de arriba abajo. Él estaba bien. No parecía muerto de hambre. Tenía un cuerpo delgado, pero fuerte. Su piel era homogénea, sin círculos oscuros debajo de los ojos ni nada. Su cabello era grueso. Estaba muy bien, de hecho. Realmente bien. Mis mejillas se acalaron y abandoné mi análisis de inmediato.

—No. Estás... Es solo...

—Entonces, sigamos adelante. Estoy bien. —Señaló la alarma de incendios —. No la toques.

Su historia y el hecho de que realmente no estaba segura de que la biblioteca no acabaría inundada por los rociadores si hacía sonar la alarma, tomaron la decisión por mí. Podría quedarme allí. No era para tanto Él tenía mucho más que perder que yo. Levanté las manos.

—De acuerdo.

—Dos días. Puedes aguantar dos días. Tengo algunas barritas de proteínas en mi mochila. Puedes quedártelas.

—¿Normalmente llevas tan poca comida para acampar? —No comería

todas esas barritas sola. Me sentiría terrible.

—Normalmente no estoy encerrado dentro de un edificio. La verdad es que no había planeado lo de la biblioteca. Fue una decisión de última hora.

—¿Hace más calor aquí dentro que en la nieve? —pregunté mientras frotaba mis brazos.

Él sonrió.

—Al menos podríamos intentar subir la calefacción.



Estábamos hombro con hombro frente al termostato. Dax usó su cuchillo para forzar la pequeña cerradura. Y estaba presionando el botón de encendido, pero solo se encendía una luz y volvía a apagarse.

—Tal vez está programado para ciertas horas —arriesgó.

—Déjame intentarlo.

—¿Puedes presionar un botón distinto que yo?

—Tal vez. —Lo empujé con mi hombro. Presioné el botón hacia arriba repetidas veces, con esperanza de subir la calefacción, pero ni siquiera notó que yo estaba intentándolo. Abrí el panel. Detrás tenía instrucciones de cómo programarlo, pero incluso seguirlas no sirvió para nada.

—Puedes usar esta sudadera también si quieres —tiró de la que tenía puesta.

—No, estoy bien. Estoy bien por ahora. Solo es que creo que después hará más frío.

—Probablemente no esté apagada, solo baja. No querrán que se congelen las tuberías.

Él tenía razón, quizá eso era todo lo que se enfriaría.

—Odio tener frío. —Me encaré a él—. Odio especialmente tener las orejas frías. Tócalas.

—¿Tocar tus orejas?

—Sí.

—¿Por qué?

Cuando fue obvio que no lo haría por sí mismo, cogí sus muñecas y llevé sus manos a mis orejas. Estábamos uno frente al otro. Él era quince centímetros más alto que yo, así que levanté la vista para mirarlo a los ojos. Sus manos estaban calientes, así que tuve la certeza de que mis orejas estaban tan frías como lo imaginaba.

—Lo ves. Frías.

Él no dijo ni una palabra, solo se quedó mirándome.

Me sentí tonta, así que di un paso atrás.

—Calcetines. Tal vez puedas prestarme un par de calcetines.

—¿Para tus orejas?

—Para mis pies. —Sonreí.

Él se aclaró la garganta y bajó la vista a mis pies, a mis calcetines apenas existentes.

—Sí. —Con un movimiento que me cogió por sorpresa, él me rodeó, me puso la capucha de la sudadera en la cabeza y ajustó las cuerdas, de modo que solo podía ver a través de una pequeña abertura—. Esto también debería ayudar. —Había un brillo provocador en sus ojos, uno que nunca antes había visto.

Reí, le di un empujoncito y me liberé de la capucha.

Una simple lámpara en el techo se encendió. No me había dado cuenta de la oscuridad que había. Ya habíamos pasado el día entero en la biblioteca. Dos más y esto acabaría.



Por mucho que deseaba dormir en el sofá de la sala de descanso, hacía demasiado frío allí. Así que, allí estábamos otra vez, en el nivel principal de la biblioteca, rodeados de libros. Dax me había prestado un par de calcetines, también su saco de dormir y yo estaba en el suelo, subiendo esos calcetines todo lo que daban de sí.

—¿Qué has hecho con mi dentífrico? —preguntó desde el otro lado de la mesa. Desde que no hice sonar la alarma de incendios una hora atrás, la expresión de Dax parecía estar menos en guardia. Como si quizá confiara en mí un poco más. Era un buen cambio. Parecía como si tuviéramos alguna clase de pacto, como si ya estuviéramos en el mismo equipo, como si estuviéramos en esto juntos.

—Ah, está en el baño de chicas. La iré a buscar. —Comencé a levantarme, cuando él me detuvo.

—Está bien. Yo iré a buscarla.

—No puedes entrar al baño de chicas.

—¿Por qué no? —Sonaba divertido.

—Porque... porque... eh, supongo que puedes. Podemos hacer lo que queramos. ¡Tenemos nuestras propias reglas aquí! —Mi voz hizo eco en la habitación. Comencé a reír, no sabía si por cansancio o por aburrimiento, y no pude detenerme.

—¿Debería preocuparme?

—Nop —respondí entre risas—. Ve a lavarte los dientes en el baño de chicas. No te fijas en mí.

La última vez que había tenido un ataque de risa incontrolable, fue unas semanas antes, cuando mi hermano y yo nos comimos un tazón entero de masa de galletas, mientras mi madre estaba al teléfono. Ella regresó para ayudarnos a terminar de hornearlas y toda la masa había desaparecido. «Vais a poneros malos. Había huevo crudo ahí». Yo miré a mi hermano y probablemente fue la terrible cantidad de azúcar que acabábamos de ingerir, pero ambos comenzamos a reír. Mi madre seguía molesta mientras nosotros nos reíamos más y más. Al final se rindió y se unió a nosotros.

—Sigues riéndote —dijo Dax cuando regresó unos minutos después—. No ha sido tan gracioso.

—Lo sé. —Yo había quitado los almohadones de varias sillas y los había colocado debajo del saco de dormir. Me metí dentro y lo cerré bien hasta la barbilla—. Pero cuando empiezo, no puedo parar.

—¿Haces esto con mucha frecuencia?

—Solo cuando estoy cansada... o hiperactiva... o feliz. Ah, y a veces cuando estoy nerviosa.

—Así que la respuesta es sí. —Soltó una risita.

—Eso creo. —La risa volvió a empezar.

Él se estiró al otro lado de la mesa, hizo una bola con una camiseta y la puso debajo de su cabeza.

—Pero ¿alguna vez se detiene?

En la mayoría de los casos, en ese momento, la persona que estaba de testigo de mi ataque de risa ya se me había unido. Pero Dax no estaba contagiándose, lo que me hizo reír aún más.

—Estamos atrapados en una biblioteca.

—Buenas noches. —Se estiró hasta la mesa entre nosotros y apagó la luz.

—No eres divertido. —Mi risa fue bajando su intensidad en los minutos siguientes hasta que al fin se detuvo.

Intenté dormir, pero en cambio seguí acostada, mirando el techo. Quizá fuera el recuerdo de mi madre, o la oscuridad que ahora nos rodeaba, pero la preocupación se abrió camino en mi mente, se arrastró con libertad dentro de ella y desvaneció la ligereza anterior. Preocupación porque mis padres intentaran ponerse en contacto conmigo. Preocupación de que mis amigos pensaran que los había dejado. Preocupación de que a Avi realmente le gustara Jeff y de que acabase con él al decírselo en la hoguera. Mi mente no se acallaba. Intenté distraerme pensando en algo que pudiera hablar con Dax.

—¿En qué consistiría tu gobierno? —le pregunté.

—¿Qué? —respondió Dax desde la oscuridad.

—Además de poder cepillar tus dientes en el baño de chicas. ¿Cuáles serían tus reglas en nuestro mundo falso?

—Regla número uno. No hablar después de que se apaguen las luces.

—Yo vetaría esa regla de inmediato —reí.

Él soltó un fuerte bufido que pudo haber sido una risa, pero también un suspiro.

—Porque somos cogobernantes en el mundo de la biblioteca. —Giré de lado y me levanté sobre un codo, a pesar de que no podía verlo. Su cuerpo era una forma negra a cinco metros de distancia y traté de concentrarme en eso —. Mi primera regla serían los juegos. Tendríamos juegos.

—¿Juegos mentales?

—Tú eres bueno en eso —reí una sola vez—, pero no. Juegos reales.

—¿Como el póker?

—Sí, como el póker.

—Te gustan los juegos —afirmó.

—Sí. —Especialmente los juegos con muchos pasos e instrucciones, en los que puedo concentrarme en eso y no dejar que mi cabeza me gane. El solo hecho de estar hablando de reglas estaba relajándome. Las estructuras a veces me hacían sentir a salvo—. ¿Qué hay de ti? ¿Qué te gusta?

Pensé que él no respondería, algo que no me sorprendería, pero lo hizo.

—Caminar. La naturaleza.

—¿Y leer?

—Sí.

—Así que, ¿explorar lugares nuevos? —dije.

—Sí... eso creo.

—Esa puede ser la regla número dos. Debes leer en la biblioteca. Es decir, la regla no tiene ningún sentido, pero la conservaremos. —Él probablemente no podía ver mi sonrisa, pero incluso yo podía notarla en mi voz.

—No debería haber reglas en nuestro mundo —comentó él.

—Tienes razón. Esa será la regla número tres.

Esta vez sí se rio. Una risa cálida y profunda que hizo que se doblara mi sonrisa. Era la primera vez que la escuchaba y deseé que no fuera la última. Volví a acostarme.

—Buenas noches, Dax.

—Buenas noches.



Cuando desperté, Dax ya no estaba en el mismo lugar. Me estiré. Teniendo en cuenta que había dormido en el suelo, he dormido bastante bien. He estado abrigada y cómoda. Una vez despierta, sentí un ligero dolor en mi estómago por el hambre y tenía que orinar, pero no quería salir del saco de dormir. Permanecí donde estaba el mayor tiempo que pude, hasta que no logré aguantarme más.

Después de un paseo por el baño, cogí un vaso de agua, con la esperanza de que eso engañara a mi estómago para que pensara que no tenía hambre. Funcionó un poco. Después regresé al mostrador de salida, en donde recordé haber visto algo el día anterior, durante mi búsqueda de la alarma.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Dax al entrar a la habitación y encontrarme detrás del escritorio, revolviendo una canasta de mimbre.

—Es la canasta de Mamá Oca.

—¿Y?

—La lleva a la hora de lectura cada semana. Lleva esos pequeños juguetitos que reparte a los niños. —Revolví algunos juguetes más—. ¿Por qué la llaman Mamá Oca de todas formas?

—Mamá Oca es una falsa autora de canciones de cuna.

—¿Autora falsa?

—Ya sabes, como Lemony Snicket.

—¿Quién es Lemony Snicket? ¿Y qué es un autor falso?

—Es una persona imaginaria a la que se le atribuye la autoría de un libro. Hace que la historia parezca más mágica.

—Ah.

—¿Y por qué estás tan interesada en los juguetes de Mamá Oca?

Mi mano se cerró sobre lo que estaba buscando.

—¡Ajá! —lo levanté en el aire y después lo arrojé sobre la pila de las otras cosas que había encontrado.

—¿Qué es eso?

—Una mano pegajosa.

—Vale. —Me arrojó una barra de proteínas—. Me voy a leer ahora.

—No, no lo harás. Estoy loca del aburrimiento

—Tal vez deberías cantar.

Mis ojos se fijaron en los de él. ¿Acaso me había escuchado cantando a todo pulmón el primer día? Claro que lo hizo.

—Sabes muy bien que no sé cantar.

Él rio y mis mejillas se sonrojaron.

—Estoy implementando la regla número uno —dije y cambié el tema. Abrí el envoltorio de la barrita de proteínas y le di un bocado—. ¿Ya has comido una de estas?

—Te dije que eran tuyas.

—No puedo comerme toda la comida. Tendré jaqueca por la culpa. —Corté un trozo y le di el resto a él.

—¿Jaqueca por la culpa?

—Son cosas que pasan.

—Deben ser cosas que no les pasan a las buenas personas —dijo y se metió la barrita de proteínas en la boca.

—Muy gracioso.

—¿Regla número uno? —preguntó, con la atención puesta de nuevo en mi pila de juguetes.

—Jugamos, comemos y después competimos. —Me reí—. Eso ha rimado totalmente.

Él puso los ojos en blanco, pero había una expresión divertida en ellos. Sí, no presionar la alarma fue lo mejor que pude haber hecho. Estábamos definitivamente en el mismo equipo desde entonces.

13



E stábamos en la parte superior de escaleras opuestas. Él tenía un Slinky verde dentro de su envoltorio y yo uno rojo.

—El que llegue hasta abajo primero, gana. Solo puedes tocarlo si se queda atascado —le grité al otro lado y mi voz hizo eco en el amplio espacio.

—Podría estar leyendo ahora.

—Y yo podría estar comiendo una comida casera ahora, pero los dos estamos haciendo sacrificios por el bienestar general.

—¿Vas a ser tan buena en esto como en el póker? —Él sonrió y abrió el envoltorio con sus dientes.

—¡Oye! Búrlate mejor *después* si ganas.

Ambos colocamos a nuestros Slinky en el primer escalón. Yo conté hasta tres y lo dejé ir. El suyo bajó tres escalones antes de caer entre los barrotes de la barandilla hasta el suelo de baldosas. Me reía mientras el mío seguía adelante.

—Sigues en el juego. Solo tienes que levantarlo y volver a colocarlo en el mismo escalón.

Él corrió por las escaleras más rápido de lo que esperaba y saltó sobre la barandilla. Levantó su Slinky y corrió de vuelta arriba. Nunca lo había visto tan animado como cuando regresó su Slinky al escalón y le dio un empujoncito para que siguiera adelante. Pero ya era demasiado tarde; yo había llevado el mío a la victoria antes de que el suyo pudiera bajar otros cinco escalones. Alcé ambas manos en el aire.

—¡La ganadora! ¿Quién se ríe ahora?

Él se cruzó de brazos y se apoyó contra la baranda, como si esperara que lanzara mi mejor tiro.

—¡He ganado porque soy la mejor! —dije débilmente.

—Veo que tienes mucha práctica.

—Gano siempre. Solo soy humilde al respecto.

Él soltó una corta risa y después levantó su Slinky del suelo.

—¿El mejor de tres?

—Claro. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.



Tras mi quinta victoria consecutiva, él se detuvo en la cima de su escalera analizando su Slinky.

—Quizá el mío está defectuoso.

—¿Esa es tu excusa?

—Si tuviera una moneda y un chicle ... —Le dio la vuelta y tiró de la punta.

—¿Qué? —entorné los ojos.

—Si una de las puntas tuviera peso, iría más rápido.

—¿Y para qué sería el chicle?

—Tendría que pegar la moneda con algo.

—¿Y un chicle ha sido tu primera opción? ¿Ni cinta adhesiva ni pegamento?

—Intentaba pensar en dos cosas que realmente podríamos encontrar en este lugar.

—Pasemos al próximo juego antes de que comiences a buscar debajo de las mesas.

—¿Próximo juego?

—Sígueme.

Lo guie hasta el final del corredor, pasando por un busto de bronce del presidente de la universidad que solía albergar el edificio, después me di la vuelta. Los demás juguetes en sus envoltorios estaban en mi bolsillo y saqué los dos mini Frisbees que había encontrado. Cada uno tenía un lanzador de plástico.

—Así que, colocas el Frisbee en el lanzador y presionas el extremo. El que vaya más rápido gana.

—¿Hay algún secreto para que vaya más rápido?

—No lo sé. Tú parece ser el que conoce todos los secretos. —Cuando me di cuenta de cómo había sonado, agregué—: Es decir, las monedas, el chicle; tal vez tengas una modificación también para esto.

—No tengo —respondió.

—Bueno, yo no he usado uno de estos desde que era pequeña, así que no tengo idea. ¿Quieres algunos tiros de prueba? —Pensé que diría que no, pero al abrir su paquete y mirar el disco azul que contenía, asintió con la cabeza. Reprimí una risita. Se lo estaba tomando más en serio de lo que había pensado.

—¿Qué?

—Nada.

—No, pasa algo. ¿Qué?

—Eres competitivo.

—Yo no soy el que hizo un mohín cada vez que perdió una mano de póker —dijo con una sonrisa de suficiencia.

—Yo no he hecho mohines.

—¿Y cómo lo llamas entonces?

—Lo llamo mostrar mis emociones. —Lancé mi disco—. Deberías intentarlo.

—¿Qué son las emociones? —También lanzó su disco a volar por el corredor. El suyo aterrizó a varios centímetros del mío. ¿Cómo había hecho eso?—. Así que, ¿yo he ganado?

—¡No! Ese era un tiro de práctica. Querías un tiro de práctica.

—¿Y quién es competitivo?

—No lo soy. —Golpeé su hombro—. Solo me gusta seguir las reglas preestablecidas.

—Como quieras llamarlo. —Rio y levantó nuestros discos.

Cuando levantó la mano para presionar el lanzador, le empujé el brazo y su disco salió volando hacia la pared. Me gruñó, pero sus ojos estaban sonriendo.

Levanté el mío y no había notado que él se había movido detrás de mí, hasta que me levantó de la cintura y me giró para que apuntara en la dirección equivocada.

—¡Tramposo! —Lo acusé mientras mi disco rebotaba contra la ventana detrás de nosotros.

—Pensé que las distracciones estaban en las reglas preestablecidas.

—De acuerdo, bien, sin interferencias esta vez. Los lanzamos juntos.

Mientras los teníamos en alto, seguí mirándolo, esperando a que me empujara para desequilibrarme o algo. No lo hizo, pero yo me *sentía*

desequilibrada y lancé a mi Frisbee demasiado alto. Él lanzó el suyo perfectamente, con mano firme, inalterada. Ganó la ronda.



—¿Ya es momento de implementar la regla número dos? —preguntó Dax después de dominar por completo en varias rondas el juego del Frisbee.

—¿Regla número dos?

—Leer.

—Ah —reí.

—O la número tres también estaría bien.

—Veté la número tres. El último juego. —Lo llevé del brazo hasta el corredor acristalado. El cristal, en el punto central del corredor, tenía incluso más brillo por la luz reflejada en el escenario cubierto de nieve del exterior. Le entregué una mano pegajosa.

—Necesitamos un juego de desempate.

—¿Cuál es el juego?

—La mano que dure más tiempo pegada al cristal es la que gana.

—¿Qué gana? —preguntó.

—¿Quieres jugar apostando algo? ¿A cambio de otra verdad?

Él pellizcó la mano entre sus dedos, como si estuviera probando su poder de adherencia. Después asintió.

—De acuerdo.

Conté hasta tres y alcé mi mano por encima de la barandilla. Mi mano roja se pegó un poco más arriba de la arcada de la ventana. A su mano verde le quedó una porción del brazo sin adherirse por completo. Solo teníamos que esperar.

—¿Durante cuánto tiempo se adhieren? —preguntó él.

—Una vez mi hermano lanzó una al techo y se quedó allí durante dos días.

—¿Dos días?

—Pero no es lo normal. ¿Nunca has jugado con estas cuando eras un niño?

—No. No lo hice.

Me senté, me apoyé contra la barandilla y estiré las piernas frente a mí.

—Bonitos calcetines.

Sonreí. Había estirado sus calcetines sobre mis pantalones y, a pesar de que sabía que estaba ridícula, me mantenían algo más caliente.

—Gracias. Todos deberían usarlos así.

Él se sentó a mi lado, nuestros hombros casi tocándose. Parecía irradiarse una energía eléctrica entre los dos. Probablemente éramos las únicas fuentes de calor que podían encontrarse en ese corredor, lo que hacía que esa energía pareciera una fuerza tangible.

—¿Qué edad tiene tu hermano? —me preguntó.

—Está en el segundo año de la universidad. Diecinueve. Eso me convierte en la pequeña, con todos los divertidos rasgos de personalidad.

—¿Qué rasgos son esos?

—Agradable, motivada, perceptiva.

—¿Dejas que los rasgos te definan?

—No. Hay muchas características de los hijos menores con las que no tengo nada que ver. ¿Qué hay de ti? ¿Tienes hermanos? —Me he dado cuenta demasiado tarde de que era un tema sensible para él. Estaba en cuidado temporal. No sabía cómo funcionaba eso ni si había más de un niño.

—No. Supongo que eso me da todos los rasgos de hijo único.

—¿Qué rasgos son esos?

—Egoísta, reservado, apático. —Había una sonrisa en su rostro, así que supe que estaba bromeando, al menos en parte.

—Creo que quieres decir confiado, independiente, motivado.

—¿Lees muchos libros de psicología?

—Sí —con mi condición, sí, de hecho—, y mi amiga Lisa es hija única. —
Le gusta presumir sobre cómo eso le da ventajas en casi todos los aspectos de
la vida. *Excepto en humildad*, siempre le remarco—. ¿Conoces a Lisa?

—¿Es india?

—No, esa es Avi. Lisa es baja, de cabello castaño.

—Tal vez si la viera. —Se encogió de hombros.

Él no conocía a Lisa, pero ¿me conocía a mí? Siempre pensé que las
personas conocían más a Lisa.

Mis ojos pasaron de observar las manos pegajosas en la pared. La nieve
estaba más alta de lo que la había visto en bastante tiempo.

—¿Crees que la señal de móvil pueda estar afectada por el clima?

—¿Por un poco de nieve? Lo dudo, ¿por qué?

—Es solo que... entiendo que mis amigos no estén preocupados si tal vez
han pensado que me fui a casa. Pero no he llamado a mis padres en treinta y
seis horas. Me sorprende que no estén rastreando la ciudad, buscándome. Ya
habrían llamado a Lisa a la cabaña a estas horas. Lisa les habría dicho que yo
no estaba allí y alguien habría descubierto que estoy aquí. No lo entiendo.

—¿En la cabaña? ¿En las montañas?

—Sí.

—Probablemente haya más nieve allí arriba.

—¿Así que quizá la recepción sea peor?

—Es posible. Si cayó una torre o algo.

—Si no pudieron comunicarse con nadie, habrán asumido que todos
estamos atrapados por la nieve, ¿verdad? En realidad ya ha pasado antes; la
parte de la nieve.

—Ahí lo tienes, misterio resuelto.

—Sí... supongo.

—¿Tienes otra teoría?

—No. —Él tenía razón. Estaban atrapados por la nieve. Mis padres asumieron que yo también lo estaba. Jeff no abrió el maletero de su coche en todo el fin de semana, como para haber visto mi mochila. Era lo único que tenía sentido. Lisa probablemente estuviera sentada en la cabaña con Avi y Morgan, molesta porque las dejé plantadas. Todos nos reiríamos de eso cuando descubrieran la verdad. Que pasé el fin de semana en una enorme y escalofriante biblioteca. Realmente era una aventura nueva para mí.

—¿En qué otro lugar has pasado la noche? —le pregunté a Dax.

Él se quedó callado y, de pronto, noté cómo sonaba eso sin el contexto de mi proceso de pensamiento.

—Es decir, cuando no te quedas en casa y está nevando —me corregí.

—Esto no es un evento semanal ni nada parecido.

—Lo sé, pero sé que no es algo fuera de lo común tampoco. —Como su silencio se extendió, agregué—: Tienes razón, mejor no me lo digas o podría aparecer en tu próximo escondite.

El comentario le arrancó una pequeña sonrisa.

—Hay algunas iglesias que se quedan abiertas a veces. Y me he quedado antes en el instituto.

—¿Nuestro instituto? ¿De verdad?

Dax se movió a mi lado y su hombro acarició el mío y se quedó ahí. No me moví.

—Sí —respondió.

—¿Nunca te da miedo?

—No.

—¿Te da miedo algo? ¿Qué es lo primero que te viene a la mente cuando te digo *el peor miedo*?

Él pareció considerarlo.

—¡Di lo primero! Sin pensarlo, solo suéltalo.

—Compromiso.

—¿Como con una chica?

—Con lo que sea. Una chica, un gato, una clase. ¿Qué hay de ti? — preguntó antes de que le pidiera más explicaciones.

—No tener control.

—¿De qué?

—Chicos, gatos, clases.

Él sonrió.

—¡No lo sé! De todo, supongo. Si una profesora me llama o no en clase. Si mi madre puede conservar su trabajo. Es irracional, porque no tengo control sobre eso. Pero ese es el quid de la cuestión, supongo. Desearía tenerlo.

Mi trasero estaba dormido por el frío, pero permanecí inmóvil, observando las manos pegajosas en el cristal, deseando que la suya se quedara solo unos minutos más para que el juego pudiera durar más tiempo. ¿Cuál era mi problema? Treinta y seis horas y de pronto anhelaba contacto humano de cualquiera, al parecer. Me apoyé sobre mi mano derecha y rompí nuestra conexión. Podía ver mi propia respiración, nubes de aire blanco frente a mí.

Otro fragmento de la mano de Dax se despegó del cristal.

—Parece que la mía está a punto de caerse —dijo y se puso de pie.

—Quiero ganar sin trampas.

—Lo harás. —Retrocedió.

—¿A dónde vas? —le pregunté mientras se alejaba.

—Cuéntame quién ha ganado. Tengo frío.

—No puedes irte así sin más. ¿Y si se cae la mía?

—Pareces la clase de persona que confesaría eso.

—Puedo mentir.

—No, la verdad es que no puedes. —Se rio mientras seguía alejándose.

—Solo porque eres extrañamente bueno para leer expresiones faciales no significa que yo no pueda mentir —balbuceé, pero él ya se había ido y no estaba segura de que me hubiera escuchado. No sabía por qué intentaba asegurar que era una experta mentirosa, o por qué él me hizo pensar que ese era uno de mis objetivos. No lo era.

14



Pasó al menos una hora más hasta que cayó su mano, seguida por la mía unos minutos después. Para entonces, mis manos estaban entumecidas y mis pulmones, helados. Mis dientes castañeteaban. Levanté las dos manos del suelo y regresé al salón principal de la biblioteca. No se estaba mucho más caliente.

—Yo he ga-ganado —tartamudeé hacia su lugar de lectura, después me dejé caer en la silla más cercana y apoyé los dos juguetes sobre la mesa—. Jódete.

—Estás mejorando con las burlas. —Sonrió. Tenía el saco de dormir a su alrededor. Se lo quitó y me lo ofreció. Como no me moví, él se levantó y caminó hacia mí.

—¿Ha valido la pena? —preguntó al dejar el saco sobre mis piernas.

—Depende de tu verdad.

—Ah, cierto, ¿cuál es tu pregunta? —regresó a su silla.

¿Cuál era mi pregunta? ¿No era por ese motivo que había esperado tanto tiempo en ese corredor helado? La verdad es que quería otra verdad suya.

Había tantas preguntas que podía hacerle; ¿cómo podía reducirlas solo a una?

—¡No soy tan interesante! —comentó cuando pasé demasiado tiempo en silencio.

—Solo un misterio —respondí y lo hice reír. La verdad es que me gustaba su risa.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Siempre estás solo, desapareces durante el almuerzo, nunca hablas, ni siquiera en clase, y no parece importarte lo que alguien piense de ti.

—Y yo que pensé que no habías estado prestando atención.

—Eres difícil de ignorar. —Cuando me di cuenta de cómo sonaba eso, agregué—: Todos están siempre hablando de ti... —mi afirmación fue de mal en peor. Me detuve en la mitad.

—Cierto. Así que, ¿tu pregunta estaba en alguna parte?

—¿Dónde están tus padres? —Al verlo estremecerse un poco, supe que yo era la persona más pesada del mundo. ¿Qué me hacía pensar que me había ganado esa información, incluso si ya estábamos en el mismo equipo?—. No tienes que contármelo. Puedo pensar en otra pregunta.

—Mi padre está físicamente ausente y mi madre mentalmente ausente. —Debo haber parecido confundida, porque aclaró—: Mi padre se fue cuando yo era pequeño. Mi madre es adicta a las drogas.

—Lo siento.

—No lo sientas. Como te dije antes, estoy perfectamente bien. Estoy en una situación buena de verdad. Y, el próximo año, estaré oficialmente libre de todo el sistema.

Él no tenía a nadie. Nadie con quien pudiera contar si estaba en problemas, nadie que lo ayudara si daba un paso en falso o perdía el rumbo. Estaba totalmente solo. Mis ojos se llenaron de lágrimas, que meforcé en contener.

—No me asignes emociones —suspiró—. No creas saber lo que estoy pensando basándote en tus experiencias.

Intenté controlar más mi expresión. Tenía que hacer caso de su palabra. Dijo que estaba bien. Probablemente estuviera bien. Estaba poniéndole emociones basándome en mi universo, no en el suyo.

—Lo siento.

—No lo sientas. —Volvió a tomar su libro y a enfocarse en la lectura.



Habían pasado horas. Estaba envuelta en el saco de dormir y mis dientes aún no habían dejado de castañetear. Me pregunté si sería por la falta de comida. ¿El cuerpo necesitaba comida para calentarse? ¿Qué había estado pensando al quedarme en ese corredor helado durante tanto tiempo? Dax no parecía tener frío para nada, ahí sentado leyendo sin parar.

—Da-Dax. —Me dolía la garganta.

—¿Sí?

—¿Cuáles son los síntomas de la hipotermia? Porque ya no siento mis dedos.

Él levantó la vista hacia mí, después volvió a bajarla.

—Ve a correr por las escaleras o algo.

—Correr por las escaleras... —Él tenía razón. Solo necesitaba hacer que mi sangre se pusiera en movimiento. Me levanté y caminé hacia las escaleras. Aparecieron estrellas en mi vista por un momento, estaba mareada. Pero mantuve el equilibrio y llegué a las escaleras. El corredor estaba oscuro, el sol estaba poniéndose. Había estado en la biblioteca durante otro día entero. Solo uno más. Y dos noches... ¿Por qué sonaba eso como una eternidad?

Comencé a subir lentamente los escalones, caminando por cada uno de ellos. A medida que las sensaciones volvían a mis extremidades, aceleré el paso. Mi mente comenzó a divagar. Extrañaba a mis amigos. Especialmente a Jeff. Él me hacía reír. La semana anterior él había entrado al salón del anuario, en donde yo trabajaba en el ordenador, en la página de los Clubs. Se sentó, le echó un vistazo a la página en la que yo había pasado los últimos treinta minutos, y dijo: «Está perfecta, ahora vámonos».

«¿De verdad? No estoy segura de que sea muy buena».

«Todas tus fotografías son increíbles». Apenas la había mirado. Ahora, ven conmigo». Me levantó del brazo y me arrastró fuera.

«Necesito guardar mi trabajo».

«Alguien lo guardará por ti. Tienes que llevarme a la sala de profesores y comprarme una gaseosa».

«No podemos entrar en la sala de profesores».

«Yo no puedo entrar en la sala de profesores». Se detuvo en la puerta. «Pero tú puedes ir a donde quieras, al parecer. A los profesores les gustas. Contigo a mi lado, puedo hacer lo que sea».

«No voy a entrar en la sala de profesores».

Él rio y después llamó a la puerta. Yo me quedé sin aliento, mi corazón se aceleró.

«¿Puedo ayudarlos?», preguntó la vicedirectora al abrir la puerta.

«Autumn quiere una gaseosa», dijo él.

«No, yo...», balbuceé a través de mi garganta cerrada.

«Espera un segundo». Ella cerró la puerta y yo le lancé una mirada a Jeff.

«¿Intentas hacer que me meta en problemas?».

«No te preocupes. No hay problemas aquí».

Él tenía razón. La vicedirectora regresó un minutos más tarde con una Coca-Cola. Cuando volvió a cerrar la puerta, me reí.

«¡Lo ves!, los profesores te quieren».

«Oh, por favor. Tú has escrito el libro sobre cómo cautivar a los profesores. Obviamente».

Él sonrió.



Mis pies con medias resbalaron en un escalón, me arrancaron con un sobresalto de mi recuerdo y estuve a punto de caer. Logré sujetarme de la barandilla y evitarlo. Mi estómago lanzó un largo gruñido y me pregunté si la actividad física haría que entrara en calor, pero también que tuviera más hambre. Me dirigí a la cocina y decidí tenía que calentar y probar la comida misteriosa. Lo único que había comido ese día era media barra de proteínas y había sido horas atrás.

Necesité un tiempo para descifrar el microondas. Calenté aquellos extraños alimentos más de lo necesario, con la esperanza de que eso matara cualquier bacteria que pudiera vivir en la comida vieja. Intenté no pensar en eso mientras llevaba una pequeña porción a mi boca. Sabía como a pasta con salsa marinera y estaba muy buena. No sabía si eso se debía a que no había probado una verdadera comida desde hacía un tiempo o si realmente era buena, pero tomé unos cuantos bocados más de todas formas.

Comí exactamente la mitad y le llevé el resto a Dax.

—¿Te has animado a probar lo desconocido? —preguntó él al aceptar la comida y mirar el recipiente como si no estuviera seguro de querer hacer lo mismo. Lo olisqueó.

—Sí. Está bueno. Cómetelo.

La comida y el ejercicio habían hecho lo suyo y mi mandíbula finalmente

había dejado de temblar. Dax dejó su libro a un lado y dio un pequeño bocado.

—¿Qué crees que es? —le pregunté.

—¿Pasta? Pasta muy pasada.

—Me parece que está bueno. Probablemente porque tengo hambre.

Él le dio otro bocado, después apartó el recipiente.

—Puedes comerte el resto. No me gusta.

—¿De verdad? ¿Eres un crítico de comida ahora?

—Sí. Y esto es desagradable.

Cogí la pasta y recién cuando tragué dos grandes bocados pensé en lo que él acababa de hacer. ¿Solo había fingido que no le gustaba para que yo la comiera? Porque no era para nada desagradable. No estaba segura. No parecía algo que él pudiera hacer pero, de nuevo, él era diferente de lo que había creído originalmente.

—¿Alguna vez has estado en ese lugar de comida italiana en la calle Center? ¿Gloria o algo así? —le pregunté.

—No.

—¿Porque no te gusta la comida italiana?

—No es mi preferida.

Oh. Quizá realmente no le gustaba. Terminé el resto y deseché el recipiente vacío.

—Deberías trabajar en tu proyecto de Historia mientras estés aquí. Nosotros terminamos el nuestro el viernes.

—Sí. Buena idea. —Sabía que eso era lo último que haría. Me pregunté cómo serían sus calificaciones en el instituto. Faltaba demasiado, no podía imaginar que le fuera muy bien.

—Puedo ayudarte si quieres.

—Perfecto. Tú ve empezando, te alcanzaré en un par de horas.

—Muy gracioso. —Pateé su pie con una sonrisa.

Me acerqué a la pila de libros que le había arrojado la primera noche. Algunos estaban abiertos boca abajo, con las páginas dobladas. Los levanté uno por uno, estiré sus páginas y los apilé con cuidado. Después los llevé hasta un carrito al final del pasillo. Ya había varios libros en el carrito, esperando para volver a su sitio. Libros con títulos como: *Diez pasos para la rehabilitación*, *Hábitos de un adicto*, *La química del cerebro y las adicciones*. No tenían que ser necesariamente libros de Dax; podrían haber sido de cualquiera, pero él había estado allí el viernes también, obviamente esperando a que la biblioteca cerrara. ¿Esa era la investigación que había estado haciendo en lugar del proyecto del señor García?

Él no quiere tu lástima, me recordé mí misma.

—Voy a prepararme para ir a dormir —le dije, después me di la vuelta y me dirigí al baño, donde él había comenzado a dejar todos los elementos de higiene que había llevado. Me tomé mi tiempo para acicalarme y después me metí en su saco de dormir.



Me desperté por culpa de un sonido que no pude identificar al principio. Alguna clase de tintineo. Necesité varios minutos de desorientación para darme cuenta de que era Dax, a cinco metros de mí, temblando mientras dormía. ¿Había estado conteniendo sus temblores por mí mientras estaba despierto? Intenté ignorarlo, consciente de que no querría que hiciera nada, pero me sentí culpable. Yo tenía lo único que había llevado para mantenerse abrigado. Salí del saco de dormir, abrí la cremallera y me arrastré hacia él, con el saco detrás de mí.

Cuando llegué a su lado, puse la mitad del saco sobre él y conservé la otra mitad. Él se despertó de inmediato... o tal vez no había estado del todo dormido para empezar.

—Estoy bien —balbuceó.

—Ese parece ser tu mantra. Acepta la mitad.

—No lo necesito.

—Cállate y cógela.

Él no discutió y finalmente la aceptó. Tenía frío. Ni siquiera estábamos

tocándonos, pero la temperatura debajo del saco bajó notablemente con su presencia helada.

Él se rio un poco.

—¿Qué?

—¿Alguna vez le has dicho a alguien que se calle?

—Nop. Es como si tú sacaras esas cosas de mí.

—¿Cómo lo has sentido?

—Bien, la verdad.

Él volvió a reír y yo me acerqué un poco más, consciente de que mi temperatura corporal lo haría entrar en calor más rápido.

Estuvimos en silencio durante varias respiraciones. Respiraciones que podía ver como una neblina sobre nosotros, mientras estábamos tendidos de espaldas. Habíamos estado en la biblioteca durante dos días completos y, a pesar de que sentía que teníamos alguna clase de pacto, me preguntaba si él reconocería mi existencia fuera de esta situación.

—¿Ya somos amigos?

—Yo no tengo amigos.

Asentí, aunque estaba bastante segura de que él no podía verme.

—Pero... eres menos irritante de lo que imaginé que serías.

—Gracias. —Eso era probablemente lo más cerca que él estaría de hacer un cumplido, pero aun así estaba ofendida. No quería que él supiera eso, así que agregué—: ¿Me imaginas muy a menudo?

Había sido una broma. Pero la forma en que se quedó rígido a mi lado me hizo pensar que tal vez tuviera algo de verdad.

—Sí, todo el tiempo.

—Eso pensaba —dije. Fingí no saber que estaba siendo sarcástico.

—¿Es difícil para ti pensar que podrías no gustarle a alguien?

—Sí, de hecho.

—¿Por qué te importa tanto lo que las personas piensen?

Reflexioné sobre esa pregunta. ¿Por qué me importaba? ¿Porque me gustaba que las personas fueran felices? ¿Porque no me gustaba pensar que podía no gustarle a alguien?

—No lo sé. —Inhalé profundamente—. Me voy a dormir ahora que tus dientes ya no están castañeteando.

—Mis dientes no estaban castañeteando.

—Claro que lo estaban. Al parecer tienes algunos sentimientos a pesar de lo mucho que quieras negarlos.

Él no respondió nada.

—Buenas noches —le dije entonces.

—Buenas noches.

Me acerqué un poco más, porque su cuerpo aún estaba frío e intenté dormir. Mi mente no se calmaba. Pasaron cinco minutos, después diez. El minuterero del reloj de pared sonaba como un tambor.

Deseaba que no me importara lo que otros pensarán de mí.

—¿Por qué no te importa?

—¿Qué?

—Lo que otros piensan de ti.

—Porque no tengo poder sobre lo que otras personas hagan... o piensen.

—Supongo que para mí es difícil aceptar que no tengo poder sobre eso. Es decir, creo que las cosas que hago pueden cambiar la opinión de las personas.

—Si algo me enseñó mi madre es que no puedes controlar a nadie más que a ti mismo.

La mención de su madre me arrancó de mis propios problemas. Pensé en esos libros sobre el carrito al otro lado de la biblioteca. Si realmente se hubiera rendido a pensar que podía ayudarla, no habría estado leyendo esos libros. Si es que él había estado leyendo esos libros. Podían ser de alguien

más. La madre de Dax no era la única drogadicta de Utah.

—Si estás a cuidado temporal con los padres de la hierba en el sótano, ¿dónde está tu madre? ¿Recibiendo ayuda para sus adicciones para que puedas volver a vivir con ella?

Él soltó una risa entrecortada.

—Tendría que desear mejorar antes de recibir ayuda.

—¿Puede trabajar?

—Pasa de un pequeño trabajo a otro.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Ha pasado un tiempo. —Se encogió de hombros, su brazo rozó el mío. Estábamos tan cerca.

—Lo siento. Eso apesta.

—Podría ser peor.

—Podría ser mejor.

—Siempre podría ser mejor.

—Guau. Demasiada positividad.

—Sí, conoces mi reputación, el chico del póster del optimismo. Debe ser algo de los hijos únicos —dijo y yo sonreí.

—Lo siento —repetí, porque no sabía que más decir.

—Así es la vida.

Pero no lo era. Bueno, no era la vida de todos. Deseaba que no fuera su vida.

Giré de lado, enfrentada a él. Sabía que estaba cerca, pero no había anticipado que mi movimiento cubriría la distancia que quedaba entre los dos. Fingí que era algo voluntario y puse una mano sobre su pecho.

—Aún tengo frío —comenté, con la esperanza de que aceptara mi cercanía si era porque yo estaba sufriendo y no él. Él rechazó comida por mí, después de todo (o eso sospechaba). Me alegraba que no pudiera ver mi rostro, porque

podría ver la verdad.

Él frotó mi antebrazo sin decir una palabra, como si esa simple acción fuera a darme calor.

Apoyé la cabeza sobre su hombro, preguntándome qué se había apoderado de mí. ¿Qué me había calmado tanto? ¿Cómo podía decirle a él lo que fuera que estuviera pensando? ¿Hacer lo que estuviera sintiendo? Tal vez porque él era el único cerca, pensé con una sonrisita.

Él se movió para que su brazo estuviera debajo de mi cabeza, su mano en mi espalda. Mi corazón se aceleró. Dax no tuvo ninguna reacción a mi cercanía. Su respiración era normal y también su ritmo cardíaco; lo sabía, porque lo escuchaba al tener mi oído contra su pecho.

—¿Conoces a Jeff? —le pregunté.

—¿Tu novio?

—Él no es mi novio.

—¿Aún? —agregó él con las mismas palabras que yo había usado antes.

—Cierto. ¿Lo conoces?

—Pensé que ya habíamos establecido que no conozco a nadie.

—Creí que quizá él había compartido alguna clase contigo, antes.

—¿Por qué?

—Solo preguntaba.

—¿Solo te recordabas a ti misma que tienes novio? —Hizo una pausa, después se rio—. ¿O me lo estabas recordando a mí? Tú fuiste la que se ha acercado.

—No. —Mis mejillas se encendieron—. Yo no estaba... no. Solo me preguntaba qué pensabas de él.

—¿De Jeff? ¿Por qué te importa qué pienso de él?

—No lo sé. No importa.

Se hizo silencio por varios minutos y creí que, tal vez, estaba quedándose

dormido, pero entonces respondió.

—Jeff parece agradable. Estuvo en mi clase de Inglés el año pasado. Nunca me pareció un idiota.

—Él es agradable. —La idea me hizo sonreír y cerré los ojos. Después de un momento de silencio, la respiración de Dax se volvió regular, elevaba mi cabeza con cada inhalación. Sentí que estaba a punto de dormirme, cuando vi su brazo izquierdo y su muñeca. *14 7 14*.

—¿Qué significa tu tatuaje? —susurré. Si él ya estaba durmiendo, si no me había escuchado, lo dejaría pasar. Y pensé que no me había escuchado.

—Día de la Independencia —dijo entonces.

Me sorprendió que respondiera siquiera. Me pregunté si estaría medio dormido, con la guardia baja, no del todo consciente.

—Creo que te has pasado unos cuantos días de eso.

—Mi día de la independencia. El día en que dejé de interesarme, de preocuparme, de todo. El día en que probé la libertad por primera vez.

Lo hizo sonar como un buen día, pero lo que describió me hizo sentir triste. Sonaba como el día en que se dio cuenta de que estaba solo en el mundo. ¿Cómo podía ser un buen día? Pero sabía que él no quería mi lástima, así que no se la ofrecí.

—¿Pasó algo ese día que hizo que te dieras cuenta de eso?

—Sí. —Fue todo lo que dijo.

—Libertad, ¿eh? ¿Así que cuando tengas dieciocho y te hayas graduado quieres largarte de aquí?

—Sí.

—¿A dónde quieres ir?

—Adonde sea. Saber que puedo irme cuando quiera, que nada me retiene aquí, es lo único que me mantiene cuerdo. Es por eso que un hogar me mataría.

El silencio nos rodeó. Él finalmente había dejado de temblar. Pensé en alejarme ya que él había entrado en calor, pero no pude.

—No le diré a nadie que estuviste aquí.

—Gracias —susurró él.

Sonreí. Así que sí conocía esa palabra.



El peso del brazo de Dax enlazado a mi cintura me mantuvo quieta en mi sitio a la mañana siguiente. No quería moverme y despertarlo. Yo estaba sobre mi lado derecho, mirando hacia el otro lado. Él estaba detrás de mí, su respiración calentaba mi nuca. Intenté controlar el cosquilleo que estaba comenzando a recorrer mis brazos.

Fue la primera mañana que desperté antes que él. Era nuestro último día entero en aquel lugar. En unas veinticuatro horas, alguien abriría esas puertas y seríamos libres.

Dax se estiró a mi lado y yo volví a cerrar los ojos para que no pareciera que había estado despierta todo ese tiempo, disfrutando de su brazo a mi alrededor. Al principio, su brazo se ajustó en mi cintura, respiró profundo y después, como si se hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo, maldijo en voz baja y se alejó. El aire frío penetró mi piel, un despertador para más de uno de mis sentidos. No podía involucrarme de ninguna manera con el chico que acababa de decirme la noche anterior que no se comprometía con nada. Tenía un tatuaje en su muñeca que lo marcaba como un solitario. ¿Qué me

hacía pensar que yo sería diferente a todos los demás? No lo era. Solo estábamos tratando de pasarlo lo mejor posible en una situación que habíamos estado forzados a atravesar juntos. Todo eso era temporal. Cuando estuviéramos fuera, todo volvería a la normalidad.

Me estiré y me senté. Mi estómago rugió con fuerza. Puse una mano sobre él y me reí.

Él sonrió, algo que había estado haciendo con más facilidad que antes, sacó su última barrita de proteínas de su mochila y me la arrojó.

—¿Qué es lo primero que comerás cuando salgamos de aquí? —le pregunté.

—Donuts.

—¿En plural?

—Al menos cinco.

—Yo echo de menos lo salado, no lo dulce. Así que tal vez una hamburguesa con patatas fritas.

—Eso también suena bien.

—Todo suena bien —afirmé, cogí la mitad de la barrita y le entregué la otra mitad—. Bueno, excepto esto.

—Definitivamente no son donuts. —Él se comió la mitad de un bocado y habló con la boca llena.

—Aaah, una hamburguesa, patatas fritas y un batido, eso cubriría ambas necesidades.

Él asintió.

—Hay una hamburguesería a dos calles de aquí. Deberíamos caminar directos hacia allí cuando los bibliotecarios abran las puertas.

Él hizo una bola con el envoltorio y la giró entre sus manos.

—Podemos juntar todas nuestras cosas, bueno, tus cosas, esperar detrás de ese pilar en el aparcamiento y, en cuanto ellos pasen, salimos a escondidas.

Él inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Qué?

—¿Saldrás de aquí a escondidas cuando alguien aparezca al fin?

—¿Qué más voy a hacer? ¿Sentarme aquí y esperar a que me encuentren? Después tendría que explicarles todo. Llamarían a mis padres. Tendría que esperar a que lleguen y explicarles todo otra vez. Eso me fastidiaría para siempre. Me muero de hambre.

—La comida es definitivamente la prioridad principal —Él rio. Un sonido al que aún no estaba acostumbrada.

—Más que principal —dije—. ¡Ah! ¿Alguna vez comiste un *cronut*?

—¿Cronut? No.

—Es un cruasán combinado con un donut. Son lo mejor del mundo. Te compraré uno de esos cuando salgamos de aquí. Oh, no...

—¿Qué?

—No tenemos dinero. ¿Cómo vamos a comprar algo sin dinero? —Pensé por un momento—. Tengo dinero en casa. Está a solo unos cinco minutos de aquí. Podemos hacer una caminata hasta mi casa, buscar dinero y después iremos a comer.

—¿Una caminata?

—O podemos tomar prestado el teléfono en la gasolinera y hacer que Lisa nos recoja. Eso haremos. O podemos mendigar. Sostener un cartel en una esquina. Eso también es buena idea.

—Suenas como un plan —comentó él.

—Se nos ocurrirá algo. —Me levanté y me estiré—. Estaremos comiendo lo más temprano posible mañana. —Y después vería qué precio tendría que pagar por ese fin de semana. Crucé los dedos pidiendo que mis padres creyeran que nos habíamos quedado atrapados por la nieve y no había forma de contactar con ellos. Si siquiera por un segundo se habían preocupado,

tendría mucho que explicar y quería hacerlo con el estómago lleno.

Esa idea me bajó el ánimo varios niveles.

—Voy a buscar algo de comer. —Esperé que dijera algo como que no necesitaba saber todos mis movimientos, pero no lo hizo. Tal vez ya se estaba acostumbrando a tener a otra persona alrededor.

Bebí un largo trago de agua y después fui al baño a lavarme los dientes. Mi cabello era un desastre, mi rostro ya estaba completamente sin maquillaje y, con seguridad, tenía una espinilla formándose en mi mentón. Pero no me importaba para nada. Estaba relajada con Dax. Él se había convertido en mi amigo. Por mucho que él no quisiera, ya era uno para mí. Su pantalla de chico duro ya no funcionaría conmigo.

Regresé al salón principal y lo encontré vacío. ¿A dónde había ido? Yo podía estar acostumbrada a darle detalles, pero obviamente él a mí todavía no. Tal vez estaba en el baño.

Su libro yacía abandonado en la silla; *Hamlet*. Lo levanté, lo abrí en la página en la que lo había dejado y leí algunas líneas. Nunca había leído *Hamlet*. Cuando estaba a punto de cerrarlo, vi lo que había estado usando como señalador. Un sobre, con dirección, sello, listo para enviarlo. Pero era obvio que llevaba un tiempo así, tenía las puntas dobladas y un doblez por la mitad. Leí a quién se suponía que fuera, Susanna Miller. ¿Su madre? ¿Una tía, quizá? ¿A quién temía contactar Dax?

Cerré el libro y lo devolví a la silla, después fui al mostrador de salida. ¿Por qué los bibliotecarios no tenían una provisión secreta de comida? Comencé a revisar los cajones detrás del mostrador y encontré una gran bolsa de los juguetes que debían usar para llenar la canasta de Mamá Oca. Levanté la bolsa sellada e intenté verla de todos los ángulos; quizá hubiera dulces allí. Coloqué la bolsa entera debajo de mi brazo y fui arriba.

En la sala de descanso puse una película, abrí la bolsa plástica y comencé a

revisarla.

Dax llegó una hora y media más tarde y yo estaba recostada en el sofá con su saco de dormir estirado encima. Él colocó su Frisbee en el lanzador y disparó. Golpeó el lado de mi cabeza, porque fui demasiado perezosa como para liberar mis brazos y detenerlo.

—Ay —dije riendo.

—Lo siento, estaba apuntando a tu hombro.

—Entonces tu puntería no es nada buena.

Se detuvo junto al reposabrazos del sofá, cerca de mis pies y esperó a que yo le hiciera un hueco.

—Pero estoy cómoda —bromeé y, justo cuando estaba a punto sentarme para hacerle sitio, él levantó mis pies, se sentó en el almohadón debajo de ellos y los dejó caer sobre sus piernas.

A pesar de mi anterior declaración de que seríamos amigos, me sorprendió ese gesto. No pensé que lo hubieran convencido mis planes futuros aún. Tal vez sí.

—¿Qué es todo eso? —preguntó mientras señalaba la capa de juguetes en envoltorios individuales desparramada en la mesa de café.

—Nada de dulces. Eso es lo que es. ¿Acaso los bibliotecarios no saben que a los niños les gustan los dulces?

Él sonrió.

Me acerqué a la mesa y cogí uno de los elementos que no era dulce. Era una pulsera negra hecha de hilo.

—Dame tu muñeca.

—¿Qué?

Extendí mi mano y él puso la suya sobre mi palma. Entonces amarré la pulsera en su muñeca.

—Listo. Ahora tienes un recuerdo de nuestro tiempo en la biblioteca.

—¿Esperas que use esto?

—Sí, para siempre.

Sus ojos analizaron la mesa, hasta que se detuvo en algo que extrajo de la pila. Una pulsera como la suya, pero rosa. Y extendió su mano.

—¿Rosa? De eso nada, búscame uno negro también.

Él no se movió, su mano siguió esperando. Me quejé, pero cedí. Él hizo un nudo cuidadoso y después dirigió la atención a la película.

Yo también dirigí la atención a la película, *Piratas del Caribe*, con una sonrisa en mi rostro.

—¿Johnny Depp u Orlando Bloom? —le pregunté.

—Johnny —respondió él sin pedirme que aclare la pregunta.

—Sí, yo también. —Johnny siempre hace papeles excéntricos, diferentes, que me hacen sentir que, sin importar los problemas, hay lugar para todos en el mundo. La mano de Dax se movió del respaldo del sofá hasta descansar sobre mis tobillos. Y en ese momento, sentí que ese era mi lugar en el mundo.



Cuando la película terminó, me senté y me estiré.

—Ahora vuelvo—anuncié.

—¿A dónde vas? —preguntó Dax cuando llegué a la puerta.

—¿De verdad quieres saberlo? —Me di la vuelta para ver una sonrisa burlona en su rostro.

—En absoluto.

Reí y salí sin decirle nada más, a pesar de que estaba segura de que realmente sentía curiosidad. Fui a la cocina y cogí la pequeña porción de tarta de la nevera, después la llevé de vuelta a la sala de descanso.

Aparté algunos de los juguetes, dejé la tarta en la mesa, me senté junto a Dax y volví a colocar la mitad del saco de dormir sobre nuestras piernas. La tarta estaba debajo de una cúpula plástica que esperaba la hubiera mantenido fresca durante el tiempo que había estado allí. Dax había encontrado un nuevo canal en la televisión y estaba concentrado en él.

—¿Qué estamos viendo ahora?

—Algún documental sobre Martin Luther King Jr.

—Ah, cierto. Es el día de Martin Luther King. Casi lo olvido.

—Que es por lo que la biblioteca está cerrada.

—Cierto. Perderemos parte del instituto mañana —afirmé.

—Trágico.

Yo faltaba bastantes días al instituto por la ansiedad, pero esto era diferente.

—Tú faltas mucho al instituto. ¿Por qué?

—Siempre tengo una razón —respondió.

—Eso ha sido vago y críptico. Te gustan esa clase de respuestas, ¿a que sí?

Él golpeó mi rodilla con la suya debajo del saco de dormir y no sabía con seguridad si ha sido a propósito o por accidente. Probablemente pensaba que era una buena respuesta a mi pregunta. Él señaló la tarta con la cabeza.

—¿Has traído eso como tortura o planeabas comerlo?

—¿Quieres tarta, Dax?

—Sí.

Me reí, me estiré y traté de sacar la cubierta de la tarta. Era casi imposible. Dax no se movió para ayudarme y sentí cómo se burlaba de mí en silencio.

—Me comeré toda esa porción cuando logre sacarle la cubierta.

—Pero entonces tendrás una jaqueca de culpa.

Finalmente logré liberar la tarta, me llené un dedo de cobertura y la desparramé por toda su mejilla. Él intentó mirarme con seriedad, pero se disolvió en una sonrisa.

—¿De verdad? —Se dejó la cobertura allí, mientras yo cortaba la tarta en dos y comía mi parte. Era tan dulce que me dolieron las mejillas. Él también comió su parte, con la cobertura aún en la mejilla.

—¿Vas a limpiarte eso? —le pregunté.

—No.

Había una pila de servilletas sobre la mesa y le acerqué una.

—Pero así ya no te molestaría.

—¿Crees que ya me conoces muy bien, eh? Bueno, no es así. No me molesta para nada.

Él volvió a concentrarse en el televisor, haciendo como si ni siquiera sintiera la cobertura.

Suspiré y se la limpié yo misma. Nuestras miradas se encontraron mientras lo hacía, mi mano en su rostro, nuestros cuerpos cerca y mi corazón pareció detenerse.

Volví a sentarme, arrojé la servilleta sobre la mesa y me metí debajo del saco de dormir antes de hacer algo estúpido.

—Bueno, tú eres casi imposible de conocer, pero ya sabes eso. Lo haces a propósito.

—Hago pocas cosas a propósito.

—Eso me parece difícil de creer.

Su mano, que estaba sobre el sofá entre los dos, debajo del saco de dormir, rozó la mía. Tenía una extraña necesidad de cogerla, pero la resistí. Su pierna volvió a golpear la mía, pero esta vez se quedó presionada contra mí, su presión haciendo que mi mente se perdiera.

—Pero aún con muy poca ayuda por tu parte, creo que también te conozco bastante bien ahora —afirmé.

—Ah, ¿sí?

El volumen del televisor subió, a pesar de que ninguno de los dos había tocado el control remoto. Habían comenzado las noticias y tenían más volumen que el programa anterior.

—*Encabezando las noticias del día, tenemos novedades sobre la historia que les presentamos anoche sobre el condado de Utah. Una persona desaparecida, presumiblemente fallecida, otra herida, después de que el coche que estaba conduciendo chocara en el Cañón Fork América y acabara*

en el río en la noche del viernes. Jeff Matson iba camino a casa después de una fiesta con amigos. No está claro si hubo o no alcohol involucrado en el accidente. —Me ahogué al ver mi imagen en la pantalla—. Autumn Collins, alumna del último año de la secundaria en Timpanogos, no ha sido hallada. Sus pertenencias fueron encontradas en el coche de Matson después de que él fuera llevado al hospital en situación crítica. Se ha revisado el río durante los últimos días. Las autoridades temen, dadas las condiciones en las que ella podría encontrarse tras el accidente y las bajas temperaturas, que no haya sobrevivido al accidente. Los escuadrones de búsqueda han estado recorriendo el bosque que bordea el río, pero la búsqueda fue cancelada anoche cuando otra tormenta de nieve azotó la zona. Matson continúa en estado crítico en el Hospital Infantil de Salt Lake.

—Tienes que respirar. Respira profundo —decía una voz en mi oído.

Tomé una bocanada de aire. Mi corazón estaba acelerado y la sangre se acumulaba en mis oídos.

—... Si tienen información relacionada con esta búsqueda activa — continuó la mujer en la pantalla—, por favor comuníquense con el departamento de policía.

Mis padres pensaban que estaba muerta. La presión se acumuló en mi pecho, el dolor tomó el poder. Mis ojos no dejaron la pantalla del televisor a pesar de que ya habían pasado a otra historia. Estaba congelada en el sofá, incapaz de saber qué hacer a continuación. No estaba segura de recordar cómo moverme siquiera. Fue entonces cuando un fuerte timbre comenzó a sonar y hacer zumbir mis oídos. El ruido atravesaba la habitación y más y más allá, como mi despertador por las mañanas. Y, al igual que mi despertador, quería que se detuviera. Llevé las manos a mis oídos mientras me preguntaba de dónde llegaba el sonido. ¿Estaba en mi mente?

—¿Estás teniendo un ataque de ansiedad? —Escuché preguntar a una voz

lejana detrás de mí—. ¿Qué haces normalmente cuando tienes uno? —Dax estaba frotando mi espalda.

Mi cerebro estaba demasiado confundido como para pensar con claridad. Eso era peor que cualquier cosa que hubiera sentido antes. Necesitaba aire fresco. Necesitaba ver a mis padres. A mi hermano. A las personas que en ese momento pensaban que estaba muerta. Eso no estaba pasando.

—Tengo que salir de aquí —repetí una y otra vez. No podía dejar de decirlo.

—Autumn. Tienes que respirar. Pon la cabeza entre las rodillas o algo.

—¿Por qué? —El mundo a mi alrededor estaba volviéndose negro.

—Autumn, mírame.

Lo miré a los ojos. Eran intensos, centrados y más serios que antes.

—Vas a desmayarte si no bajas el ritmo de tu respiración.

—No. Me. Desmayo —dije entre respiraciones.

—Tal vez no ha pasado antes, pero estoy seguro de que no has tenido un ataque de ansiedad con el estómago vacío.

—Tengo que salir de aquí. —No llegaba suficiente aire a mis pulmones.

—Lo sé. Están en camino. Alguien está en camino. Espera.

Antes de que pudiera analizar el significado de esa afirmación, todo se volvió negro.



-¿Puedes escucharme? Abre los ojos.

Sentía que estaba arrastrándome para salir de un hoyo negro y realmente no quería hacer el esfuerzo. Sería más fácil quedarme en el fondo y dormir. Pero algo estaba irritando el puente de mi nariz y el contorno de mi boca y quería que se detuviera. Intenté tocar mi rostro, pero algo retuvo mi brazo.

—¿Puedes decirme tu nombre? ¿Qué día es?

Abrí los ojos y de inmediato volví a cerrarlos por el brillo, después intenté parpadear hasta que el halo desapareció. Estaba en la parte trasera de una ambulancia. Había una mujer negra de pie sobre mí, con el cabello recogido y una sonrisa en su rostro.

—Hola. Bienvenida de vuelta.

—Autumn. Es Autumn, como *otoño* en inglés. —En realidad no es otoño, es invierno.

Tiré de la máscara de oxígeno y traté de sentarme. Ella me obligó a acostarme con cuidado desde el hombro.

—Quédate ahí hasta que llegemos al hospital y el médico pueda revisarte.

Mi memoria estaba regresando. Lo que vi en las noticias. Me dolía el estómago. Busqué a Dax en el espacio a mi alrededor, pero todo lo que vi fueron tubos colgando de las paredes y cajas plásticas, presumiblemente llenas de elementos de primeros auxilios. Al otro lado, había un hombre sentado, pelirrojo, con un sujetapapeles. Dax debió poder escapar cuando apareció la ambulancia. Esa idea me ayudó a relajarme. No quería que él se metiera en problemas, como seguro lo estaría si la policía se involucraba.

Me quedé recostada, pero pude apartar la máscara de mi boca.

—No. Mi nombre es Autumn. Es no sé qué día de enero. El día de Martin Luther King Jr. No recuerdo la fecha exacta. Estaba atrapada en la biblioteca. ¿Usted tiene un teléfono que pueda usar para llamar a mis padres?

—¿Cuál es el número? Haremos que nos encuentren en el hospital.

—Gracias.



Mi madre no lloraba normalmente, así que me sorprendió verla con lágrimas en los ojos. Me hizo llorar también. Estábamos llorando por diferentes razones. Ella lloraba porque su hija no estaba muerta. Yo, porque me sentía fatal por que ella hubiera pensado que lo estaba. Me abrazó con tanta fuerza, durante tanto tiempo, que finalmente el médico tuvo que decirle que tenía que ponerme un suero por la deshidratación.

—Mamá, estoy bien.

Ella respiró profundo y la vi retomar el control, secar sus ojos y sentarse.

—Lo sé, estarás bien. —Se dirigió al médico mientras la enfermera preparaba la aguja a mi lado—: ¿Cuándo podrá volver a casa?

—En cuanto reciba el litro de solución salina y volvamos a comprobar sus signos vitales.

Mi madre asintió.

—¿Puedes quitarte eso, por favor, para que pueda ponerte la vía intravenosa?

Había olvidado que llevaba puesta la sudadera de Dax. El pensamiento me hizo mirarme los pies, en donde aún tenía sus calcetines, subidos sobre mis pantalones. Mientras mi madre permanecía de espaldas, saqué mis vaqueros y lo estiré sobre ellos. Y, en lugar de quitarme la sudadera como la enfermera me había pedido, levanté la manga. Aún tenía frío.

—¿Esto sirve?

Ella asintió mientras revisaba mi brazo izquierdo en busca de la vena perfecta. Yo miré para otro lado mientras ella levantaba la aguja y me distraje hablando con mi madre.

—¿Dónde está papá?

—En camino.

Inhalé aire entre dientes cuando la aguja entró en mi brazo. La enfermera tapó el lugar con cinta.

—¿Alguien tiene mis zapatos?

La enfermera y el médico intercambiaron una mirada que acabó en que ambos negaran con la cabeza.

—Veremos en la recepción —dijo la enfermera. Después ella y el médico nos dejaron solas.

—Probablemente sigan en la biblioteca —afirmó mi madre—. Dudo que alguien haya pensado en traer tus zapatos.

Podía imaginar exactamente dónde estaban, debajo de la silla, junto al mochila de Dax. Tal vez él los había cogido cuando salió. Tendría que preguntarle eso en el instituto.

—¿Estás más preocupada por tus zapatos que por tu teléfono? —preguntó mi madre—. Impresionante.

—Cierto. Mi teléfono —no quería pensar en la mochila, en el maletero del coche de Jeff y lo que había resultado de él. Pero sabía que tenía que hacerlo. Ya le había explicado todo y mi madre parecía estar calmándose, era el momento de averiguar qué había ocurrido con Jeff.

Pero antes de que pudiera decir algo, Owen, mi hermano mayor, entró seguido por mi padre y me sacó la pregunta de la boca. La que era sobre Jeff.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté a Owen—. ¿Qué hay de la universidad?

—Es día de fiesta. Afortunadamente se te creyó muerta en un día de fiesta o estaría perdiéndome el laboratorio de química por esto. —Cierto, era día de fiesta y por supuesto que mi hermano conduciría seis horas desde la Universidad de Nevada si creía que yo estaba muerta.

—No seas tan frívolo con esto. Es serio. —Mi madre le golpeó el brazo.

—Ya no es serio —dijo él y me abrazó—. Me alegra que no estés muerta.

—Sí, a mí también,

Él se aferró a mí y no me dejó ir hasta que lo aparté ente risas.

—¿Qué ocurrió? —Mi padre estaba sentado a los pies de la cama.

Tuve que explicar toda la situación otra vez. Lo único que excluí fue a Dax. Le prometí que no le diría a nadie que él había estado allí y planeaba cumplir esa promesa.

—¿Cómo te estás sintiendo ahora, niña? —preguntó mi padre.

—Muerta de hambre. Un batido y unas patatas fritas probablemente me curen —le respondí mientras le hacía ojitos.

—Suena a que estás bien —dijo y revolvió mi cabello.

—Yo también me sentiría mejor con un batido —comentó Owen—. Es decir, mi hermana estaba muerta esta mañana.

—¿Qué os parece esto como eslogan? —Mi padre levantó la vista, pensativo—. Batidos: curan el shock de creer a un ser querido muerto.

—Vance, eres tan malo como los niños. —Mi madre puso los ojos en blanco.

—Vamos, Owen —dijo mi padre—. Batidos para todos. —Salieron y Owen me levantó los pulgares por encima de su hombro.

Mi madre sujetó mi mano con tanta fuerza que mis dedos estaban poniéndose blancos. No tuve corazón para pedirle que aflojara el agarre. Me moví en la cama, las duras sábanas de hospital me provocaban comezón. El médico había dicho que podía irme una vez que toda la bolsa de solución salina colgada junto a mi cama se hubiera vaciado en mi brazo; pero supuse que eso llevaría su tiempo, ya que ni siquiera se había vaciado un cuarto.

—Mamá —dije, sin deseos de hacer la pregunta que sabía que tenía que hacer. No quería escuchar la respuesta. Quería fingir que todo estaba bien ya que estaba fuera de la biblioteca—. ¿Cómo está Jeff? ¿Has escuchado algo?

—Lo último que supe es que sigue en estado crítico. No sé nada desde ayer. Estuve involucrada con el grupo de búsqueda.

—¿Grupo de búsqueda? —Necesité demasiado tiempo recordar que estaba refiriéndose a mí—. Oh. Cierto.

Sus ojos brillaron con lágrimas contenidas.

—Lo siento, mamá.

—No es tu culpa. Estoy tan feliz de que estés bien.

—Pero Jeff. —Las lágrimas ahora estaban quemando en mis ojos.

—Lo siento, cariño.

—Él estará bien, ¿verdad?

Ella dio unas palmadas en mi mano, aflojándola finalmente, pero no respondió a mi pregunta.

—¿Puedo verlo? ¿Está aquí en alguna parte?

—Está en Salt Lake, en cuidados intensivos. Solo la familia puede verlo.

Asentí. Quizá podría enviarle flores o algo. Quizá podía llamar al hospital y ellos me dirían cómo estaba. Me dirían que él estaba bien. Porque él estaría bien.

Miré la bolsa transparente llena de solución salina, hasta que se abrió una rendija de la puerta y por allí apareció una taza blanca.

—Mirad quién ha venido a visitarme. Batido —comenté con una sonrisa. Mi madre se volvió en su silla.

—Entra, Vance, antes de que los médicos vean que estás contrabandeando aquí.

Mi padre entró, seguido por mi hermano, que tenía su propio batido.

—Contrabandearía lo que sea, donde fuese, por mi única hija.

—¿Durante cuántos días tendré a mis padres felices porque estoy viva? —Bebí un largo sorbo—. Necesito saber de cuánto tiempo dispongo para aprovecharme de vosotros.

Mi madre intentó mirarme seriamente, pero solo acabó viéndose obligada a controlar sus emociones otra vez.

Owen puso los ojos en blanco y dijo *falta mucho* con los labios detrás de la espalda de mi madre.

—Bien, de acuerdo. No me aprovecharé de ti si eso hace que dejes de llorar.

—Solo estoy feliz —respondió ella.

Mi padre puso una mano sobre mi hombro.

—Lo sé —afirmé. Sabía que estaban aliviados, que sus vidas se habían arreglado. Pero para mí, parecía que la verdadera tragedia acababa de comenzar. Intenté mantener mi expresión de felicidad por ellos.

Mis familiares no fueron las únicas visitas en el hospital. Antes de que se terminara el litro de solución salina, Lisa, Avi y Morgan me visitaron

también, dijeron que habían escuchado la noticia cuando se canceló la búsqueda.

—Pensé que te habías ido con Jeff —murmuró Lisa mientras las demás hablaban con mis padres—. Estaba segura de que lo habías hecho. Ni siquiera habíamos comenzado a encender el fuego cuando empezó a nevar con fuerza. Todos habíamos llegado y decidimos ir a la cabaña antes de necesitar cadenas para los coches. Jeff fue el primero en irse.

—¿Por qué pensaste que me iría sin decírtelo?

—No lo sé. Fue una locura. Avi estaba gritando porque estaba mojada. Todos estaban riéndose. Yo te había estado presionando para que hablaras con Jeff en la hoguera. Pensé que te habías ido con él. ¿Y sabes qué pensé para mí misma? Pensé «Adelante, Autumn», estaba orgullosa de ti. Y después escuché las noticias y quedé devastada. Era mi culpa que estuvieras con él.

—No estaba con él.

—Lo sé, pero pensé que así era y que era mi culpa. Lo siento.

—Lisa, espera. —Negué con la cabeza—. Aunque hubiera estado con él, no habría sido tu culpa. Fue un accidente. —Respiré profundo—. Gracias a Dios nadie estaba con él.

—Lo sé. Solo las chicas habían subido a su coche de camino al campamento y todas seguirían su camino hacia la cabaña.

—Pero Jeff...

—Lo sé. Créeme, lo sé.

—¿Lo has visto?

—Está en cuidados intensivos. Sin visitas.

Suspiré. No podía ponerme nerviosa por él hasta que supiera algo. La cara de Lisa reflejaba cómo me sentía; marcada por la preocupación. Mi cara debía estar igual, porque se deslizó a mi lado y envolvió mi cintura con sus

brazos.

—Estoy muy aliviada de que estés bien —dijo.

—Nunca he estado en peligro. Estaba bien.

—Siento haberte dejado en la biblioteca. —Descansó su cabeza sobre mi hombro—. Soy una tonta.

—No, por favor, no te preocupes por eso. —Negué con la cabeza—. Fue culpa mía haber bebido casi la mitad de la botella de dos litros de refresco.

—¿De quién es esto? —preguntó mientras tiraba de la manga de mi sudadera.

Recordé lo fácil que era para Dax leer las mentiras en mi rostro y traté de calmarme al responder.

—La encontré en la biblioteca. Hacía demasiado frío allí. —Ella la olisqueó.

—Huele bien. Como...

Dax. Olía a Dax.

—A hombre —dijo con una risa—. Huele como a un chico. Un chico con una buena colonia.

—Pensé lo mismo cuando me la puse.

—¿Estabas aterrada allí? —Ella se sentó.

—No fue tan malo. —Retorcí la pulsera rosa que aún tenía en mi muñeca.

—Tendrás que contármelo todo cuando salgas de aquí.

—Lo haré. —Y lo haría. Le contaría todo en un par de semanas, cuando todo esto se desvaneciera y todos terminaran de hacer preguntas. Cuando Jeff estuviera fuera de cuidados intensivos y bien. Cuando hubiera pasado el tiempo suficiente para que Dax viera que no iba a meterse en problemas por esto. Entonces se lo contaría.



A las seis de la mañana del día siguiente, mis ojos se abrieron de golpe por enésima vez desde que los había cerrado la noche anterior. Mi mente estaba llenando mis sueños de preocupación. Preocupación por Jeff, por Dax, por mis padres. Mi cama era demasiado suave, demasiado cálida. La casa en general parecía demasiado cálida. ¿Acaso mis padres habían subido la calefacción más alto de lo normal?

Salí de la cama, mi cabeza retumbó cuando me levanté. Necesitaba una aspirina.

Me sorprendió encontrar a mi madre sentada en la mecedora en el comedor diario, con su portatil abierta en el reposabrazos de una silla y un cuaderno de anotaciones tamaño folio sobre su falda.

—¿Qué estás haciendo? ¿Has dormido aquí? —le pregunté.

—No. No he podido dormir. Estoy buscando el protocolo de procedimientos nocturnos para edificios públicos.

—Mamá.

—No debiste quedarte atrapada allí. Cada habitación debió ser registrada

después de que saliera la última persona.

—Mamá, ¿puedes dejar de hacer eso?

—Sigo pensando que el día de ayer fue un sueño —suspiró—. Que despertaré y tú estarás...

—No lo soñaste. Estoy aquí. Estoy bien. —Volví a sentirme culpable por no haber activado la alarma de incendios antes. Así me descubrieron, me dijo mi madre; la alarma de incendios. Dax debió haberla activado.

Besé a mi madre en la cabeza y seguí camino hacia la cocina.

—¿Owen llegó bien a la universidad?

—Sí, me envió un mensaje como a la una de la mañana.

Otra cosa para sentirme culpable. Que mi hermano condujera seis horas para ayudar en mi búsqueda.

—¿Qué haces despierta? —preguntó mi madre.

—Tampoco podía dormir. Además de que es hora de prepararme para el instituto.

—No vas a ir al instituto. —No fue una pregunta.

—Iré. Me encuentro bien y necesito distraerme. Además, no quiero atrasarme. —Había estado buscando las aspirinas mientras hablaba y me detuve en seco. Si mi madre me veía tomando una aspirina, definitivamente no me dejaría ir. Así que, en su lugar, cogí mi medicación para la ansiedad y un vaso justo cuando ella llegó a la cocina.

—De acuerdo, pero vuelve a casa si comienzas a encontrarte mal o ansiosa.

—Prácticamente podía verla teniendo una batalla interna.

—Lo haré, mamá. —Mi cabeza retumbaba al ritmo de mi corazón mientras llenaba el vaso con agua de la nevera.



No había anticipado la reacción de la gente cuando entrase al instituto. Fue lo último que pasó por mi mente. Pero debí haberlo sabido. Mi cara había estado en todas las noticias y en las redes sociales. Me habían dado por muerta. Por supuesto que los chicos del instituto lo sabrían. Abrí la puerta y entré y, antes siquiera de que la puerta se hubiera cerrado detrás de mí, un grupo de personas aplaudió y me saludó.

—Hola —respondí.

Un chico de la clase de Política se puso frente a mí.

—Bienvenida de vuelta.

—¿Gracias?

—¡Autumn! —gritó Cooper Black, un defensor del equipo de futbol—. ¡Has sobrevivido!

—¿Sobrevivir? —El tema sería agotador muy pronto.

Mis amigas también se sentían mal. Lisa, Morgan y Avi actuaron como si no me hubieran visto el día anterior en el hospital y no me hubieran apretujado en un abrazo grupal.

—¡Has venido al instituto! Pensé que no vendrías —comentó Lisa.

Bueno, eso explicaba la reacción. Después Dallin, el amigo de Jeff, se lanzó hacia mí. Me levantó sobre su hombro y me llevó por el corredor gritando.

—¡Está viva! ¡Está viva! —Su reacción fue la que más me confundió. Pensé que lo encontraría hecho un desastre, ya que Jeff seguía en estado crítico, pero parecía estar en su estado normal.

Durante mi paseo no solicitado, vi a Dax caminando por el corredor. Mi corazón me hizo un nudo en la garganta cuando supe que él era la verdadera razón por la que había ido al instituto; para asegurarme de que él estuviera bien. En el preciso momento en que levanté la mano para saludarlo, él miró para otro lado, fingiendo no conocerme de nada. Cuando Dallin llegó hasta el

final del corredor, mi cabeza estaba retumbando incluso más que esa mañana. Golpeé su espalda.

—Déjame bajar, Dallin. Por favor.

Lo hizo y estuve a punto de caer de espaldas con el esfuerzo. Después me cogió por el hombro.

—Deberíamos tener una fiesta de Regreso de la Muerte este fin de semana para ti. Con temática de zombis o algo.

—¿Cómo estás? —pregunté sinceramente cogiéndolo de las muñecas.

—Increíble —sonrió y dejó caer las manos de vuelta a sus costados—. Listo para celebrarlo.

—Nada de fiestas para mí este fin de semana. —Entorné los ojos mientras me preguntaba si él estaría más preocupado por Jeff de lo que dejaba ver—. Solo necesito un descanso.

—Eso ya lo veremos —dijo y levantó las cejas. Después se alejó corriendo, probablemente para comenzar a preparar las invitaciones para una fiesta que yo no deseaba.



—¿Dónde has estado durante el almuerzo? —Lisa se sentó a mi lado en la sexta hora, en la clase de Política.

—Evitando a las personas. —Y buscando a Dax. Desde la primera vez que lo vi por la mañana, no había podido volver a encontrarlo. ¿Así era cómo él manejaría esta situación? ¿Se suponía que volveríamos a la normalidad, como si no nos conociéramos?

—Pareces cansada.

—Lo estoy. Debí haberme quedado en casa.

—Deberías llevar un letrero durante las próximas semanas que diga «Tócame y pondré una horrible fotografía tuya en el anuario».

—¿Crees que eso funcionaría? —pregunté con una sonrisa.

—Es la mejor amenaza, Autumn. Usa tu poder.

—Quiero ir al hospital hoy después del instituto para hablar con los padres de Jeff. Llevarle flores o algo. —Saqué mi cuaderno y un estuche de mi mochila, porque la señora Harris ya había comenzado a escribir en la pizarra.

—¿Conoces a sus padres?

—Los conocí en su fiesta en la piscina el verano pasado. Siento que tengo que hacer algo.

—Yo también. Iré contigo.

—Gracias. —Esperaba esa respuesta por su parte. Pero aún no estaba segura de qué les diría a sus padres. *¿Es posible que no me recuerden, pero debía estar en ese coche con su hijo? ¿Siento no haber estado ahí cuando su hijo se desplomó veinte metros dentro del río?* Esas serían buenas formas de romper el hielo.

—Probablemente se alegren de ver a algunos de sus amigos.

—Nos dirán cómo está, ¿verdad? —le pregunté.

—Eso espero.

La señora Harris aplaudió dos veces.

—De acuerdo, chicos. Poneos a trabajar en estas preguntas, después las discutiremos.



-**E**stas flores parecen demasiado animadas, demasiado coloridas — comenté, incapaz de salir del coche, a pesar de que Lisa había apagado el motor hacía dos minutos y el coche se estaba enfriándose lentamente.

—Creo que esa es la intención. No vamos a un funeral, Autumn.

—Lo sé —asentí. Las palmas de mis manos estaban sudando. Respiré profundamente unas cuantas veces. Él estaba bien. Jeff estaba bien. Abrí la puerta y la empujé—. Vamos.

La mujer en el mostrador de información nos señaló el camino a la unidad de cuidados intensivos y nos advirtió que eso era lo más lejos que llegaríamos si no éramos familiares. Era suficiente para mí.

Lisa cogió mi mano mientras dábamos la vuelta a la esquina.

Reconocí a los padres de Jeff de inmediato por la fiesta del verano anterior; ambos eran altos y atractivos, como Jeff. Estaban sentados en una esquina de la habitación, con algunas otras personas que no reconocí a su alrededor. Parecía que sus cuerpos y las sillas en las que estaban sentados se hubieran convertido en uno, como si hubieran estado allí sentados durante años. Había

un televisor en una esquina, pero nadie lo estaba mirando. Se formó otro nudo en mi pecho.

—No deberíamos estar aquí. Me siento como si los invadiera —susurré—. ¿Crees que están molestos conmigo porque yo estoy bien y él...?

—No has hecho nada malo. —Lisa tiró de mi brazo para forzarme a verla—. Creo que estarán felices de que te intereses por Jeff y de que estés aquí para ver cómo está. Estás rompiendo con la monotonía de su día.

—Tienes razón.

—Por supuesto que tengo razón. —Avanzó, llevándome con ella.

La madre de Jeff apenas miró a Lisa antes de encontrar mi mirada. El tallo de una de las margaritas en mi mano se rompió. Aflojé la presión.

Ella se levantó y se llevó las manos a la boca. El padre de Jeff la miró y siguió su mirada hacia mí. Nos ofreció una sonrisa dudosa. Y después la madre de Jeff comenzó a esquivar personas y sillas hasta quedar frente a mí. Me sentí a segundos de desmayarme, a pesar de que solo me había desmayado una vez.

Extendí las flores sin convicción, sin poder hablar. Lisa me salvó.

—Señora Matson, sentimos lo que ha pasado con Jeff y solo queríamos decirle que estamos pensando en él.

A pesar de que Lisa fue la que habló, los ojos color avellana de la señora Matson no se apartaron de los míos y se rasgaron con una sonrisa.

—Autumn —dijo.

—Sí, hola. —Así que sí me recordaba.

—Autumn. —Me tomó de los hombros, con las flores aún en mis manos entre las dos.

Esto estaba empezando a ser extraño. Asentí.

—Estoy tan feliz de que estés aquí. Jeff habla mucho de ti.

—¿Sí? —Siempre había tenido la esperanza de que hablara de mí con

alguien. Nunca imaginé que fuera su madre.

Me aferró en un abrazo y su barbilla se enterró en mi frente. Las flores, que apenas había destruido antes, ya estaban aplastadas. Cuando me soltó, aún sin reconocer la presencia de Lisa, comenzó a llevarme hacia el grupo de personas en la habitación. La seguí impotente y miré a Lisa con expresión de *por favor, no me abandones*. Ella lo comprendió y se quedó cerca de mí.

—Jason —dijo la señora Matson cuando llegamos junto a su esposo—. Ella es Autumn.

—Sí. —Una sonrisa apenas visible apareció en su rostro—. Te recuerdo de una fiesta en nuestra casa, es bueno verte.

Extendí las flores aplastadas, con esperanza de que alguien las cogiera. Él lo hizo.

—Gracias.

—Autumn quiere ver a Jeff —afirmó la señora Matson en voz alta.

—Ah, no. Está bien, sé que solo puede pasar la familia. Solo quería saber cómo estaba.

—Sí, solo la familia, prima Autumn —dijo y me guiñó un ojo.

—¿Qué? —No sé por qué lo he dicho. Comprendí lo que implicaba de inmediato. Solo estaba sorprendida. ¿Por qué querría que yo viera a Jeff?

Mi pregunta fue respondida minutos más tarde, después de que Lisa me diera un abrazo, de que el señor Matson estuviera de acuerdo con la mentira —sus cejas oscuras solo se elevaron ligeramente por la sorpresa—, después de que le fuese a la enfermera con la historia de ser la prima, a pesar de mis manos sudorosas. La señora Matson enlazó su brazo con el mío con complicidad mientras seguíamos a la enfermera por el corredor.

—Los primeros días son muy importantes para Jeff —murmuró—. Lo han puesto en un coma inducido hasta que se reduzca la hinchazón en su cerebro. Quizá su novia sea la medicina que necesita.

—No... es decir, no somos... nosotros nunca... no estamos juntos.

—Lo sé, pero era solo cuestión de tiempo, ¿cierto?

Tragué saliva. Sí, solo era cuestión de tiempo. Él me gustaba. Así que podía olvidarme de la presión que estaba sintiendo para ser lo que su madre quería que fuera; alguna clase de sanadora milagrosa. Podía intentar olvidar los nervios que siempre sentía al ver a alguien enfermo y desamparado. En ese momento él me necesitaba. Nos detuvimos frente a una puerta y la enfermera la abrió. Su madre me sonrió y las dos entramos.

La habitación estaba en silencio, a excepción de un pitido proveniente de la máquina junto a la cama de Jeff que sonaba a un ritmo regular. Pero incluso eso sonaba distante mientras miraba a Jeff. Había un largo corte en su frente, suturado y cubierto por lo que parecía yodo. Tenía sensores de control del corazón en el pecho y un tubo saliendo de su boca. Sus ojos estaban hinchados y tenía algunos rasguños en sus brazos. Intenté no dejar que el ardor en mis ojos se convirtiera en lágrimas.

—Ve a sentarte junto a él. Déjalo escuchar tu voz —dijo su madre.

Esa mujer había visto demasiadas películas.

—No podemos quedarnos mucho tiempo —continuó—. Quieren dejar que su mente descanse y demasiado alboroto en la habitación parece aumentar su ritmo cardíaco. Pero puedes quedarte algunos minutos.

Algunos minutos alcanzaban. Mi ritmo cardíaco ya estaba lo suficientemente acelerado por los dos.

—No tengas miedo de tocarlo —dijo y me guio hacia su brazo, que estaba a mi lado.

Me senté y observé su brazo, sin seguridad de querer hacerlo. Pero ella estaba a mi lado, llena de esperanza. Así que me acerqué y coloqué mi mano en un espacio libre de su piel, entre un rasguño y la sonda. En verdad quería que Jeff supiera que sus amigos estaban ahí y pensando en él.

—Oye, Jeff. Soy Autumn. —Me sentí intimidada al hablarle con público.

Su madre debe haberlo sentido, porque dijo: «Te daremos unos minutos». Después le dijo a la enfermera que tenía unas preguntas y ambas salieron al corredor.

Esperé a que se cerrara la puerta y después aclaré mi garganta.

«Hola. He venido a verte». No estaba segura de qué decir, pero continué de todas formas. «No estás muy mal. Solo un poco peor que la vez que pasaste por el lavado de coches sin tu coche». Me reí al recordar ese día. Habíamos visto un campo cubierto de lodo de camino a casa para almorzar. Lisa dijo algo acerca de que era una pena que no estuviéramos en su cuatro por cuatro. Jeff tenía ese brillo pícaro en sus ojos y dijo: «¿Quién necesita un cuatro por cuatro?». Y procedió a conducir en círculos por el lodo. Solo que se le olvidó subir su ventanilla. No solo el coche quedó cubierto de lodo, sino que él también. Y fue entonces que tuvo la idea de caminar por el lavado de coches de la gasolinera antes de regresar al instituto. Las cerdas de los cepillos dejaron algunas marcas en su rostro y cuando se liberó de ellos parecía una rata ahogada.

«¿Recuerdas eso, Jeff? ¿El lavado de coches? Una de tus tan brillantes ideas que resultó no ser tan brillante como pensaste que sería. Tienes que despertar y hacerme reír. Tuve un fin de semana terrible. Seguro que no tan terrible como el tuyo, pero aun así». Apreté su brazo, luego dejé caer la mano sobre mis piernas. «Estarás bien. Lisa también está aquí. Ella vino a verte. Pero ella no es tu prima como yo, así que...», suspiré. «No es tan divertido hacer chistes cuando no puedes oírlos». Fue bonito verlo, escuchar los pitidos de su respiración en la máquina, ver subir y bajar su pecho, a pesar de saber que era una máquina la que hacía que eso sucediera. Él estaba vivo y estaba agradecida por ello.



Cuando regresamos a la sala de espera, Lisa enlazó su brazo con el mío y ya no lo soltó. La madre de Jeff me abrazó y susurró:

—Vuelve pronto, por favor.

—No quiero ocupar el tiempo familiar —respondí.

—No, por favor. —Cogió mis hombros con demasiada intensidad—. Dame tu número de teléfono para poder mantenerte al día.

—Volveré en cuanto pueda —afirmé después de que intercambiásemos números.

Lisa me alejó y nos mantuvimos en silencio mientras caminábamos hacia el coche. Cuando al fin estuvimos dentro del coche, con las puertas cerradas y el motor encendido, ella habló.

—¿Cómo está Jeff?

—No lo sé. Bien, supongo. Es decir, está en cuidados intensivos, así que estoy segura de que hay muchas cuestiones internas, pero parecía como si pudiera levantarse y salir caminando si quisiera.

—¿Tú estás bien?

Estaba preguntándome lo mismo, esperando que las lágrimas que estaba conteniendo finalmente cayeran. Las seguí conteniendo a pesar de que me dolían la garganta y el pecho.

—Eso creo.

Lisa asintió y miró hacia atrás por encima de su hombro para salir del aparcamiento. Cuando estuvimos en la calle, camino a casa, volvió a hablar.

—Fue extraño que su madre te hiciera entrar. Como si tuvieras alguna clase de poder sanador.

—Lo sé. Realmente extraño.

—¿Cuándo volverás a visitarle?

—No lo sé. Esta semana en algún momento. Tengo que estar ahí por él... y tal vez por su madre también. —Suspiré—. Me siento culpable.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por la misma razón que tú te sentiste culpable cuando pensaste que yo estaba en el coche con él.

—Que él estuviera allí no es tu culpa.

—Si no fuera por mí, él no habría estado en el cañón ese día. —Subí mis pies al salpicadero y me abracé las rodillas contra el pecho—. Me siento culpable de que él pueda haber chocado pensando que yo no quería verlo en la hoguera. Que me había ido a casa.

—Autumn, te quedaste atrapada en una biblioteca. No fue tu culpa.

—Tal vez no, pero puedo estar ahí para él ahora.

—Tal vez realmente puedas ayudarlo. —Lisa sonrió—. Su madre actuó como si fueras el amor de su vida. —Acarició mi hombro—. Debe haber hablado mucho sobre ti.

—Cierra la boca. —Mis mejillas se sonrojaron y escondí el rostro entre las rodillas.

—Te encanta. —Rio—. Autumn y Jeff. Sí, pasará.

Una imagen apareció en mi mente, no una de un Jeff recuperado y caminando fuera de ese hospital conmigo, sino una de los ojos de Dax, mirándome desde el otro lado de la biblioteca. Intenté deshacerme de ella.

—Sí, sí, pasará. —Pasaría. Era lo que siempre había querido.

21



Si tan solo pudiera hablar con Dax y asegurarme de que estaba bien, tal vez mi mente habría dejado de pensar en él cuando no se suponía que debiera hacerlo. Además, ya éramos amigos y estaba preocupada por él. Quería que él se sentara con nosotros durante el almuerzo, que se juntara con mis amigos, que no estuviera solo. No estaba segura de que fuera a llevarse bien con mis amigos, pero valía la pena intentarlo.

Pero no podía encontrarlo por ninguna parte en el instituto. Era como si tuviera el superpoder de desaparecer de la faz de la Tierra cuando quisiera.

En el almuerzo, escaneé la cafetería mientras me sentaba con mis amigos. No es que hubiera visto a Dax allí antes, pero valía la pena echar un vistazo. Él no era precisamente predecible.

—¿Qué otras comidas te recuerdan a los no muertos? —preguntó Dallin. Estaba haciendo una lista para planear la fiesta.

—Esto parece un poco no muerto —comentó Lisa sosteniendo un bastón de zanahoria—. Como dedos o algo.

—Me refiero a *buena* comida —dijo Dallin.

—Escuché a unas chicas hablando de esta fiesta en la clase de Literatura.
—Avi le arrancó el bastón de zanahoria a Lisa y le dio un bocado—. ¿A cuántas personas invitaste?

—A cuántas personas *no* invité es la pregunta.

La idea de estar rodeada por una mayoría de extraños en una casa con música a todo volumen hizo que mi interior se tensara.

—Dallin. No quiero una fiesta.

—Bueno, eso está muy bien, pero ya está decidido. Necesito tu aporte de comida ahora.

—Esto parece demasiado esfuerzo —comentó Zach—. ¿No podemos simplemente llevar lo que sea y decir que es bueno?

—Sí, ese plan me gusta más —afirmó Dallin mientras señalaba a Zach.

—¿Tus padres están de acuerdo con esto? —preguntó Lisa con los ojos en blanco.

—Sí, les dije que lo hacía para celebrar el regreso de Autumn y les pareció bien.

—No me uses de excusa para dar una fiesta —protesté.

—Usaré cualquier excusa que se me pueda ocurrir. —Rio.

—¿Cuándo es el asunto, por cierto?

—Sábado. Así que será mejor que vayas o mis padres pensarán que les he mentado.

—Uff. —Aparté su brazo.

—Así me siento unas diez veces al día con Dallin. —Rio Avi.

Sonó la campana. Vacíé la bandeja de mi almuerzo en una bolsa de papel y me dirigí al cubo de basura.

—Estás muerto para mí —le dije mientras me alejaba.

—Tú estás no muerta para mí, querida.

Lisa se apresuró para reunirse conmigo y fuimos juntas a la clase de

Política.

—¿Él ha estado en el hospital? —le pregunté.

—¿Dallin?

—Sí.

—Eso creo.

—¿Está negando lo de Jeff o solo es extremadamente optimista?

—Creo que esta es la forma en que puede controlarlo.

—Sí, es probable. —Tropecé con una bandeja de almuerzo que alguien había dejado en el suelo junto a la puerta.

—Pero ¿hay alguna razón por la que tú no eres optimista respecto a la recuperación de Jeff?

Porque la señora Matson dijo que él estaba en un coma inducido por medicamentos. Eso significaba que los médicos estaban preocupados, ¿no es así? Pero ¿en qué ayudaría a mis amigos saber eso?

—No. Él estará bien. Solo que no tengo ganas de celebrar una fiesta justo ahora.

—Tenemos que celebrar las pequeñas cosas, ¿no es así?

—¿Ahora mi regreso de la muerte es una *pequeña cosa*? —Sonreí.

—Tan pequeña. —Ella rio—. Es decir, vamos, solo estabas encerrada en una biblioteca.

Sonreí y choqué su cadera con la mía. Podía guardarme mis dudas y dejar que mis amigos dieran una fiesta. Tal vez eso era lo que todos necesitaban. Algo de esperanza.



La ropa limpia estaba acomodada en pilas sobre la mesa de café cuando

atravesé la puerta de casa, después del instituto. Cogí las dos pilas que me pertenecían y me dirigí a mi habitación para dejarlas.

—Autumn. —Mi padre me detuvo en el pasillo, con otra cesta de ropa en sus manos.

—Ah, hola. Quería preguntarte si puedo volver al hospital hoy.

—¿No estuviste allí ayer?

—Sí, pero... —Me detuve cuando vi que estaba sosteniendo la sudadera de Dax.

Debe haber visto mi expresión, porque preguntó:

«¿Esto es tuyo?».

—La encontré entre los objetos perdidos en la biblioteca. —Seguí adelante con la mentira que había comenzado con Lisa—. Hacía frío y decidí ponérmela. Yo la guardaré. —La cogí de sus manos, pero él no la soltó al instante.

—Tal vez podríamos devolverla.

—Yo puedo hacerlo —dije y finalmente la liberé. La dejé sobre mi brazo y seguí caminando con las dos pilas que ya tenía en las manos.

—Pensé que quizá fuera de ese chico —comentó él.

Me detuve repentinamente y volteeé rápido, la sudadera se resbaló de mi brazo y cayó en un montículo a mis pies.

—¿Qué chico?

—El chico que el médico dijo que estaba contigo cuando llegó la ambulancia.

Me quedé muda de la sorpresa.

—Tal vez él también escuchó la alarma —agregó mi padre—. Y pudo entrar en la biblioteca de algún modo para ayudarte. No me dieron todos los detalles. Pero creo que la policía debe tener sus datos.

—¿Policía?

—Estabas realmente desconectada, ¿no es así? —Mi padre rio ligeramente y acarició mi mejilla con su mano—. Me alegra que ahora estés bien. Me gustaría darle las gracias a ese chico y saber más detalles. Quizá llame para averiguar cómo hacerlo.

Tal vez yo llamaría para averiguar cómo hacerlo. Dax podía evitarme en el instituto, pero no podía evitarme si me presentaba ante su puerta.



Necesité algunas llamadas telefónicas, pero finalmente pude convencer a un oficial de policía de que me diera la dirección que Dax les había dejado. Después me encontraba de pie en su entrada, secando mis manos, que estaban comenzando a sudar, en mis pantalones.

La puerta se abrió con un crujido y apareció una mujer no mucho mayor de treinta. Su cabello era multicolor y vestía una camiseta demasiado grande sobre unos pantalones vaqueros.

—¿Puedo ayudarte?

—Hola. ¿Dax está aquí?

—¿Está en alguna clase de problema?

—No, solo quiero hablar con él.

—Él ya no vive aquí. —Sus ojos pasearon por todo mi cuerpo.

Mi boca se abrió y volvió a cerrarse.

—¿Qué? ¿Dónde vive?

—¿Quién eres tú?

—Una amiga. —Cambié el peso de un pie a otro y sonreí, a pesar de que no tenía la mejor sensación sobre esa mujer—. Tengo algunas cosas tuyas.

Una cosa, en realidad, su sudadera, y solo era una excusa conveniente para

verlo.

—¿Qué cosas? Probablemente sean mías. Se llevó muchas cosas mías.

—No, son tuyas. ¿Tiene su dirección? —Estaba irritándome más a cada segundo.

—Los Servicios Sociales no me la dieron. Solo sé que lo llevaron a algún hogar de acogida.

Cerré los ojos y respiré para calmarme. Así que lo habían enviado a un hogar de acogida por mi culpa. Por ayudarme.

—Creo que usted sabe dónde es el hogar, pero quizá debería llamar a Protección de Menores y hablarles sobre ese dinero extra que cultivan en su sótano. —¿Acababa de decir eso?

—¿Estás amenazándome, niña?

El miedo recorrió mi espalda. Nunca había hecho algo como eso y estaba segura de que mi rostro lo reflejaba, pero estaba desesperada.

—Sí.

Ella balbuceó algo para sí misma y cerró la puerta de un golpe en mi rostro.

Yo solté un gruñido de frustración y le di una patada a la puerta. Solo necesitaba alejarme y olvidarme de todo aquello. Dax se metió en ese lío por desviarse del plan. Él estaría bien. Pronto tendría dieciocho y entonces podría alejarse de todos como siempre quiso.

Necesitaba ir al hospital. Allí era a donde mi padre me había dejado ir. Allí era donde debía estar. Me di la vuelta y, cuando apenas había bajado los dos escalones de cemento agrietados, la puerta volvió a abrirse. La mujer me arrojó un papel arrugado y volvió a cerrar inmediatamente. También echó la llave.

Observé el papel en el suelo, junto al felpudo en forma de flor, y pasé sobre una regadera verde. Lo recogí, lo estiré y le sonreí a la dirección escrita en él. Probablemente no debería haberme sentido tan feliz por chantajear a alguien

a cambio de información, pero considerando a la víctima, no me sentía tan mal. Lo encontré. Y él nunca tendría que saber cómo.



El encargado del hogar era un hombre negro, alto, con una sonrisa agradable, a diferencia de la última madre de acogida de Dax. También parecía haberse arreglado a conciencia esa mañana en lugar de acabar de salir de la cama. Tenía un ligero rastro de una barba en crecimiento en el mentón, pero su cabeza era tan lisa como era posible.

—¿Estás aquí para ver a Dax?

—Sí.

—Tendrá que incumplir su horario por ti —dijo al ver su reloj—. Ahora es el momento de los deberes. Tiene tiempo libre después de las cuatro.

Dax debía odiar eso, estaba segura, tener su vida cronometrada minuto a minuto. Comprobé mi teléfono móvil. Eran las 15:45.

—¿Tengo que esperar o él puede salir un poco más temprano hoy, ya que yo no lo sabía?

—Solo esta vez. Deja que lo busque.

—Gracias. —Aferré su sudadera en mis manos. Había una polilla posada en la madera del marco de la puerta y la observé mover sus alas sin volar.

Dax apareció en la puerta, con el cabello desarreglado, vestido con una camiseta arrugada y unos pantalones deportivos cortos. Estaba descalzo y, alrededor de su muñeca, tenía la pulsera negra que yo había atado.

Mi pecho cerrado se relajó. Quería levantar la manga de mi sudadera y mostrarle que también tenía la mía. No lo hice. Solo le di su sudadera.

—Pensé que debía devolvértela.

Él la cogió y sentí la extraña necesidad de quitársela de nuevo, de aferrarme a ella, de quedármela.

—¿Y mis calcetines? —preguntó.

—Ah. Cierto. Me olvide de ellos. Te los traeré la próxima vez.

—Está bien. Puedes quedártelos.

—¿Acaso tú cogiste mis zapatos? —Como pareció confundido, agregué—: Eran botas negras.

—Porque eso aclara las cosas. —Rio él.

—¿Puedes imaginarlos ahora?

—No, yo nos los cogí. Es probable que sigan en la biblioteca.

Correcto. Aún estaban en la biblioteca.

Dax permanecía de pie en el marco de la puerta, como si estuviera listo para cerrarla sin pensárselo dos veces. Busqué en mi mente otra razón para evitar que lo hiciera.

—Así que, un hogar de acogida, ¿eh? —Fue la estúpida solución que se le ocurrió a mi mente.

—Los sueños sí se hacen realidad —afirmó y miró la puerta.

—Se suponía que te irías.

—¿Qué?

—Cuando llegara alguien, se suponía que te esconderías y después te irías. Eso fue lo que hablamos.

—¿Estás enfadada conmigo por esperar cuando estabas desmayada?

Noté que *estaba* enfadada. Él estaba allí, donde no quería estar y era todo por su culpa.

—Sí. Tenías que haberte ido.

—Me alegra que me creas capaz de dejar atrás a una chica que perdió la conciencia en el suelo. —Él rio ligeramente.

—Yo habría estado bien. Me habrían encontrado. Pero ahora todo está mal y tú estás aquí y eres desdichado.

—Autumn, para. No tienes que sentirte culpable. No estaré aquí durante mucho tiempo.

Deseé tener su habilidad para leer las expresiones faciales, porque la suya era tan estoica que no podía saber si lo que estaba diciendo era cierto.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué te castigaron por ayudarme?

—Mi madre de acogida dijo que yo había escapado para no meterse en problemas por haberme echado.

—Mi padre no sabía que tú estabas conmigo, pensó que habías llegado con la alarma.

—Le di la misma información a la policía. Los servicios sociales me regalaron este increíble castigo.

—Esto es una mierda —protesté.

—No pasa nada—afirmó y se encogió de hombros.

—¿Cómo es que no has estado en el instituto?

—He estado por ahí.

—Pensé que podrías sentarte con nosotros en el almuerzo... si quieres.

Eso fue lo peor que pude haber dicho. Su expresión pasó de ser la del Dax que llegué a conocer, a ser cerrada otra vez. Como si hubiera presionado el botón de «borrar».

—No necesito que me consigas amigos, Autumn. Estoy bien. —El corredor a sus espaldas era oscuro y parecía estar succionándolo—. Será mejor que

regrese al horario de tarea obligatorio.

No quería que él se fuera como sea que estuviera sintiéndose. Necesitaba que se quedara solo un poco más, así que lancé:

—Jeff está en coma. No lo sacarán hasta que esté mejor.

—Lo siento. —Eso volvió a detener su retroceso.

—Su madre piensa que soy la clave para salvarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Fingió que yo era su prima y yo me senté a su lado y hablé con él. Y ella quiere que regrese y lo haga de nuevo. Como si fuera un amuleto mágico o algo. —Me reí nerviosa, sorprendida de haberle dicho eso—. Pero no es gran cosa. Quizá pueda ayudar.

—No tienes que regresar, Autumn.

—Quiero hacerlo. —Mis hombros se relajaron un poco.

—Espero que él mejore.

—Yo también. —Di una patada a la esquina del felpudo—. Si alguna vez necesitas un descanso... tengo un coche. —Como no dijo nada, agregué—: Puedes cogerlo prestado o algo. —Tal vez Dax no quería juntarse con mis amigos, pero nosotros aún éramos amigos. Él seguía llevando la pulsera. Eso tenía que significar algo. Y, como una amiga, sabía algunas cosas sobre él, como el hecho de que necesitaría salir de aquel lugar de vez en cuando. Un coche ayudaría con ese tema.

—¿Coger prestado tu coche? Estoy seguro de que a tus padres les encantaría eso.

—Estarían de acuerdo. —No estarían de acuerdo.

—No necesito tu coche, pero gracias. —Él movió su mano hacia arriba en la puerta y su expresión parecía preguntar si ya había terminado con mi arrebato.

—De acuerdo... —Me mordí el labio—. Bueno... te deseo mucha suerte

—También para ti.

—Adiós, Dax. —Di un paso atrás.

—Adiós.

Él cerró la puerta y eso fue todo.

Comencé a alejarme, pero dudé, pensando que había olvidado algo, mis brazos se sentían vacíos, pero después recordé que solo era la sudadera, así que bajé de la entrada y me alejé. Tal vez esa pulsera no significara nada después de todo. Dax no necesitaba mi amistad. No necesitaba nada, podía dejar de preocuparme por él.



Mi padre estaba sentado en el sofá combinando calcetines cuando atravesé la puerta. El televisor estaba encendido (lo que explicaba por qué tardaba tanto en realizar esa sencilla tarea) y lo puso en pausa para recibirme.

—¿Cómo ha estado el hospital?

—Al final no he ido. Fui a dejar esa sudadera en su lugar. —Eso no era mentira, a pesar de que sabía que él asumiría que había ido a la biblioteca.

—Ah, qué bien. Dax. Su nombre es Dax. —Buscó un calcetín en la pila de la mesa de café.

—¿Qué?

—La policía me dijo quién era el chico que te ayudó. Le escribí una carta. La van a enviar por nosotros.

—Eso es genial.

Él levantó un dedo, como si se le acabara de ocurrir una idea.

—¿Quieres añadirle algo?

—¿A la carta?

—Sí.

—Sí, papá. —Sonreí al pensar que podría ser divertido.

Él dejó los calcetines que tenía sobre las piernas en el sofá a su lado, después guio el camino hacia la cocina, en donde sacó un papel doblado del interior de un sobre. Leí las palabras, que en su mayoría hablaban de lo agradecido que estaba de que Dax escuchara la alarma y fuera a ayudarme. Que ese acto le había demostrado que Dax tenía un carácter fuerte. Tomé la pluma negra de la pesa y agregué las palabras *Mi héroe*, y después firmé con mi nombre.

Mi padre lo leyó, con una arruga formándose entre sus cejas.

—Eso no suena muy sincero.

—Lo es.

Mi padre volvió a doblar la carta y la devolvió al sobre.

Me pregunté si debía haber escrito algo más. Se suponía que mis palabras debían ser graciosas, pero sonaban amargas. Me di cuenta de que seguía enfadada con él por haberse dejado atrapar, por hacerme a un lado en el hogar y en el instituto, por ser capaz de cerrar la puerta con tanta facilidad.

—Tengo algunas tareas fotográficas que hacer. ¿Puedo ir al parque un rato?

—Claro.

En mi habitación, colgué la bolsa de mi cámara sobre mi hombro, cogí mi chaqueta y mi bufanda y me dirigí al garaje por mi bicicleta. Cuando salía hacía algunas tomas de exterior, así que me pareció mejor idea llevar la bicicleta que ir en coche

Me detuve en el parque. Incluso con la nieve aún en el suelo, estaba lleno de niños abrigados. Dejé mi bicicleta en los portabicicletas, deambulé bajo el aguanieve y encontré un grupo de árboles pelados.

Al colocar mi ojo en el visor, suspiré. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que miré el mundo a través de su lente. Ayudaba a aclarar

mi mente, a enderezar mi pensamiento. Al mirar los afilados ángulos de los árboles, con el fondo lúgubre, supe que estaba dejando que mi vida se saliera de foco. Tenía que enfocarme en lo que importaba: Jeff.



Lisa no fue conmigo al hospital en esa ocasión y, mientras caminaba hacia la entrada. Me pregunté si sería un error ir sola. Ya era demasiado tarde para cambiar de opinión; la señora Matson acababa de verme desde el otro lado de la habitación. Se levantó más rápido de lo que creía posible y cortó en medio de una oración la conversación con la mujer a su lado para apresurarse hacia mí.

—¡Autumn! Me alegra tanto que hayas regresado. ¡Ocurrió lo mejor después de que te fueras el otro día! Él presionó mi mano.

—¿Está despierto?

—No, aún no se ha despertado, pero es la primera vez que hay señales de que es posible que lo haga.

—Eso es genial.

—Fuiste tú.

La miré durante un buen rato antes de hablar.

—No. Fue su mano la que presionó. Estoy segura de que fue por usted. Él no se movió antes por mí.

—He estado aquí durante días y nada. Tú estuviste unos minutos y... —Dejó de hablar y me abrazó—. Eres como un milagro. Regresaste de la muerte y ahora estás aquí para compartir el buen karma.

—No estaba muerta.

—Van a dejar de darle la medicina que lo mantiene dormido. —Ella ignoró

mi comentario—. Y así comprobarán si se despierta.

—¿Lo harán? Eso es increíble.

—Cuando se despierte podrán evaluar mejor las cosas. Ver la gravedad de sus lesiones. Vamos. Tienes que verlo.

Sus ojos estaban menos hinchados en esa ocasión, solo que con menos hinchazón, podía ver la falta de color a su alrededor con más claridad. Al igual que el día anterior, ella me dejó sola en la habitación con él. Me senté y fue como si mi cuerpo recordara exactamente cómo se suponía que debía actuar en ese lugar, porque de inmediato se puso en alerta. *Detente*, le dije a mi cuerpo. *Estás bien. Mira dónde está él.*

«Oye, Jeff. ¿Qué has estado haciendo?». Sonreí. «Lo sé, mis chistes están volviéndose más aburridos». Volví a poner mi mano sobre su brazo. «Seguro que estás aburrido. Es decir, si es que estás consciente. Debería leerte o algo. ¿Eso es lo que se suele hacer cuando un amigo está en tu situación? Parece que eso siempre pasa en las películas. ¿Qué es lo que te gustaría que te leyera en todo caso? No sé qué te gustaría». Para ser honesta, no sabía muchas cosas importantes sobre Jeff. Es decir, sabía las mismas cosas que todos los que se juntaban con él: le gustaba el baloncesto, las bromas y era muy listo. Pero nunca habíamos tenido una conversación profunda.

«Tal vez debería preguntarle a tu madre si tienes un diario. Podría leértelo. A menos que tengas una objeción. ¿No?». Suspiré. «Lo siento, la verdad es que mis bromas están empeorando».

Miré atrás por encima de mi hombro, hacia la puerta. Habían pasado algunos minutos. Me sorprendió que su madre aún no hubiera regresado a decirme que el tiempo se había terminado. Ese era el tiempo que había estado antes. Tal vez se habían aprobado visitas más largas en las últimas cuarenta y ocho horas. Porque él apretó una mano. Miré su mano por un momento, después coloqué la mía debajo.

«¿Jeff? ¿Puedes escucharme?». Cerré mi mano sobre la suya y contuve la respiración mientras esperaba sentir algo.

Nada.

«Hay un partido de baloncesto esta noche». Le conté. «Lisa y los demás irán. Me dijeron que te salude. Se supone que iré después». Recorrí con mi dedo el botón rojo para llamar a la enfermera junto a su cama.

«¿Recuerdas cuando querías ser la mascota y recibiste esa amenaza «anónima» que todos sabíamos que era de la mascota del año anterior? Y entonces caminaste por ahí diciéndoles a todos que aun así serías la mascota, a pesar de que ahora era cuestión de vida o muerte». Me reí. «Fue sensato por tu parte que finalmente desistieras. ¿Realmente querías hacerlo o siempre fue una broma?». Esas eran la clase de cosas que debí haberle preguntado antes. La clase de cosas que no parecieron importantes, pero que, al pensar en ellas, me hubieran dado información sobre quién era él... quién es él. Esas eran las cosas que le diría cuando despertara. ¿Por qué no le *había* hecho esas preguntas antes? Estaba interesada en él. ¿No debía haber deseado saberlo todo sobre él?

«Yo no quiero ser una mascota. Me sentiría muy intimidada al estar así vestida frente a todos. Pero tú serías un buen lobo gris, porque estoy bastante segura de que te encanta ser el centro de atención. Y nunca parece preocuparte lo que nadie piense. Me pregunto si el disfraz dará demasiado calor. Me daría claustrofobia. ¿Sabías eso sobre mí, que me da pánico estar en lugares pequeños? Pero ¿dónde no me da pánico estar, por cierto?».

Eso fue lo más cerca que había estado de hablar con mis amigos sobre mi ansiedad. Puse los ojos en blanco.

«No puedes contar esto como una confesión, Autumn. Él está en coma». Balbuceé por lo bajo.

Mi estómago soltó un largo quejido y lo cubrí. Mi teléfono decía que eran

las siete. Dejé que mis ojos recorrieran la habitación, que observaran cada máquina, las paredes blancas, el *tictac* del reloj. Mi estómago volvió a rugir, así que me levanté.

«Te veré el lunes, Jeff».

Le envié un breve mensaje a su madre. Sí, estaba evitándola. Ella me hubiera pedido un informe de los avances y odiaba no tener nada que decirle. Solo necesitaba salir de allí.



La música estaba demasiado fuerte cuando arranqué mi coche y me hizo saltar. Me apresuré a bajar el volumen y conduje fuera del aparcamiento, hacia el instituto. La mera idea de ir al partido de baloncesto hacía que mi interior se revolviera. No quería ir. Habría demasiado ruido, muchas personas y sería agobiante. No sabía si podría controlar eso después de salir del hospital. Pero les dije a mis amigos que iría, así que tenía que hacerlo. Siempre podía irme si lo necesitaba.

Cuando llegué al partido, ya había pasado más de la mitad. Encontré a Lisa, a Avi y a Morgan en medio de la tribuna, con el número 4 pintado en las mejillas.

—¿Todas estáis apoyando a Wyatt? ¿Cómo hará para elegir solo a una de vosotras? —Reí. Wyatt era la estrella del equipo de baloncesto. Le había hecho su fotografía para el anuario, pero fuera de eso solo habíamos interactuado mínimamente.

—Compartiremos —dijo Avi, justo antes de levantarse y gritar cuando nuestro equipo marcó. Intenté concentrarme en el partido, pero el gimnasio

estaba demasiado atestado y había más ruido de lo habitual. El jaleo hizo que mi pecho vibrara y mis ojos se humedecieran.

—¿Estás bien? —preguntó Lisa junto a mi oído.

—Sí. —Yo había puesto mis codos sobre las rodillas y la cabeza sobre las manos—. Solo estoy preocupada por Jeff.

—Hazme saber si la preocupación funciona y me uniré a ti.

—A veces creo que funcionará. —Le sonreí.

—Solo piensa en los batidos que estaremos tomando en media hora —dijo con una mano sobre mi espalda—. Esa es la solución a todos los problemas.



Quizá los batidos fueran la solución a todos los problemas, porque en el instante en que puse un pie en Iceberg, las cosas parecieron estar mucho mejor. O más silenciosas, al menos. Pedí un batido grande de chocolate y patatas fritas. Mientras me sentaba con mi pedido, recordé que esa era la comida que Dax y yo habíamos planeado comer en cuanto escapáramos.

—¿Por qué estás sonriendo? —preguntó Lisa al sentarse junto a mí.

—Porque esto es genial.

—Lo es, ¿verdad?

No había tenido oportunidad de hablar con Lisa sobre Dax, pero podía hacerlo entonces. Después de todo, lo peor ya había pasado: Dax estaba en un hogar de acogida. Que hablara con Lisa no podía cambiar mucho.

—Y...

—¿Y qué?

—En la biblioteca...

—Dax Miller —dijo ella.

—¿Qué? ¿Cómo es que...? —Me detuve al verla mirar hacia la puerta.

Mis ojos siguieron de inmediato su mirada, hacia donde Dax y algunas personas más estaban caminando hacia el mostrador. Mi corazón se detuvo.

—¿Con quién está? —preguntó Lisa—. Nunca lo había visto con nadie. ¿Ese es su padre? ¿Su padre es negro?

—¿Acaso Dax te parece negro?

—Tal vez sea adoptado o algo así. Nunca se sabe.

—Es su padre de acogida. —O su padre de hogar, no sabía cómo era el título oficial, pero era el hombre que había abierto la puerta y había buscado a Dax cuando fui a su casa el otro día. Estaba hablando con el cajero y después le entregó su tarjeta de crédito.

Me quedé sentada, alerta, con el batido aferrado entre mis manos, esperando a que Dax se diera la vuelta y me viera. Podía saludarlo con la mano. Él podía responder. Eso me demostraría que él no intentaba deshacerse de mí, como me pareció ese día en la puerta.

Finalmente se dio la vuelta, pero sus ojos recorrieron la habitación, solo se detuvieron en mí durante un segundo antes de seguir de largo. Totalmente ignorada. Me recosté en mi asiento. Sin duda él no tenía ningún amigo.

25

-**N**o es necesario que nos vistamos como muertos vivientes para la fiesta, ¿o sí? —preguntó Morgan, con varias camisetas en sus manos mientras se miraba al espejo. Era sábado. Lisa, Avi y yo habíamos llegado a casa de Morgan hacía una hora y estábamos arreglándonos.

—Espero que no —respondí.

—No me sorprendería que Dallin, Zach y los chicos lo hicieran —afirmó Lisa.

—Tienes razón. Ellos lo harían.

Me senté en el suelo, frente al espejo de cuerpo entero, para aplicarme máscara de pestañas. Era extraño pensar que el sábado anterior estaba en la biblioteca. Parecía que había pasado casi una vida. Casi deseaba estar ahí en lugar de camino a una fiesta. Mi cabeza aún estaba zumbando por el partido de baloncesto y el hospital de la noche anterior.

—Yo me pido a Wyatt y a Sawyer esta noche —dijo Morgan.

—No puedes reservarte a dos personas —respondió Avi.

—Ya lo he hecho.

—Por mí vale. —Lisa rio—. Habrá muchos otros para nosotras.

Morgan me miró con tristeza.

—¿Qué? —le pregunté.

—Siento que Jeff no esté ahí para ti.

Jeff. ¿Por qué estábamos teniendo una fiesta, otra vez? Me sentía muy mal.

—Él estará mejor en cualquier momento. Y entonces Dallin dará otra fiesta. Estoy segura.

—Entonces, ¿él te gusta? —preguntó Avi.

Necesité un segundo recordar que ellas no sabían eso. Solo se lo había dicho a Lisa. Esa era una conversación que había planeado tener en la cabaña; «pedirme» a Jeff.

—Yo... sí. Me gusta.

—Eso creí. ¿Crees que a él les gustas? —Pensé en su madre diciendo que era su novia, dejándome entrar en su habitación del hospital y no a Lisa.

—Eso creo —agregué mientras deslizaba la máscara de pestañas en su estuche.

—Me alegro por ti. Y por él. —Ella sonrió.

Presionó mi hombro y tuve la esperanza de que eso significara que estábamos bien, que ella estaría bien con que estuviera con Jeff en el futuro.

—¿Estáis todas listas? —preguntó Morgan mientras deslizaba la camiseta elegida sobre su cabeza.

—Tanto como podría estarlo —murmuré.



Había logrado mantener la calma hasta cierto punto. Incluso en la casa llena de Dallin. Más que llena. Había tantas personas que supuse que muchas de ellas ni siquiera eran de nuestro instituto. Me disculpé mil veces con los padres de Dallin, que después se encerraron en su habitación para escapar del ruido. Deseaba que hubiera una habitación para que yo me encerrara también.

En cambio, estaba de pie en una esquina del sótano, con un Dr Pepper en la mano, observando a Lisa y a Morgan hablar con Wyatt y Sawyer junto a la mesa de billar. Esa era mi clase de diversión; observar la fiesta desde la periferia. Deseaba haber llevado mi cámara.

—Pareces aburrida. —Avi se acercó furtivamente a mi lado.

—No, estoy bien. Solo estoy tomándome un respiro.

—Deberías salir y bailar o algo.

—Creo que estoy bien aquí —dije con una mueca.

—Yo también estoy aburrida —admitió ella—. ¿Sabes quién hacía siempre que las fiestas fueran divertidas?

—Sí.

—Jeff —respondió de todas formas.

—Es cierto. —Reí.

—¿Sabes lo que hizo en la hoguera de camino a la cabaña?

—¿Qué? —La hoguera que me perdí porque estaba encerrada en la biblioteca.

—Trepó a un árbol en la oscuridad, y nos asustó a todos.

—Pensé que estabas en su coche. ¿No lo viste trepar?

—No, estábamos intentando encontrar madera seca para encender el fuego. Y después, cuando todos nos reunimos, Jeff comenzó a hacer ruidos extraños. Pensamos que era un oso o algo. Creo que hasta Dallin se asustó al principio.

—Pensé que había comenzado a nevar en cuanto llegasteis —dije tras beber un trago de mi Dr Pepper. Ella movió sus labios a un lado, pensativa.

—Comenzó unos veinte minutos después de que llegáramos.

—Ah. —No dejaría que eso hiriera mis sentimientos. Con Jeff asustando personas y la nieve, era comprensible que no hubieran notado que yo no estaba allí—. No he escuchado el resto de la historia. ¿Qué pasó después de eso? ¿Después de que se fueran?

—Bueno, Lisa dijo que probablemente habías bajado con Jeff, así que deberíamos seguir sin ti. No estaba segura de por qué lo harías, pero lo supuse, ¿sabes?

Asentí.

—Y después condujimos hasta la cabaña. Como a las dos de la mañana, tus

padres llamaron a Lisa para preguntar si estabas allí. Supongo que eso fue justo después de que la policía encontrara tus cosas en el coche de Jeff. Estaban destruidas.

Miré a mis pies. Realmente no necesitaba imaginar esa parte.

—Los caminos tenían demasiado hielo como para conducir esa noche, pero regresamos en cuanto pudimos a la mañana siguiente y pasamos los dos días siguientes buscándote en el río. —Ella cogió mi mano—. Fue horrible, Autumn.

—Lo siento mucho.

—Sé que no querías esta fiesta, pero la verdad es que fue algo duro para todos nosotros. Dallin, Zach, Lisa, Morgan, Connor, y probablemente muchas de estas personas que ni siquiera conoces, estuvieron allí afuera buscándote. —Mis sentimientos heridos se transformaron en pena. Ella tenía razón, estaba deprimida en una esquina, sintiendo pena por mí misma porque mis increíbles amigos quisieron hacerme una fiesta, y la mitad de estas personas habían estado buscándome en el río. Necesitaba encontrar a Dallin y darle las gracias.

—Dos días seguidos. —Lisa apareció frente a nosotras antes de que pudiera moverme.

—¿Qué? —le pregunté.

—Es como un récord o algo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Avi.

—Dax Miller.

—¿Él está aquí? —insistió Avi.

Se me cayó el alma a los pies.

Lisa se apartó y de inmediato lo vi al otro lado de la habitación. Necesité varias respiraciones profundas para darme cuenta de que no estaba solo. Una chica que no reconocía, de cabello negro con mechas, estaba junto a él. Ella

le contaba algo y él permanecía cerca, asintiendo. Su expresión no parecía rígida, como la última vez que había hablado conmigo.

Lisa bajó la voz, como si él pudiera escucharla de alguna manera desde el otro lado de la habitación, con la música a todo volumen.

—No creo haber visto nunca a Dax en una fiesta. Me pregunto qué está haciendo aquí.

—Probablemente alguien lo ha invitado. —Pero ¿quién?

—¿Debería decirle a Dallin que guarde las cosas de valor? —preguntó Avi. Me ahogué y la miré seria.

—¿Qué? —dijo Avi—. Estuvo en un centro de menores. Quién sabe por qué.

Casi había olvidado cómo hablaban de Dax. Solo eran palabras antes de conocerlo, pero ahora las sentía como un ataque.

—No creo que él haya robado nada nunca. Creo que estuvo en el centro de menores por golpear a alguien que lo merecía totalmente.

—Escuché que golpeó a un chico de primer año por mirarlo mal —dijo Lisa.

—No lo hizo.

—¿Cómo lo sabes? —Lisa me golpeó con su hombro—. ¿Te convertiste en una experta en Dax en la biblioteca? ¿Había una sección de Dax? —Se rio un poco, pero como no la seguí, se detuvo de pronto—. Espera... ¿lo hiciste?

—Algo así. Yo... —La música se detuvo justo en medio de una canción y el silencio invadió la habitación.

Dallin bajó las escaleras corriendo y gritando.

—¡Autumn! ¡Autumn! ¿Alguien ha visto a Autumn?

—Ella está aquí. —Lisa tomó mi brazo y lo elevó en el aire.

El temor estaba descendiendo lentamente por mi cuerpo, desde la punta de mi cabeza, llenando cada lugar, hasta mis pies.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunté.

—Quién sabe. Es Dallin

Eso era lo que me preocupaba.

—¡Es hora de tu discurso! —dijo él.

—Dallin, eres increíble y te agradezco la fiesta, en serio. Pero no me hagas dar un discurso —le dije en cuanto estuvo frente a mí.

—Fue un buen intento —sonrió—, pero todos en la habitación necesitan escucharlo. —Zach estaba junto a él y los dos me levantaron sobre sus hombros, sin dejar de gritar—: ¡Discurso! ¡Discurso! ¡Discurso!

Me aferré a sus hombros, con miedo de caer hacia atrás si giraban demasiado rápido. Lo que Avi acababa de decirme daba vueltas en mi mente. *Sé agradecida*, me dije a mí misma. *No seas una niñita. Puedes controlar esto. No lo pienses demasiado.* El hecho de que mi mente lo dijera, no implicaba que mi cuerpo lo escuchara. Mi corazón de inmediato empezó a latir a toda velocidad. Tenía que decir algo, cualquier cosa, para que me bajaran. Tragué el fuego que estaba formándose en mi garganta y hablé:

—Es genial no estar muerta. —Todos aplaudieron—. ¡Sois los mejores! ¡Ahora, que empiece la fiesta! —Dallin y Zach me hicieron saltar arriba y abajo y alguien volvió a encender la música. Cerré los ojos. Finalmente sentí el suelo bajo mis pies. Abrí los ojos y trate de hacerme hueco entre cuerpos y manos, hasta que logré subir las escaleras y salir.

Hacía un frío polar, lo que significaba que muy pocas personas estarían fuera. Caminé hasta alejarme de todos, hasta la parte trasera de la casa de Dallin, detrás de un cobertizo. Me incliné hacia el suelo, porque pensé que vomitaría, pero nada ocurrió. Mi frente estaba resbaladiza por el sudor y la sequé, después me apoyé contra el cobertizo. Lo que me estaba sucediendo no era normal; tantos episodios juntos. Normalmente la medicina me mantenía bastante estable. Sabía que era el mayor nivel de estrés que había

sufrido en mucho tiempo. Tenía que liberar algo. Necesitaba una válvula de escape.



Después de un tiempo, logré calmar mis emociones. Estaba regresando a la casa, con las piernas algo temblorosas, cuando vi a Dax de pie en el patio, mirando hacia el jardín.

Tenía que pasar junto a él, así que puse mi mejor sonrisa.

—Hola. No sabía que vendrías.

—Yo tampoco.

Miré alrededor y vi a varias personas del instituto fingir que no estaban escuchándonos. Eso debía molestarle, ya que al parecer no quería que las personas pensaran que tenía amigos. Le indiqué que me siguiera y lo hizo. Lo llevé a través de dos pasillos y abrí la segunda puerta a la derecha. El cuarto de lavado. Estaba vacío, justo como esperaba que estuviera. Era un poco pequeño, no era un buen lugar para escapar cuando necesitaba un espacio abierto, pero funcionaría en ese momento que solo necesitaba privacidad. Cerré la puerta detrás de nosotros.

—Tus amigos no lo saben, ¿o sí? —preguntó él.

—¿Que estuviste en la biblioteca conmigo? No, nunca se los conté. —

Sabía que él pensaba que se lo diría a todo el instituto, pero guardaría su secreto.

—No. Sobre tu ansiedad. No lo saben, ¿no es así?

—Ah. —Miré mis manos—. No.

—¿Por qué?

—No quiero que me traten diferente.

—¿Por qué? —insistió.

—Porque no. —Me apoyé contra la secadora.

—¿No? Sería mucho más fácil. —Señaló la puerta y supe que se refería a la escena de abajo, en la que apenas logré contenerme.

—No. Sé cómo controlarlo. —Al menos lo sabía en la mayoría de los casos. Últimamente no estaba segura. Él tampoco parecía convencido, lo que significaba que tenía que cambiar el tema—. Así que... —Estiré su camisa de franela—. ¿Qué haces aquí?

—Era la única forma de salir de la casa esta noche.

—Cierto. —Un rastro de decepción nubló mi sonrisa—. ¿Muchas reglas en el hogar?

—Tantas. Sería tu sueño hecho realidad. Reglas pegadas en cada superficie.

—Eso sí suena como un orden perfecto —sonreí.

Él rio, después miró la puerta cerrada detrás de él.

—¿Ella se va a enfadar porque la has dejado atrás?

—¿Quién? —preguntó él.

—Esa chica con la que viniste.

—¿Faye? No. Pero tendré que dejarle ver mi cara pronto. Estoy seguro de que hará un informe esta noche.

—¿Qué quieres decir? ¿Faye escribe informes?

—Vive en el hogar. El señor Peterson confía en ella. Ella quería venir aquí. Yo necesitaba cambiar de escenario.

—Bien.

—¿Qué hay de ti? Están dando una fiesta, tu novio debe estar mejorando.

—No. —suspiré—. No lo está. Y él no es mi novio. Tal vez nunca lo sea. Tal vez él se ponga mejor y las cosas nunca vuelvan a la normalidad. Tal vez se dé cuenta de que yo no le gusto. De que quiere vivir en Alaska o ser un artista de circo. Tal vez quiera ser libre. Como tú.

Dax no respondió a nada de lo que dije, solo asintió, pensativo. Su actitud relajada calmó mi tensión. Lo seguí, respiración por respiración hasta que mi mente volvió a estar en calma.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo y me pregunté si Lisa estaría buscándome. Lo saqué y leí el mensaje. Era de la madre de Jeff.

Jeff ha abierto los ojos.

Mi pecho se expandió de alegría.

—¿Qué? —preguntó Dax.

Las personas comenzaron a gritar la noticia por el corredor del otro lado de la puerta. Dallin también debía haber recibido el mensaje.

—¿Jeff? —volvió a preguntar Dax.

—Sí, él ha abierto los ojos.

—Eso es genial.

Aplaudí y los ojos de Dax se enfocaron en la pulsera rosa en mi muñeca. Con su camisa de manga larga, no podía saber si él llevaba el suyo. Bajé mis manos.

—Sí, lo es. Supongo que regresaré al hospital esta semana para averiguar si quiere ser artista de circo o... —Casi termino la frase con *mi novio*, pero por alguna razón no pude. No con Dax mirándome de ese modo.

—Mejor me voy.

—Dax —dije justo cuando él tocó el picaporte. Me miró.

¿Puedo decirles a mis amigos que nos conocemos? ¿Que somos amigos?

¿Estás manteniéndome en secreto por alguna razón?

—Te veo el lunes. —Fueron las palabras que mi cerebro cobarde escogió.

Él salió y yo me volví a apoyar en la secadora y gruñí. La biblioteca había sido mucho menos complicada. Me enderecé, sacudí las manos y abrí la puerta. Casi choco con Dallin, que estaba caminando por el corredor.

—Oye —le dije.

Dallin entornó los ojos y no estaba segura de si eso significaba que había visto a Dax salir unos segundos antes que yo o solo que sentía curiosidad sobre por qué estaba saliendo de su cuarto de lavado. De cualquier manera, no hizo ningún comentario.

—Estuve buscándote. Pensé que te habías ido —dijo en cambio.

—Yo también. —Lisa apareció detrás de él.

—Aquí estoy.

—¿Escuchaste las noticias sobre Jeff? —preguntó él.

—Sí.

—Bien. Iremos al hospital mañana.

—¿Todos nosotros? —pregunté y dibujé un círculo en el aire con mi dedo, para señalar toda la casa.

—Bueno, no. Solo nosotros. Sus amigos cercanos. Tú, Avi, Morgan, Zach, Connor.

—Yo —agregó Lisa.

—¿Ya ha salido de cuidados intensivos? —Si lo había hecho, yo no había recibido ese mensaje.

—Nop. Llenaremos la sala de espera con energía de amigos —respondió Lisa.

—¿Contamos contigo? —preguntó Dallin.

—Sí. Allí estaré.



Llegamos al hospital durante la mañana del domingo, listos para llenar la sala de espera con nuestro mágico poder de la amistad.

—Dallin ha aparcado en esa fila —dijo Lisa y señaló dos filas más adelante de donde yo estaba buscando un sitio.

—Vi un sitio por aquí. —Aparqué y apagué el motor—. ¿Vamos a abrumar a la señora Matson al aparecer siete de nosotros al mismo tiempo?

—Espero que no. —Ella se encogió de hombros—. Pero probablemente esté aburrída, ¿no crees? Se sienta en una sala de espera todo el día.

—Cierto.

Cuando salimos del coche, los demás estaban caminando hacia nosotros. Dallin llevaba un bate de béisbol.

—¿Planeas golpear a alguien? —le pregunté.

—Jeff necesita algo de inspiración. Le quedan seis semanas antes de nuestro primer juego. —Dallin blandió su bate, como si le hubieran lanzado una bola.

—¿Le darás una línea temporal ilustrada? —le pregunté.

—Sí, sí. Lo haré. —Me golpeó en el estómago con el extremo de su bate—. Sé cómo funciona Jeff. Será motivador.

Lisa le quitó el bate y lo llevó sobre su hombro mientras caminamos al hospital. Como siempre, la tensión se extendió sobre mis hombros en el instante en el que estuve dentro. Quizá fuera el olor del hospital. No podía esperar a que Jeff estuviera fuera de allí.

Las manos de la señora Matson cubrieron su boca cuando nos vio y soltó un pequeño chillido.

—¡Estáis aquí! ¡Todos estáis aquí!

—Recibimos su mensaje ayer —respondió Dallin—, y solo queríamos venir a felicitarla y dejar un regalo para Jeff. —Él le acercó el bate. Y, al igual que cuando yo le ofrecí las flores, ella aferró a Dallin de un abrazo, con el bate entre los dos.

—Gracias, gracias —dijo ella. Cuando se apartó, dejó el bate sobre la mesa con las demás cosas que tenía allí—. Pondré esto en su habitación cuando lo cambien abajo.

—¿Lo sacarán de cuidados intensivos? —pregunté.

—Tal vez. Con suerte. Él ha abierto los ojos, pero no ha dicho nada aún, así que ya veremos. —Ella sonrió y cogió mi mano entre las suyas—. Ah, Autumn, me alegro mucho de que estés aquí. Déjame comprobar si la enfermera terminó de extraerle sangre así puedes verlo, querida. Quizá seas nuestro amuleto de la buena suerte otra vez. —Dicho eso, me dejó sola con seis pares de ojos observándome.

—Espera. —Dallin fue el primero en hablar—. ¿De verdad lo has visto?

—¿No sabes que Autumn es su prima? —Lisa puso su brazo sobre mi hombro.

—¿Desde cuándo? —preguntó Dallin.

—Desde que su madre lo estableció —respondió Lisa.

—¿Por qué tú?

—Porque él... —No pude terminar esa oración en voz alta. Dallin era el mejor amigo de Jeff. Si estaba haciendo esa pregunta, tal vez no tenía tantas razones para creer que Jeff y yo éramos una posibilidad como yo había imaginado—. No lo sé. Lo siento —concluí.

—Tal vez tienes que abrirte camino hacia él. —Morgan había levantado el bate de la mesa y se lo ofreció a Dallin.

Aprecié su esfuerzo por romper el hielo, pero no funcionó. Dallin estaba dolido; lo sabía a pesar de que él intentaba disimularlo.

—No pasa nada. Supongo que es bueno que uno de nosotros haya hablado con él. —Se desplomó en la silla más cercana y giró una botella vacía de Coca-Cola en la mesa frente a él—. ¿Alguien quiere jugar a la botella?

Avi se sentó a su lado. Lisa presionó su brazo sobre mi hombro de forma reafirmante.

No sabía qué decir. Disculparme otra vez parecía no tener sentido.

—De acuerdo, Autumn, ven conmigo. —La señora Matson asomó la cabeza en la sala de espera.

Deseaba poder decirle que se llevara a Dallin en lugar de a mí, pero sabía que no lo haría y que dijera que no solo empeoraría las cosas. Así que la seguí.

—¿Los médicos dijeron algo más sobre su recuperación? —le pregunté cuando estuvimos solas.

—Las pruebas han tenido buenos resultados. Su actividad cerebral es buena. Parece estar sintiendo sus extremidades. Ahora solo tiene que hablarnos y todos nos sentiremos mejor. —Sabía que yo me sentiría mejor.

—A Dallin le encantaría verlo. Él lo echa mucho de menos.

—Sé que ha estado mucho por aquí y quiero mucho a ese chico, pero no puedo confiar en que esté tranquilo en la habitación de Jeff. Es demasiado

bromista.

Sonreí. Dallin probablemente creería que ese era un motivo gracioso.

—Espere... ¿él ha venido mucho por aquí?

—Casi a diario.

Me sorprendió que no nos hubiéramos cruzado, pero eso tenía más sentido para mí que el Dallin que había estado actuando toda la semana. Él estaba realmente preocupado.

Ella me abrió la puerta y me dejó sola.

Lentamente me acerqué a él. Le habían quitado las costuras de la cabeza; unos puntos rojos furiosos acompañaban la línea rosada que atravesaba su frente.

«Hola. Jeff», dije al sentarme en mi silla menos preferida del mundo. «¿Cómo estás? ¿Qué te parecería despertar y hablar, para que puedan cambiarte al área social? La soledad nunca fue tu punto fuerte». Y a mí también me gustaría mucho más, porque todos los demás podrían verte y no me sentiría culpable por ser la única.

Sus ojos se abrieron de golpe y me sorprendieron, a pesar de que no era una novedad. Era muy desconcertante verlo así, despierto pero no, pero traté de superar mi reacción inicial y ser fuerte.

«¿Puedes escucharme?».

Él parpadeó muy despacio, pero no supe si esa era una respuesta. Me levanté y me puse en su campo visual. Sus ojos estaban desenfocados, como empañados, pero eran verdes y preciosos y estaba muy feliz de verlos abiertos. Con cuidado puse una mano sobre su brazo.

«¿Puedes verme? Dallin te manda saludos». Sus ojos se cerraron lentamente y no se volvieron a abrir. Volví a sentarme, con la respiración entrecortada y el corazón acelerado. Solo me quedé por unos minutos después de eso, después salí de la habitación.

Cuando volví a salir para dar el informe, la sala de espera estaba vacía a excepción de Lisa y la señora Matson. Mi corazón se desplomó.

—¿Alguna novedad? —preguntó la señora Matson.

—Ha abierto los ojos durante un momento, pero eso ha sido todo.

—Pensé que lo haría por ti. —Ella sonrió.

No supe cómo responder a eso.

—Háganos saber cuando salga de cuidados intensivos para que así podamos verlo —dijo Lisa al levantarse.

—Lo haré.

—Gracias.

—Regresa pronto, Autumn —agregó la señora Matson.

Asentí y después salí con Lisa. Cuando llegamos al ascensor le pregunté:

—¿A dónde ha ido todo el mundo?

—Todos pusieron diferentes excusas, pero creo que solo planeaban venir a saludar y después marcharse.

—No lo endulces. —Escondí la cabeza en mis manos—. ¿Todos estaban enfadados conmigo o solo Dallin?

—Más que nada Dallin, pero lo superará. No es tu culpa.

—No creí que la señora Matson fuera a hacer eso con todos allí.

—Yo tampoco.

—Me siento fatal.

—Autumn, no te sientas fatal. Eres su esperanza ahora. Solo intentas ayudar. No dejes que Dallin te haga sentir mal.

Era demasiado tarde. Ya lo había hecho. La campana del ascensor sonó en la planta baja y las dos salimos. Había algo más que estaba molestándome.

—Supongo que Jeff no le habló a Dallin sobre mí.

—No todos los chicos les cuentan todo a sus mejores amigos. Yo confiaría más en su madre que en Dallin —comentó Lisa—. Y su madre actúa como si

él le hablara de ti todo el tiempo.

—Tienes razón. —Pero no podía dejar de preocuparme. Si Dallin no sabía que yo le gustaba a Jeff, tal vez no fuera así.



Ya había dejado a Lisa en su casa y estaba camino a la mía cuando vi una cafetería abierta y giré hacia su aparcamiento. Estaba muriéndome de hambre.

La chica de dentro estaba fregando el suelo.

—¿Está cerrado?

—No.

Primero había pensado comprar un sándwich, de pavo y aguacate quizá, pero mientras me acercaba a la caja noté un recipiente de cristal iluminado con bocadillos de pastelería en su interior. No había mucho, las sobras al final de un largo día, pero por algún motivo aún quedaban dos cronuts en una bandeja. Mi cuerpo pareció soltar un suspiro de alivio al verlos, ante el recuerdo que inspiraban. Si el recuerdo de una conversación con Dax podía relajarme tanto, ¿cómo funcionaría una verdadera conversación con él?

—¿Ya sabes qué quieres? —preguntó la chica que dio la vuelta al mostrador.

—Sí, me llevaré esos dos.

Ella los envolvió, yo pagué y después corrí a mi coche.



El cuidador de Dax levantó las cejas al abrir la puerta.

—Has regresado —dijo.

—Sí, aquí estoy. Soy Autumn, por cierto. Creo que no me presenté la última vez.

—Hola, Autumn. Soy el señor Peterson. Supongo que te veré mucho por aquí.

—Para disgusto de Dax, así es —respondí sonriente.

—Adelante —él sonrió también y abrió más la puerta.

Lo celebré en silencio y lo seguí al interior.

Había bastante movimiento en la casa, pero estaba organizada. Un banco con percheros cubría la pared a mi derecha en la entrada, había abrigos y sombreros colgando de él y zapatos debajo. Me pregunté cuántos chicos vivirían allí realmente. Me pregunté si algunas de esas cosas serían de Dax.

—Sígueme.

Pasamos por cuatro o cinco puertas antes de llegar hasta la última. Estaba entreabierta y pude ver una litera en la pared del fondo. El señor Peterson tocó la puerta.

—¿Sí? —contestó una voz que no era la de Dax.

—Hola, Russell. —El señor Peterson empujó la puerta—. Dax, tienes visita.

—¿Quién? —Su voz llegaba de una parte de la habitación que no alcanzaba a ver.

Russell estaba mirándome con una media sonrisa

—Autumn —respondió el señor Peterson.

—No digas nada o te arrepentirás; ella está justo ahí —comentó Russell, pero no supe si Dax había hecho algún gesto o algo.

Dax apareció en la puerta, una vez más con expresión ni sorprendida ni feliz de verme. Sus ojos fueron a la bolsa de cronuts en mi mano y de regreso a mi rostro.

—Puede quedarse hasta las ocho treinta —dijo el señor Peterson y después se alejó.

—¿Qué? —le gritó Russell—. ¿Por qué ellos no tienen que seguir las reglas? —Como el señor Peterson no respondió, Russell se levantó y lo siguió con fuertes protestas.

Me metí en la habitación de la que Dax no había salido. Era pequeña, solo tenía la litera y dos escritorios.

—¿Qué reglas estamos rompiendo? —pregunté.

—El tiempo libre se termina a las ocho en días de instituto.

—Oh. —Miré mi teléfono. Eran las ocho y diez—. ¿Te han dado veinte minutos extra?

—Sí, al parecer has cautivado al señor Peterson.

—No fue difícil —dije con la mano en la boca, como si estuviera compartiendo un secreto—. Puedo enseñarte.

Él sonrió y todo su rostro se transformó.

—Te traje el cronut que prometí —dije antes de que Dax cuestionara mi presencia allí—. No llegamos a comerlo al salir de la biblioteca.

—No lo prometiste.

—Bueno, te hablé de ellos, así que es correcto que te lo trajera.

Caminé hasta su escritorio con determinación. Él se alejó varios pasos para que no chocásemos. Los dos nos encontrábamos frente a su escritorio y dejé la bolsa sobre él, junto a su libro.

—Sigues leyendo *Hamlet* —comenté.

—El libro de nunca acabar.

—No lo he leído. —Lo cogí y recorrí sus páginas. El libro naturalmente se abrió donde el sobre dirigido a Susanna estaba metido entre dos páginas. Él aún no lo había enviado. Lo miré a los ojos.

Si creía que Dax había cambiado sus costumbres privadas en las últimas semanas y que de pronto, por voluntad propia, compartiría conmigo de qué se trataba esa carta, estaba equivocada. Señaló la bolsa sobre el escritorio con la cabeza.

—¿Realmente vamos a comer?

Dejé el libro, abrí la bolsa y saqué un cronut.

—Aquí lo tienes. El paraíso. —Él dio un paso más cerca y mi piel cobró vida.

—No parece que vaya a cambiar mi vida.

—No critiques el cronut hasta que lo pruebes. —Él aceptó el desafío y le dio un bocado.

—Bastante bueno —dijo con la boca llena.

—¿Bastante bueno? ¿Bastante bueno? Es lo mejor. —Cogí el mío y lo comí en cuatro bocados, después suspiré feliz—. Nunca podrás volver a comer un donut.

—¿Me has arruinado?

—Sí. —Observé su mano mientras terminaba el suyo—. Aún la llevas puesta —dije en voz baja.

—¿Qué?

—La pulsera. —Eso tenía que significar algo. Él me necesitaba de verdad como amiga en su vida. Levanté mi brazo y liberé la mía de debajo de la chaqueta—. Yo también.

—Soy muy perezoso para buscar unas tijeras.

Correcto. Dax llevaba un cuchillo dentro de su bota. No le creí ni por un segundo. Pero sí creí que era demasiado orgulloso o reservado o algo para admitir que necesitaba un amigo.

Cuando levanté la vista, él estaba mirándome. Fijé mis ojos en los suyos, decidida a no apartar la mirada. Era más fácil decirlo que hacerlo. Sus ojos eran de un color café profundo, y tan penetrantes que parecían ver a través de mí. Yo tenía razón. Había algo cuando estaba cerca de él, de quien me había visto en mi peor momento, que hacía que me relajara.

—Me iré en seis meses. —Suspiró con frustración—. No deberías volver.

—Lo sé. No quieres tener ningún vínculo —respondí. Tendría que probar algo diferente con él si quería su amistad.

—Yo no tengo ninguno. Me preocupa que tú sí.

—Yo no tengo vínculos. —Solté un suspiro burlón—. Solo eres una buena distracción para mí. Necesito una distracción. —Eso podría funcionar si lograba controlar la expresión de mi rostro.

—*Distracción.*

—Estuve en el hospital. Ese ambiente me estresa; personas enfermas, la presión de curar a alguien milagrosamente. Sería bueno tener a alguien fuera de ese círculo para hablar, para pasar el rato. Sin expectativas. Sin presión. Cero compromisos. —Y todo eso era verdad. Tal vez por eso pareció creerme.

Él asintió. Estábamos cerca. Muy cerca. Debí haber dado un paso atrás, pero por primera vez en toda la semana, la tensión de mis hombros y de mi cuello se había ido, así que me quedaría donde estaba. Aunque eso significara que Dax me observara. Aunque eso incluyera sentir su familiar fragancia a suavizante y a perfume. Aunque eso me hiciera sentir el calor de su cuerpo irradiando sobre el mío.

Sujeté los extremos de su camiseta y me sorprendí a mí misma por esa

acción. Él no se alejó y el resto de la tensión de mis hombros bajó por mi espalda. Él deslizó un brazo alrededor de mi cintura y me dio un abrazo, presionada contra su cuerpo. Su movimiento me sorprendió y jadeé, pero no me alejé. Los amigos se abrazan, podíamos abrazarnos. La rigidez de sus hombros pareció aflojarse también mientras permanecíamos así.

Levanté la vista hacia él. Su rostro, apenas a centímetros de distancia, parecía tan calmo como yo me sentía. Estaba acercándose a mí, olía a azúcar, pero yo lo interrumpí:

—Pero sin besos. Solo amigos.

—¿Amigos?

—No. Los amigos son vínculos, ¿cierto? Así que no, somos distracciones. Amigos distraídos.

—De acuerdo. —Se detuvo, con expresión divertida.

—Y los amigos distraídos no se besan. —*¿Por qué no podía dejar de hablar?*—. Los chicos se involucran cuando me besan.

—Sin besos entonces. —Una verdadera sonrisa ocupó su rostro. Su voz era baja y áspera y quería arrojar mi regla por la ventana de inmediato. La única regla que sabía que me protegería del trato que acababa de hacer.

—Regla número cuatro.

—De acuerdo. —Rio ligeramente.

—Solo una distracción —dije mientras me enderezaba y me alejaba de él. Le sonreí—. Una muy buena.

—¿Solo una distracción? —Él me cogió por la cintura, evitando que me alejara aún más.

—Podemos hacer la regla número cinco «sin compromisos» si estás preocupado —asentí.

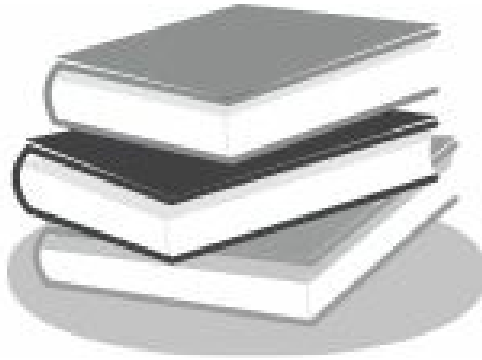
Dax sonrió y volvió a acercarme a su cuerpo.



El señor Peterson cumplió con su palabra y me echó exactamente a las ocho y media. Se aclaró la garganta con fuerza mientras caminaba por el pasillo, después llamó a la puerta y dijo: «Se acabó el tiempo libre». Cogí la bolsa vacía de la pastelería, hice una bola con ella y me despedí.

—Gracias. Nos vemos después.

No miré atrás. No quería saber si Dax se arrepentía de nuestro nuevo arreglo. No tenía importancia. Él necesitaba un amigo en ese momento, quisiera o no admitirlo. Y también yo, alguien que despejara mi mente de todo lo que me estresaba. Pero mi verdadero compromiso, mi foco, tenía que estar en Jeff y en ayudar a que se recuperase. Eso funcionaría a la perfección.



Llegué al instituto un poco más temprano al día siguiente y esperé en el aparcamiento a que llegara Dallin. Él siempre aparcaba en el mismo sitio, en la última fila, mirando hacia fuera. Lo observé mientras daba marcha atrás en mi plaza de aparcamiento. Él se estiró hacia el asiento del acompañante, cogió su mochila y salió del coche. Yo también lo hice. Tenía que arreglar las cosas con Dallin. Él no solo había sido el amigo de Jeff toda la vida, sino que en los últimos meses, yo sentí que también nos habíamos hecho amigos. No me gustaba que estuviera enfadado conmigo.

—Oye —le dije y le ofrecí mi puño para chocarlo.

Él solo lo miró y yo dejé caer mi mano a un lado.

Pero sí dijo «Hola» mientras seguía caminando.

—Dallin —igualé su paso—, yo no pedí verlo. Lo siento. Su madre me dijo que tú eras su primera elección, pero le preocupaba que pudieras hacer bromas. —No había nada malo en una pequeña mentira piadosa sobre sentimientos heridos, ¿verdad?

—Vale —respondió. No fue la reacción que esperaba.

—¿Estás molesto porque no has podido verlo o porque yo pude hacerlo?

—Ambas.

—¿Por qué?

—Porque no creo que seas buena para él. Jeff pensaba otra cosa, así que me pidió que tratara de averiguarlo. Y lo hice, he estado intentándolo. Lo intenté más desde que está en el hospital, con la esperanza de que él lo sienta de alguna forma, o al menos que el universo lo note, pero aún no siento que seas buena para él. Has estado jugando con su cabeza durante meses.

—¿Jugando con su cabeza?

—Así es, no te importa. Desapareces constantemente. Escapas. Haces que Jeff te persiga. Di una fiesta para ti y desapareciste. Es como si te creyeras demasiado buena para nosotros.

Mi boca se abrió por la sorpresa, sin palabras al principio. ¿Así era como mis amigos veían mi ansiedad? ¿Pensaban que yo me creía demasiado buena para ellos?

—No, no es así. Para nada. Tengo otros problemas, pero nunca pensé eso. Nunca. —Necesitaba tragarme mi orgullo y explicar más, hablarle de mi desorden de ansiedad, pero parecía que él no me escuchaba, porque siguió adelante.

—Él siempre está buscándote, persiguiéndote. Escapando contigo. Como hizo en la hoguera.

—No estuve en la hoguera. Nunca aparecí. Vosotros me dejasteis en la biblioteca.

—Pero si no tuvieras un historial de desapariciones...

—Él se habría marchado de todas formas. Como hicisteis todos.

—Pero cuando te descubrieron en la biblioteca y supe que no habías estado en la hoguera, me di cuenta de que él estaba siguiéndote. Y si no lo hubiera hecho, no habría tenido tanta prisa. Habría ido con más cuidado.

—¿Crees que es mi culpa que él esté en el hospital? —Mi corazón pareció detenerse en mi pecho.

—Solo digo...

Dejé de caminar, mis ojos ardían. Él se volvió ligeramente, me dio un apretón en el hombro y siguió caminando. Me quedé allí, en medio del aparcamiento, viendo cómo se alejaba.

Necesité unos minutos para decidir si me quedaría en el instituto o si regresaría a mi coche, conduciría a casa y me metería en la cama. En casa, le daría vueltas a las palabras de Dallin todo el día. Darían vueltas y vueltas en mi mente. Necesitaba hablar con Lisa, Avi y Morgan. Asegurarme de que Dallin fuera el único que sentía eso.

Pero mientras tanto, necesitaba una distracción. Alguien con quien no tuviera que hablar de ese problema. Alguien que, con certeza, no pensaba eso de mí.



—Dax —lo llamé. Lo encontré junto a los autobuses, diez minutos antes de que comenzaran las clases.

Él asintió.

—Oye, ¿podemos hablar? ¿Puedo hablar contigo? —le pregunté, sin aliento.

—Eh... —miró a los estudiantes que nos rodeaban.

También miré alrededor, en busca de algún sitio con más privacidad si eso era lo que él necesitaba. El invernadero era lo más cercano, poco utilizado en invierno. Sin decir otra palabra, caminé hacia allí y esperé que él me siguiera. También tenía esperanza de que estuviera abierto. Lo estaba, y él me siguió.

Entré.

Hacía más calor que fuera, el aire húmedo y con olor a tierra. Filas de macetas negras, llenas con plantas mayormente de un amarillo reseco, cubrían las mesas.

—Dime algo feliz —dije al volverme a verlo.

—¿Me has confundido con alguien más?

—He tenido una mañana horrible. —Su sola pregunta mejoró mi humor.

—Pero apenas son las siete y media.

—Lo sé.

—¿Qué ha sucedido? —Él movió una maceta y se sentó sobre la mesa.

—Cosas estúpidas. No quiero hablar de eso. Necesito despejar mi mente de eso.

—¿Con tu distracción? —Se señaló a sí mismo.

—Exacto.

Él sonrió y se apoyó atrás sobre sus manos. Cuando estaba así, con la guardia baja y abierto, era tan mono. De acuerdo, incluso cuando era intenso y cerrado era mono.

—¿Qué? —preguntó.

—Quiero sacar mi cámara. —Me di cuenta de que también estaba sonriendo. Aferré la correa de la bolsa de mi cámara.

—¿Por qué?

—Porque eres muy fotografiable. —Dax rodeado de plantas secas, el sol brillando atenuado a través de la ventana empañada detrás de él.

Él alzó las cejas.

—Es verdad.

—No estoy seguro de que deba sentirme halagado después de que te viera haciéndole una fotografía a una araña hace unas semanas.

—¿Cómo sabes a qué estaba haciéndole fotografías hace unas semanas?

—Pasé justo a tu lado. Tu visión es limitada detrás de tu cámara.

No lo había visto en absoluto. Mi visión *era* limitada detrás de la cámara, enfocada, despejada. Esa era una de las razones por las que me gustaba.

—No era una araña. Era su tela. Estaba congelada. Y era increíble. Tendré que mostrarte cómo salieron esas uno de estos días. —Hice una pausa—. Cualquier día. Deberías venir a mi casa. A mis padres les encantaría.

—Tus padres... me enviaron una carta.

—Lo hicieron. Eres su héroe. —Me reí. Había olvidado esa carta.

—Pensé que esa habías sido tú.

—Sí. Sí, lo eres. —Volví a reír.

—Suenas casi tan sarcástica como imaginé que sonabas cuando lo leí.

—Estaba enfadada contigo cuando lo escribí.

—¿Por qué? —Pareció entretenerlo mi idea.

—No querías verme.

—Te gusta hacer suposiciones.

Mi corazón dio un brinco y lo regañé por esa reacción. Habíamos establecido una regla. Él no quería un compromiso y yo tampoco.

La campana sonó a través de todo el campus. Levanté la vista, pero después volví a él, sin moverme.

—Así que, sea como sea, tienes que conducir a mi casa y... espera, ¿puedes conducir? —pregunté de pronto.

—Una vez conduje el coche de mi madre desde la esquina hasta nuestra entrada, cuando tenía trece.

—Guau. Eso es impresionante.

—Choqué con dos buzones.

—Oh, no. Así que es por eso que no querías coger prestado mi coche.

—Esa es una de muchas razones —sonrió.

—Voy a enseñarte a conducir. Te encantará la libertad que te da. —Me

sentí mal de que nadie en su vida le hubiera enseñado a conducir y, al mirar adelante, no parecía que nadie fuera a hacerlo. Era una habilidad que necesitaría si quería ser tan libre como soñaba ser.

—Esa no suena como una de tus mejores ideas. —Seguía sentado, apoyado atrás sobre sus manos.

—Es una excelente idea.

—¿No tienes que irte? —preguntó mientras sacudía algo de tierra de sus manos.

—¿Tú no tienes que irte?

—Podría quedarme aquí todo el día —respondió.

—Yo también podría —contraataqué.

—¿En verdad? —Su sonrisa cubrió su rostro.

—Ah, crees que me conoces muy bien ahora, ¿eh? ¿Crees que llegar tarde a clase me molestaría?

—Sí. Odiarías hacer que tus profesores se enfadasen contigo.

Lo miré con los ojos entornados, pero después lo admití.

—Tienes razón. Tengo que irme. —Corrí hacia la puerta, pero cuando ya casi había llegado, volví sobre mis pasos y lo abracé—. Has hecho tu trabajo a la perfección. Gracias.

Él se rio y me rodeó con sus brazos. Como estaba sentado sobre la mesa, mi cabeza encajaba a la perfección debajo de su barbilla. Cerré los ojos y suspiré. Quise soltarme, pero él me retuvo. Al principio creí que quizá necesitaba un abrazo más largo, pero cuando su cuerpo comenzó a temblar por su risa silenciosa, supe que lo estaba haciendo para molestarme.

—La campana de retraso va a sonar —le dije.

—Lo sé.

—Déjame ir, capullo.

Me soltó y me dirigí a la puerta. Le ofrecí una sonrisa sobre mi hombro

mientras lo hacía. Él aún no se había movido para salir, pero tenía una sonrisa relajada en su rostro.

Solo una distracción, me recordé a mí misma mientras corría a mi siguiente clase.



Intenté encontrar un pretexto para irme a casa a la hora del almuerzo, pero eso solo habría corroborado la afirmación de Dallin. Aferré la bolsa con mi almuerzo y entré a la cafetería. El ruido me golpeó al principio, después los diferentes olores de la comida que competían; ese día era mayormente espagueti y ajo. Me mantuve concentrada y me acerqué a nuestra mesa.

Lisa sonrió y se apartó para hacerme un hueco. Solo después de sentarme y de recorrer todos los rostros sonrientes que conversaban, noté que Dallin no estaba ahí. Eché un vistazo al comedor y tampoco lo encontré.

—¿Dónde está Dallin? —le pregunté a Lisa.

—No estoy segura.

¿Así que él era el que escapaba ahora? Aclaré mi garganta.

—Siento haber sido la única que pudo ver a Jeff anoche —dije a toda la mesa.

—No estoy molesta. —Avi dio una palmada a mi brazo—. Tú eres la que realmente puede marcar una diferencia. Os gustáis el uno al otro. Escuché que las emociones pueden tener un papel importante para la recuperación.

El resto del grupo intervino con varias versiones de que tampoco estaban molestos conmigo.

—Autumn, la sanadora milagrosa —comentó Lisa a mi lado con una sonrisa.

No estaba segura de si lo estaba diciendo por sanar a Jeff o por arreglar las cosas con mis amigos. De cualquier manera.

—Aún tengo trabajo que hacer.

Lisa tomó una de sus Oreos y me la dio, después, por qué estaba diciendo todo eso, agregó:

—Dallin es un idiota.

Sonreí y le di un bocado, feliz de saber que ella estaba de mi lado... si es que había lados. No, no había lados. Arreglaría las cosas.



—¿Ha salido de cuidados intensivos? —Abracé a la señora Matson. No podía creer lo feliz que se sentía de estar en un piso diferente. Con sillas diferentes y un televisor diferente en la esquina.

—Sí. —Estaba radiante de emoción.

—¿Le ha escrito a Dallin? —Yo había recibido el mensaje después del instituto y esperé una hora antes de ir al hospital, porque quería darle tiempo a que él fuera el primero en verle.

—Sí, pero creo que tiene práctica de béisbol o algo.

—Ah. Correcto. —Maldición. ¿Ya habían empezado con eso? Parecía demasiado pronto. Debía ser la pretemporada—. Así que, ¿Jeff ya está hablando?

—Está mucho más despierto, pero aun así duerme la mayor parte del

tiempo. Los médicos le están suspendiendo poco a poco los medicamentos para el dolor. Creen que puede ser una de las razones por las que no está totalmente despierto. Ven. Él necesita verte.

Su nueva habitación era más pequeña y tenía menos máquinas. Y había una ventana que daba al aparcamiento. Me senté a su lado y cogí su mano.

«Oye, Jeff. Te echamos de menos. Tienes que ponerte bien. Tal vez puedas hablar con Dallin y decirle que soy un ser humano decente. Él parece pensar otra cosa ahora. Es una buena razón para hablar, ¿no crees? Por mi bien».

Otra buena razón para hablar era que yo dejara de decir bromas tan malas. Eso sería por su bien, por supuesto. Claro, si él había escuchado alguna de ellas.

Él emitió un pequeño gemido y mi corazón dio un brinco.

«¿Jeff?».

Giró su cabeza poniéndola de su lado y sus ojos se abrieron. Su madre me había dicho que estaba más despierto, pero no había anticipado lo claros que se verían sus ojos. Como si realmente pudiera verme. La alegría me invadió.

«Hola», le dije en voz baja.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

«Tu madre estaría muy feliz si hablaras. Ver tus increíbles ojos verdes es suficiente para la mayoría de nosotros, pero no para ella, al parecer».

Él apretó mi mano y volvió a cerrar esos ojos. Esperé, con la ilusión de que solo necesitara descansar por un minuto, pero no volvió a abrirlos.

Estaba sintiéndome muy bien por las noticias que podría darle a la señora Matson, hasta que llegué a la sala de espera y vi a Dallin esperando para hablar con ella. Estaba discutiendo con el médico.

—Tú tenías que ir primero —dijo Dallin entre dientes cuando me acerqué a él.

—Intenté esperar. No me di cuenta de que las prácticas de béisbol ya

habían comenzado.

La señora Matson se acercó a nosotros.

—Parece que el médico cree que es importante que no tenga demasiada actividad en su habitación todavía. Quiero que todos podáis verlo, pero tendremos que reducir las visitas al mínimo. Un invitado extra por día.

—Dallin todavía puede verlo hoy, ¿verdad? —le pregunté, en pánico.

—Sí, por supuesto. Pero ¿podéis hablar con sus amigos para que no reciba demasiadas visitas?

—Sí —respondí y me mordí el labio—. Es decir, sí. Dallin puede organizar un cronograma.

—¿Lo harías, Dallin? —preguntó la señora Matson.

—Sí —respondió simplemente.

—Mejor me voy —dije. La señora Matson no necesitaba mis noticias. Nada nuevo había pasado—. Que tengas una buena visita.

Dallin solo asintió. Había querido arreglar la situación, pero de algún modo la había empeorado.



El señor Peterson debía haberle dicho quién era, porque Dax llegó a la puerta listo para salir: vaqueros, zapatos y la chaqueta. Cerró la puerta tras de sí y se dirigió directo a mi coche.

—Hola —saludó.

—Hola —respondí al acercarme a él.

—¿Un mal día? —le pregunté cuando estuvimos en el coche.

—Ahora irá mejor

Cogí el volante, no quería ver la expresión que acompañaba esas palabras. Los dos seguíamos con la necesidad de no tener sentimientos. Había visto a Jeff ese día, eso había reafirmado la confianza en que él mejoraría y que todo regresaría a ser como se suponía que debía.

No estaba segura de a dónde conducía, hasta que me detuve frente a la biblioteca. Dax también pareció sorprendido por mi elección.

—¿Tienes deberes que hacer? —preguntó.

—Tengo unos zapatos que recuperar.

—¿Aún?

—No ha pasado tanto —aparqué en el aparcamiento.

Caminamos juntos hacia la puerta. El primer salón en el que entramos estaba vacío y eso me recordó la sensación de las primeras horas en la biblioteca. Pero cuando llegamos al salón principal, había varias personas dando vueltas, lo que me hizo sentir que las cosas eran mejores, diferentes.

—¿Estás bien? —quiso saber él.

Asentí. Caminamos por el corredor acristalado y por las escaleras, hasta el nivel principal. Busqué bajo la silla primero, con la esperanza de no tener que preguntarle a nadie. No estaban allí. Pensé por un momento mientras recordaba a Dax leyendo en esa silla, el lugar en el que habíamos compartido el saco de dormir justo abajo. Me pregunté si Dax estaría recordando lo mismo. Nuestras miradas se encontraron.

—Deberíamos ver si hay manzanas para robar en la cocina —murmuré.

Él sonrió.

Cogí aire y caminé al mostrador de salida. La chica detrás de él esperó a que yo hablara.

—Dejé un par de botas negras aquí. ¿Alguien las ha devuelto?

—Botas negras... —buscó debajo del mostrador y apareció con mis botas, que colocó sobre él.

—Entonces, así es cómo son unas botitas —comentó Dax en voz baja a mis espaldas.

—Tú debes ser la chica que se quedó encerrada aquí el fin de semana pasado —afirmó la chica con expresión seria.

No estaba preparada para que me llamara la atención de ese modo. Asentí.

—Tú madre nos ha dado una lista con nuevos procedimientos para la hora de cierre.

¿Cómo respondería a eso? ¿Ella estaba enfadada conmigo?

—Probablemente sea algo bueno —dijo Dax, cogió mis botas y se alejó.

No podía creer que mi madre hubiera hecho eso. De acuerdo, en realidad sí podía creerlo. Estaba en su naturaleza, pero estaba muy avergonzada.

Antes de que llegáramos a las escaleras y al corredor acristalado, Dax habló.

—¿A quién le importa lo que piense? Ella no es nadie. No te preocupes por eso.

No sé si pensó que no podía con las escaleras, pero me llevó hasta el ascensor y presionó el botón.

—No me importa —le aseguré. Realmente estaba bien.

La luz parpadeó, las puertas se abrieron y entramos. Justo cuando él estaba a punto de presionar el botón de la planta baja, yo presioné el del piso más alto y las puertas se cerraron.

—¿Has estado en el campanario? —le pregunté. Él aún tenía mis botas, así que las cogí y las aferré contra mi pecho.

—No, no he ido.

—Deberías.

Teniendo en cuenta que solo tenía que subir dos plantas, el ascensor tardó una eternidad. Cuando las puertas finalmente se abrieron, salimos. Me pregunté si la puerta del campanario seguiría abierta o si tendríamos que dar la vuelta y regresar abajo. Empujé la barra metálica y se abrió con un fuerte chirrido. Estaba oscuro en esa ocasión, así que saqué mi móvil y encendí la luz del flash. Las escaleras hasta la cima no se veían menos inestables que la última vez que las subí. Y, con los dos en ellas... reí nerviosamente con cada escalón.

Llegamos a la cima y abrimos la puerta. Di una gran bocanada de aire fresco. El búho de madera de la barandilla nos miraba mientras los dos nos sentábamos en el pequeño espacio, mirando hacia el tejado empinado. Como casi no había sitio para los dos, permanecemos con las rodillas pegadas.

—Bonito, ¿eh? —apagué la luz de mi teléfono móvil, las luces de la calle eran suficientes para iluminar ligeramente el lugar.

—Sí. Me sorprende no haber visto esto. Ya había estado en la biblioteca antes de *nuestro* fin de semana.

—No me digas. —Fingí sorpresa. Él sonrió, después levantó la vista.

—Hiciste sonar esta campana una noche, ¿verdad?

—Nadie la escuchó.

—Yo la escuché. No estaba seguro de qué era.

—Era yo.

Sentada allí, me di cuenta de que la torre probablemente estuviera prohibida para visitantes. Si nos pillaban estaríamos en problemas.

—Bueno, quería mostrártela. Deberíamos irnos.

—¿Porque estás preocupada o porque tienes algún lugar a donde ir?

—La primera.

—Te preocupas demasiado.

—Lo sé. Como que es lo mío.

Mis brazos descansaban sobre mis piernas, que estaban flexionadas contra mi pecho. Él recorrió mi antebrazo lentamente con un dedo. Cerré los ojos, dejé que toda la tensión del día, de haber regresado a la biblioteca, se alejara de mí.

—Estoy intentando controlar las cosas. Ha sido difícil. Será mejor cuando las cosas vuelvan a la normalidad. Ahora son demasiadas.

—¿Qué ocurrió esta mañana antes del instituto? —Dax se estiró y sujetó la barandilla que estaba detrás de él, como si estuviera considerándolo.

—Nada. —Suspiré, no quería entrar en eso. La sola idea de lo que Dallin me había dicho me hacía estremecer.

—¿No me lo vas a contar?

—Un juego a cambio de un secreto —dije con un puño en alto.

—¿Un juego?

—Piedra, papel o tijera. El ganador consigue un secreto del perdedor. — Quería arriesgarme por la posibilidad de hacerle una pregunta a él. Tenía algunas que realmente deseaba que respondiera.

—De acuerdo. —Sonrió.

—¿El mejor de tres? —pregunté.

—Claro.

Él ganó la primera ronda con una piedra que aplastó mi tijera. Protesté, después volví a prepararme. En la segunda ronda escogí papel y él repitió la piedra. Estábamos empatados. Él había hecho dos piedras seguidas. ¿Lo haría una tercera vez? Me miraba con calma, sin revelar nada. Dax era impredecible, así que haría algo diferente. Aunque, más impredecible sería que hiciera lo mismo por tercera vez.

—Uno, dos, tres. —Conté y puse papel. Él tenía una piedra otra vez—. ¡Ja! Gané.

—Lo hiciste. —Pareció impresionado.

—¿Quién diría que eras tan malo en este juego?

—¿Has estado practicando formas de burlarte?

—Solo porque no dejas de perder. Estoy practicando mucho.

—¿Cuál es tu pregunta? —Él sonrió con suficiencia y volvió a tomar la barandilla sobre su cabeza.

Mis ojos fueron a su brazo izquierdo. A su tatuaje. ¿Tatuaje o Susanna?

—¿Por qué no le has enviado la carta de tu libro a Susanna? —le pregunté.

—Porque... —Su sonrisa se disipó y pasó las manos por su cabello—. *Uf*, eres una persona horrible, ¿lo sabes? —lo dijo con una sonrisa así que solo asentí.

—Sí, lo soy.

—¿Ves esto? —Extendió su mano, con la palma hacia arriba.

—Sí. —Mis ojos fueron a su tatuaje.

—Esta fue nuestra última cita en los juzgados. Mi madre había tenido meses para cambiar. Pasó por tres programas diferentes de rehabilitación, seis citas en los juzgados, dos internamientos. Y, mientras estábamos sentados en los juzgados, yo en un lado, ella en otro, el juez le preguntó si escogía las metanfetaminas sobre mí. Lo hacía. Fue la última vez que le hablé.

—¿Ella perdió los derechos sobre ti ese día?

Él asintió brevemente.

—Lo siento, Dax.

—Ya te lo dije, ese fue el día en que finalmente la solté. Soy libre.

No le creía más de lo que le había creído la primera vez que me lo dijo. Todos necesitamos a alguien con quien contar.

—¿Y la carta?

—Es todo lo que aún necesito que me responda.

—¿Susanna es tu madre?

—Sí.

—Y entonces, ¿por qué no puedes enviarla?

—Porque ella pensará que intento volver a ponerme en contacto con ella y no es así.

—¿Y qué intentas hacer?

—Tener información básica que los niños con padres tienen sobre sí mismos.

—¿Y por qué te importa lo que ella piense, entonces?

—No me importa.

—Entonces envíala.

—Lo haré. —Levantó la vista hacia mí a través de sus pestañas—. Y ya has obtenido demasiada información por esa victoria.

Tenía tantas preguntas para seguir haciéndole, pero las dejé ir por el

momento. A pesar de que parecía estar completamente en calma, comprendía lo emocionalmente agotador que podía ser hablar de cosas como esa.

—Totalmente.

—¿Harás que me gane mi pregunta ahora?

—Supongo que no. —Fingí un suspiro—. Ya que, técnicamente, tú has respondido dos. ¿Cuál fue tu pregunta?

—¿Esta mañana...?

—Ah, cierto. Esta mañana... —*Lárgalo, Autumn. Él acaba de decirte lo que pasó el peor día de su vida; puedes contarle esto*—. Dallin me dijo que yo era la razón por la que Jeff está en el hospital.

—¿Quién es Dallin? —preguntó él, con la mirada endurecida.

—El mejor amigo de Jeff.

—¿Y por qué él piensa algo tan estúpido?

—Porque siempre estoy desapareciendo o buscando un lugar donde esconderme o refugiándome en una esquina en las fiestas y él me dijo que Jeff siempre sentía la necesidad de correr detrás de mí. Y que es lo que estaba haciendo cuando acabó en el río; corriendo detrás de mí. Dallin básicamente me odia ahora.

—¿Y entonces le hablaste sobre tu ansiedad?

—No. No quería usar eso como defensa. Y hacer que pareciera que estaba inventando excusas. Realmente no quiero que me traten diferente.

—Es un argumento estúpido.

—Gracias.

—Me lo contaste a *mí*.

—Pero mis amigos no son tú.

—¿Y qué significa eso?

—Tú has... tú has visto cosas que ellos no. Me preocupa que no lo entiendan.

—Tal vez deberías confiar en ellos.

—Pero no tengo idea de cómo reaccionarán.

Él asintió lentamente.

—¿Qué?

—Es decir, no puedes controlar cómo reaccionarán. Te preocupa que no les gustes.

—Sí. —Arranqué un pequeño fragmento de pintura descascarada sobre mi cabeza.

—Tienes que contárselo.

—Lo haré cuando tú envíes tu carta.

—Bien jugado. —Asintió con la cabeza.

La corriente de aire que entraba por la puerta aún abierta aumentó y me hizo temblar.

—Mis orejas están frías —dije.

Un extremo de sus labios se elevó en una media sonrisa, pero no se movió.

—Vamos. —Me apoyé en la barandilla para ponerme de pie.

Él también se levantó y, mientras encendía la luz de mi móvil y giraba para bajar las escaleras, él se puso frente a mí. Jadeé, sorprendida. Él colocó sus manos sobre mis orejas. Estaban calientes.

—No me molesta ser tu distracción, pero no siempre estaré aquí.

—Lo sé. —Y él tenía razón. Tenía que confiar en mis amigos y asegurarme de poder resolver las cosas por mi cuenta antes de que él realmente desapareciera. Tenía que asegurarme de no necesitar más una distracción.



Entre la visita al hospital y a la biblioteca, había estado fuera mucho más tiempo del que les había dicho a mis padres. Abrí la puerta de entrada, con mis botas bajo el brazo y la cerré lo más silenciosamente posible, con la esperanza de que, si me metía en mi habitación, ellos pensarían que había estado allí todo el tiempo. Pero cuando me volví, mi hermano estaba de pie en la entrada, apoyado contra la pared, mirándome.

—¡Owen! —exclamé—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Las clases del miércoles se cancelaron y, ya que solo tengo clases lunes, miércoles y viernes, pensé que podría cogerme el viernes y convertirlo en una semana libre.

—Debe ser bueno estar en la universidad, con tus propias reglas, siendo tu propio jefe. —Lo miré con suficiencia.

—Parece que alguien más que conozco es su propio jefe también. ¿Qué es eso de haber salido toda la noche?

—Aún no son ni las nueve. —Puse los ojos en blanco—. Y solo estaba salvando al mundo y a un paciente a la vez.

—Lo siento. —Frunció el ceño—. ¿Él aún no está bien?

—En realidad, Dax está mucho mejor.

—¿Quién es Dax?

—¿Dax? ¿He dicho Dax?

Owen alzó las cejas y asintió con la cabeza.

—Quise decir Jeff. Ha salido hoy de cuidados intensivos. Los médicos dicen que las cosas van bien. Así que, con suerte las cosas solo mejorarán a partir de ahora. —Estaba divagando, por lo que me detuve.

—Me alegro por Jeff. Ahora, ¿quién es Dax?

Mis mejillas se sonrojaron.

—Vaya —comentó Owen.

—No, no es nada. Es un amigo.

—Ja. Eso no es lo que parece. Quiero conocer a este *amigo*.

—No seas tan hermano. —Golpeé su brazo.

—¿Por qué traes zapatos en la mano? —Me interrumpió mientras comenzaba a escapar por el corredor.

—Se habían quedado en la biblioteca. Los he recogido hoy.

—¿Es la primera vez que regresas?

—Sip.

—¿Y lo controlaste bien?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Ah, no lo sé, la última vez que estuviste en la biblioteca te desmayaste por un ataque de ansiedad.

—Pude controlarlo. —Con ayuda.

—Solo un aviso —señaló a la cocina con la cabeza—, mamá estaba preocupada por tus emociones y porque has estado visitando demasiado el hospital. —Y esa era otra razón por la que me costaba hablar con mis amigos; ya tenía a demasiadas personas preocupadas por mis emociones.

—Mírate, llevas en casa quince minutos y ya eres mi espía.

—En realidad llevo en casa dos horas. —Miró su reloj—. Tú no has estado aquí.

—Detalles, detalles. —Crucé el pasillo hasta llegar a mi habitación.

—Me debes algo de tiempo de hermanos de calidad —gritó detrás de mí—. No actúes como si no estuviera aquí.

—Mañana escogeré el color del esmalte de uñas.

—Oye. Yo elijo mi propio esmalte de uñas —dijo él. Sonreí y cerré la puerta detrás de mí, después me desplomé en el suelo. Sentía una jaqueca que se formaba detrás de mis ojos. Esperaba poder dormirme temprano esa noche, sin reproducir y reproducir el día en mi mente durante horas, como le gustaba hacer a mi cabeza algunas veces.



Dallin estaba de pie en la punta de la mesa en el almuerzo al día siguiente, como si estuviera dirigiendo una reunión. Yo tenía un dolor de cabeza persistente del día anterior y parecía que eso solo lo haría empeorar.

Él golpeó la mesa con el puño para llamarnos la atención.

—Jeff salió de cuidados intensivos ayer, pero su madre pidió que solo vaya un visitante por día. Le enviaré un mensaje a cada uno de vosotros ahora con el itinerario para los próximos siete días. Si no podéis ir el día que os he asignado, tratad de encontrar alguien con quien cambiar. —La versión seria de Dallin me sorprendía. No estaba acostumbrada a ella.

Mi móvil vibró por el mensaje recibido. Abrí el itinerario:

Hoy: Connor.

Miércoles: Avi.

Jueves: Zach.

Viernes: Dallin.

Sábado: Lisa.

Domingo: Morgan.

Lunes: Autumn.

¿En serio? ¿Él iba a jugar a esto? Era evidente que seguía enfadado conmigo. El resto del grupo estaba ocupado hablando y cambiando días. Miré a Dallin. Él fingió inocencia.

—Yo cambiaré contigo —propuso Lisa.

—Pero tú aún no lo has visto.

—Está bien. Él preferiría verte a ti.

—No sé si él sabrá a quién está viendo. Está bien. —Podía controlarlo si eso hacía que Dallin se sintiera mejor.

—Tal vez comience a mejorar y su madre permita más visitantes.

—Esperemos —asentí.

Cuando sonó la campana y todos recogieron sus cosas, Dallin se quedó atrás hasta que solo quedamos los dos.

—Es justo, Autumn —afirmó—. Ya que lo has visto muchas veces.

—Estoy de acuerdo. Buen trabajo —respondí. Era obvio que quería que me molestara con él, pero yo estaba centrada en reparar nuestra amistad.



No podía ver a Jeff, pero eso no significaba que no pudiera tener noticias de él. Lo necesitaba por mi salud mental. Así que, a la mañana siguiente, encontré a Connor antes de la primera clase. Estaba en su casillero, metiendo más papeles en un espacio ya repleto de un revoltijo papeles.

—¿Cómo estaba él?

—¿Qué? ¿Quién?

—Jeff. Tú lo viste ayer, ¿cierto? ¿Cómo estaba él?

—Ah. Hola, Autumn. Es bueno verte esta mañana también.

—Hola, Connor. —Sonreí—. ¿Cómo ha ido tu mañana hasta ahora?

—Ha estado bien. Me quedé dormido y...

—Connor. Vamos. —Le di un golpecito en el brazo.

—Estaba bien. —Rio—. Muy cansado, pero parecía estar bien. El médico dijo que debería estar más y más despierto cada día.

—Eso es bueno. Muy bueno. —Seis días más hasta que pudiera verlo yo misma. Podría aguantar seis días más.



Llevé la cámara a mi ojo y giré la lente a un lado y al otro, haciendo que Owen pasara de estar borroso a nítido una y otra vez.

—No estarás haciéndome una fotografía, ¿o sí? —preguntó él desde su lugar en el sofá a mi lado.

—No te preocupes, diva. Sé que te gusta arreglarte el pelo antes.

—En realidad, no para tus fotografías. —Apuntó el mando hacia el televisor y lo apagó—. Tienes un modo de capturar las cosas que hace que siempre estén bien.

—Gracias. —El cumplido me pilló por sorpresa.

—Hablo en serio. ¿En eso piensas para la universidad? ¿Fotografía?

—No. Para nada, es demasiado...

—¿Arriesgado?

—Sí.

—¿Y qué hay de malo en los riesgos? ¿Qué hay de malo en escoger la opción incierta? La que no has planeado a fondo.

—Sabes qué hay de malo en eso. Me estresaría demasiado. Necesito seguridad.

Él hizo un gesto hacia mi cámara y se la entregué. La llevó a su cara y tomó una fotografía, después observó el resultado en la pantalla con expresión de descontento.

—Solo digo que tienes talento.

—Eres mi hermano preferido.

—Siempre.

Le quité mi cámara.

—Pensé que irías al hospital hoy —comentó él.

—Hoy es el día de Avi. —Me quejé y traté de no pensar en eso.



-¿Jeff te ha hablado? —pregunté, sin poder creerlo aún. ¿Por qué Avi no estaba brincando de la alegría como yo quería hacer? ¿Por qué no nos había llamado la noche anterior?—. ¡Son noticias increíbles! —Mi cuerpo se llenó de alivio.

—¿No lo había hecho antes? —Avi abrió su bolsa de bocadillos y se encogió de hombros.

Las cuatro, Avi, Morgan, Lisa y yo, estábamos sentadas juntas en la cafetería. Los chicos estaban en alguna reunión de almuerzo de baloncesto. Yo había dejado de comer en el momento en que ella dio la noticia.

—¿Qué dijo?

—No mucho. Solo *hola* y preguntó cuánto tiempo había estado allí.

Intenté controlar el pequeño rastro de celos de que Jeff le hubiera hablado a Avi primero, de habérmelo perdido, y enfocarme en la enorme alegría de que hubiera hablado por empezar.

—¿Se lo contaste a su madre?

—¿Se suponía que tenía que hacerlo?

—No, está bien. Estoy segura de que ella lo sabe. ¿A quién le toca hoy? —
En lugar de esperar una respuesta, abrí el mensaje de Dallin.

—Zach —dijo Morgan al mismo tiempo que yo.

—¿Creéis que Zach cambiaría conmigo? —pregunté.

—Probablemente no —respondió Avi.

Me quejé. ¿Por qué le había dado el poder de hacer el itinerario a Dallin en el hospital? Había intentado ser amable, pero no había servido de nada.

—¿Quieres que hable con Dallin? —Lisa acarició mi brazo. Todos mis amigos también pensaban que Dallin no había sido razonable.

—No. —Porque, si tenía que ser honesta, aún tenía algo de miedo de que a Jeff realmente no le importara verme. No estábamos juntos, nunca lo habíamos estado. ¿Qué me hacía pensar que era especial?



Me crucé a Dax en el pasillo después del almuerzo y le pasé una nota. Una nota que decía que me viera entre la sexta y la séptima hora en el sitio en el que me encontraba en ese momento; detrás de la cafetería. No había anticipado los cubos de basura y el hedor que emitirían.

Dax dio vuelta a la esquina, su paso lento y confiado. Miró los basureros cuando me alcanzó y alzó las cejas.

—Esperaba que me ayudaras a encontrar mi aparato dental. Creo que fue arrojado a la basura.

—¿De verdad? —La expresión placentera se esfumó de su rostro.

—No —reí.

Él sonrió.

Sujeté las solapas de su chaqueta y tiré de él para acercarlo.

—Hola —dijo él en voz baja.

—Hola. —Suspiré.

—¿De verdad usas un aparato? —preguntó.

—Solo por la noche. —Le sonreí ampliamente—. ¿Qué hay de ti? ¿Alguna vez llevaste bráquets?

—Eso no fue precisamente prioritario para ninguno de mis padres de acogida.

—Bueno, entonces tuviste suerte, tienes unos dientes muy bonitos.

—No los has visto lo suficientemente cerca, entonces. —Se encogió de hombros.

Incliné la cabeza y él me ofreció una sonrisa falsa que me hizo reír. Sus incisivos superiores se superponían un poco y los inferiores estaban un poco más torcidos, pero no molestaba en absoluto.

—Tenía razón, muy bonitos.

—No eres buena mintiendo —dijo él mientras sujetaba los lados de mi suéter en mi cintura.

Su brazos me hacían sentir ligera sobre mis pies, como si no estuvieran tocando el suelo. Me equilibré apoyando las manos sobre su pecho.

—Entonces ya no debes ser bueno leyéndome, porque no estoy mintiendo. Por otro lado, yo soy excelente leyéndote a ti. Como en ese juego de piedra, papel o tijera al que jugamos. Te leí como un libro abierto.

—Trabajaré en mi cara de póker. —Rio.

—Deberías venir hoy después del instituto.

—¿A tu casa?

—Sí, mi hermano está en la ciudad. Creo que te gustará.

—Nadie me gusta, ¿recuerdas?

—No creo que eso sea cierto. —Di un pequeño paso al frente.

—Me gustan las distracciones —afirmó él.

—A mí también. —Era evidente que él no quería conocer a mi hermano, probablemente pensara que eso era un compromiso o algo—. De acuerdo, bien, hay un parque junto a mi casa. ¿Tienes mi dirección? Estaba en el sobre que mis padres te enviaron.

Él asintió.

—¿Te veo en el parque? ¿A las cuatro?

—Lo intentaré.

—Esfuézate.

Él sonrió y pude leer su rostro. Decía que no iría. Fingí no notarlo. No lo dejaría escapar tan fácilmente. Si él no quería ir, tendría que saber que yo estaría sentada, con frío, esperándolo.

Dax y yo dimos la vuelta a la cafetería y volvimos a entrar por la puerta principal juntos. Yo le dije «Adiós», él se despidió con un gesto de la cabeza y seguimos nuestros caminos separados. Fue entonces cuando vi a Lisa contra un casillero, mirándome. Le sonreí.

—Suéltalo. Ahora —dijo después de cogerme del brazo y arrastrarme al baño más cercano.

—¿Soltar qué?

—Ya sabes qué. Te vi pasarle una nota después del almuerzo. ¿Cómo lo conoces?

Revisé debajo de cada cubículo para comprobar que estuvieran vacíos.

—Estuvo en la biblioteca conmigo. —Ya no tenía sentido mantenerlo en secreto.

—¿Dax?

—Sí.

—¿Dax Miller?

—Sí —respondí con más énfasis.

—Él estaba en... —Frunció el entrecejo por la confusión—. Espera...

¿Estaba en la biblioteca contigo? ¿Todo el fin de semana? ¿Atrapado? ¿No estabas sola?

—Estábamos atrapados juntos.

—¡NO PUEDE SER!

—Sí... puede ser.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo siento. Él me hizo jurar que lo mantendría en secreto. Larga historia.

No apropiada para el baño.

—¿Me lo contarás todo más tarde?

—Sí.

—¿Él fue...? —Buscó una palabra para completar la frase.

—Él fue agradable, divertido.

—¿Divertido?

—De acuerdo, no divertido como Jeff. Fue un poco frío al principio. Pero después de un tiempo él fue... divertido.

—Eso es una locura. Conoces a Dax Miller ahora. Nadie conoce a Dax Miller. —Se apoyó contra el lavabo—. Conoces a Dax Miller. —Se detuvo ahogada—. Espera. ¿Conoces, *conoces* a Dax Miller? ¿Vosotros habéis...?

—No.

—Uh. —Ella sonrió—. Él tiene que ser bueno besando, ¿no lo crees? Esos labios, esos ojos.

—Para. —Le di un golpecito en su brazo. No podía pensar en besarlo. Ya me había prohibido hacer eso. Ella analizó mi rostro y supe que mis mejillas estaban sonrojadas.

—Te gusta —murmuró.

—No, no me gusta. A él no le gusta nadie y no es material para novio. Para nada.

Ella no pareció creerme.

—Autumn, ¿qué hay de Jeff? Él te necesita ahora. Aún está recuperándose, después tendrá rehabilitación y tendrá que regresar a la vida, y las emociones negativas podrían tener un efecto perjudicial en él.

—Lo sé. —Mi mandíbula se tensó—. No voy a ir a ningún sitio. No hay nada entre Dax y yo.

—¿Y por qué estás pasando tiempo con él?

—Es solo una distracción.

—La televisión es una distracción. Dax es una adquisición hostil.

—Él no ha adquirido nada. —Nada en absoluto. Él quería marcharse lo más pronto posible, sin compromisos, y yo solo necesitaba algo para mantener mi mente ocupada. Las cosas pronto volverían a la normalidad.



Recibí un mensaje de la señora Matson durante la séptima hora.

Jeff ha preguntado por ti. ¿Puedes venir después del instituto?

Jeff ha preguntado por mí. Jeff estaba lo suficientemente despierto para hablar y había preguntado por *mí*. Esas eran excelentes noticias... realmente buenas, me repetí a mí misma.

Le respondí:

¡Sí! Por supuesto.

Fue todo lo que mi mente pudo pensar durante el resto del día de instituto. Fui inmediatamente al hospital después del instituto por dos motivos: uno, para que mis padres, que estaban preocupados por mi estado emocional (gracias por la advertencia, Owen), no me dijeran que no podía ir. Y dos, para no interferir con el tiempo de Zach. Él no se presentaría hasta después de la práctica de béisbol.

Cuando llegué a Salt Lake, la anticipación de ver a Jeff, de *hablar* con Jeff, me tenía tan alterada que me temblaban las manos. Al principio me senté en el coche, intentando calmar mis nervios, pero noté que solo estaba poniéndome más ansiosa. Me apresuré a atravesar el aparcamiento y fui directo a la sala de espera.

—Autumn —la sonrisa de la señora Matson era más radiante que nunca—, te hemos echado de menos. No has estado visitándonos.

—Hemos seguido el itinerario de un visitante por día. Como usted nos dijo.

—Eso era para sus amigos. Tú eres familia, ¿recuerdas? —me guiñó un ojo.

—Ah, correcto. —Dallin se moriría si escuchaba eso.

—Vamos, Jeff está esperándote. —Enlazó su brazo con el mío y me llevó hasta él.

Cuando entramos, él estaba dormido. Mi corazón se estremeció. Pero su madre me dejó a los pies de la cama y se acercó a su lado. Y palmeó su brazo.

—Cariño, tienes visita.

—¿Mamá? —Él gimió y sus ojos se abrieron de golpe. Era estupendo escuchar su voz otra vez después de dos semanas.

—Sí. Hola.

—¿Pueden darme algún analgésico?

—Sé que estás dolorido, pero aún no.

—No hay derecho —dijo él y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

Yo sonreí también. Era la primera señal de Jeff siendo Jeff y me demostró que todo iría bien.

—En unas horas te lo darán. Lo estás haciendo muy bien. Han bajado a dos dosis diarias.

Él asintió.

—Autumn está aquí.

—Hola —le dije y sus ojos se fijaron de inmediato en mí.

—Mamá, esa es la clase de cosa que debes decir primero. Ahora ella pensará que soy un adicto.

—Ella no piensa que seas un adicto.

—No, no lo hago —afirmé.

Él intentó reírse, pero su risa terminó en una tos.

—Ven a sentarte —dijo él y señaló la silla.

—¿Estás seguro? Pareces cansado.

—Estoy aburrido. Y ya que no puedo tomar analgésicos...

—No por mucho tiempo. —Su madre presionó mi brazo antes de salir—. La verdad es que necesita descansar —dijo en voz baja.

—No estoy sordo, mamá —protestó él.

La señora Matson suspiró y negó con la cabeza, pero había demasiada alegría en sus ojos.

—¿Cómo estás? —Me senté en la silla a su lado.

—Bastante bien. ¿Has visto mi fantástica cicatriz nueva?

—La he visto. Pasé varios días comprobando cómo estaba. —Mis ojos fueron a su frente y a la línea rosada en ella, que me recordaría por siempre su accidente.

—Escuché que has estado por aquí. Gracias.

—Claro.

Él creía que podría mantener una conversación larga, pero hablaba con dificultad y sus ojos ya estaban cerrándose.

—Necesitas dormir.

—No, estoy bien. Cuéntame todo lo que me he perdido en las últimas semanas.

—No mucho. Un partido de baloncesto. Una fiesta. —A *Dallin*

acusándome de hacer que estés en el hospital.

—Suenas divertido. —Sus parpadeos estaban volviéndose más espaciados, más largos.

—Vas a quedarte dormido conmigo aquí.

—Sí, lo siento.

—Por favor, no. Volveré.

—Ven mañana.

—Mañana es el día de Dallin. —El único día en el que no me arriesgaría a aparecer por allí.

—Ven mañana —repitió, como si no me hubiese oído. Buscó mi mano y yo se la ofrecí.

—De acuerdo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Él asintió, pero sus ojos ya estaban cerrados.

Salí de la habitación del hospital con una sonrisa. Jeff estaba despierto. Mi vida ya había vuelto a su curso previamente fijado.



Me Quedé atrapada en el tráfico al salir de Salt Lake. Eran apenas las 3:45. Pensé que no me pillaría el tráfico de la hora punta, y eso convertiría mi viaje de cuarenta y cinco minutos en una hora. Froté mi cuello. Y fue entonces cuando recordé a Dax y mi encuentro con él. Cuatro en punto en el parque junto a mi casa. Lo había olvidado por completo por las noticias de que Jeff quería hablar conmigo. ¿Por qué Dax no tenía un teléfono al que pudiera llamar? Yo era una persona horrible.

No, todo saldría bien.

Dax no estaría allí. Lo había visto en sus ojos más temprano. Él no iría. ¿Cómo podría llegar hasta allí, aunque quisiera? No tenía coche y no sabía conducir.



El reloj del salpicadero marcaba las cinco y media cuando llegué a mi

vecindario. Por lo visto, el tráfico no tenía relación con la hora punta; había ocurrido un terrible accidente. Llamé a mis padres para que supieran que estaba bien y que llegaría más tarde de lo normal.

Reduje la velocidad al pasar junto al parque, solo para asegurarme. Al principio creí que tenía razón y me relajé en mi asiento, pero después vi una figura, vestida con un abrigo oscuro, sentada en un banco junto a las hamacas. Jadeé, aparqué contra el cordón y apagué el motor. ¿Él había venido?

El parque estaba vacío mientras caminaba hacia él; demasiado tarde para los niños que normalmente lo visitaban. Dax estaba leyendo, iluminado por el brillo de las luces de la acera y en mi mente se reprodujo una imagen suya en la biblioteca, con tanta intensidad que tuve que detenerme un momento. Me deshice de ella.

—Lo siento —le dije.

—Hola. —Levantó la vista, sus ojos oscuros se encontraron con los míos. No parecía enfadado.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¿Cómo llegué a existir o...?

—Gracioso. —Me senté a su lado en el banco y él cerró su libro, aún *Hamlet*, y lo dejó junto a él—. ¿Alguien te ha traído?

—Cogí el autobús.

—¿Cogiste el autobús por mí?

—Cojo el autobús para todo, no lo analizo demasiado.

—Demasiado tarde, yo ya lo analicé.

—¿Y qué has descubierto?

—Que te prometí que te enseñaría a conducir, debí convertirlo en una regla.

—Tú y tus reglas.

Nos miramos a los ojos, al parecer ambos recordábamos las reglas que habíamos establecido antes: sin vínculos, sin besos. Aún estábamos bien en ambos frentes. Su mirada no dejaba la mía. ¿O no?

—¿Cómo está Jeff?

—¿Qué? —Parpadeé y aparté la vista de su mirada intensa.

—Allí estabas, ¿verdad? En el hospital.

Yo asentí.

—La madre de Jeff me envió un mensaje de última hora y tuve que ir. Él estaba preguntando por mí.

—Eso es bueno —dijo, a pesar de que sus hombros estaban tensos.

Intenté pensar por qué podrían no gustarle las noticias. ¿Por qué estaba diciendo lo opuesto a lo que sentía?

—Aún está dolorido, supongo. Y probablemente tenga que hacer rehabilitación. Así que pasará un tiempo antes de que regrese a casa.

—¿Estás contando cuánto tiempo me necesitarás cerca?

—Yo... no. Somos amigos, ¿verdad? Tú puedes...

Él me interrumpió riéndose.

—Era una broma.

—Ah, bueno. —Me apoyé en el respaldo—. Pero sea como sea, pensaba mantenerme lejos del hospital mañana, porque es el día de Dallin.

—Dallin... el chico que te culpó por el accidente de Jeff.

—Correcto. Quería darle su tiempo, pero Jeff me pidió que vaya. Me hizo prometerlo. Así que siento que debo hacerlo.

Él se adelantó y apoyó los codos sobre sus rodillas, como si estuviera pensando. Habló un minuto después.

—Entonces, estás intentando controlar tu ansiedad actuando como si no la tuvieras.

—¿Qué?

—Sabes que el hospital te estresará mañana, especialmente con Dallin allí.

—Sí.

—Pero en lugar de quedarte en casa por el bien de tu propia salud mental, irás allí porque alguien más espera que lo hagas.

—No puedo dejar de vivir mi vida.

—No es algo que tú quieres hacer. Estás preocupándote por los sentimientos de alguien más en lugar de preocuparte por los tuyos.

—De cualquier manera, estaré sentada en mi casa preocupándome por Jeff que se estaría preguntando por qué no estoy allí o estaré en el hospital preocupándome de que Dallin esté molesto porque yo estoy allí.

—Porque no se lo has contado. Si les contaras que tienes ansiedad, ellos no se preguntarán por ti cuando no te presentes a algo o cuando tengas que irte antes. Y tú no te preocuparás por ellos. Ellos te entenderán. Se sentirán mejor y tú también. —Levantó las manos y negó con la cabeza, como si estuviera molesto consigo mismo por algo—. ¿Sabes qué? No importa. No es asunto mío.

—No. Tienes razón. Se lo diré. —Exhalé frustrada.

—Ahora estás diciendo eso porque crees que estoy molesto.

—¿Lo estás?

—Eso no importa, Autumn. —Puso sus manos sobre mis mejillas. Estaban heladas—. Descubre lo que *tú* piensas. —Sus ojos iban y venían entre los míos. Mi temperatura pareció aumentar algunos grados—. Descubre lo que tú quieres —repitió, con más suavidad.

Y entonces se levantó y se alejó. Y yo solo me quedé sentada y lo dejé ir, sin siquiera ofrecerme a llevarlo. Tal vez ambos necesitábamos algo de espacio de todas formas. Para poder seguir las reglas.

Doblé las rodillas sobre el banco, con sus palabras dando vueltas en mi cabeza. Lo que dijo tenía sentido. Pensé en todas las veces que, durante los

últimos meses, había ido a sitios para complacer a otros a pesar de saber lo que me provocaría: juegos de baloncesto, fiestas y tal vez hasta hospitales. No era que quisiera dejar de hacer esas cosas por completo, pero necesitaba interpretar mejor mis propias emociones, no marcharme de los lugares *después* de tener un ataque, sino antes. Cuidar mi salud mental. Pero no necesitaba contárselo a mis amigos para hacer eso. Solo necesitaba ser mejor para decidir por mí misma. Para no hacer cosas que no quería hacer.

Deslicé las piernas hasta el suelo y, cuando estaba a punto de levantarme, vi que el libro de Dax seguía sobre el asiento. Él se había marchado hacía mucho. Se lo daría en el instituto al día siguiente. Lo abrí, curiosa y tal, como había pensado, la carta seguía ahí. Volví a leer la dirección. Salt Lake. ¿Su madre vivía tan cerca y él no la había visto en años?

Abrí la aplicación del mapa en mi móvil y busqué su dirección. A quince minutos de distancia. Bloqueé la pantalla y volví a analizar el sobre. La dirección del remitente no era familiar. Por supuesto, no era su dirección actual, pero tampoco la anterior. Me pregunté cuántas veces habría tenido que mudarse. Con cuántas familias había tenido que vivir.



La luz de la entrada estaba encendida y brillaba con un anaranjado pálido mientras me acercaba a mi casa. Parecía tan tentadora. Mi casa. Abrí la puerta y escuché a mi familia en la cocina, riendo, y el sonido del entrechocar de platos. Cerré la puerta detrás de mí y fui a reunirme con ellos. Me detuve de inmediato al ver a mi madre y a mi hermano alrededor de la isla de la encimera de la cocina, comiendo los restos de lasaña, mientras mi padre lavaba los platos.

—Preparemos galletas —propuso mi hermano.

—Te comerás toda la masa —respondió mi madre.

—¿Y?

—Yo también quiero comerme toda la masa —dije. Todos levantaron la vista. Mi hermano habló primero.

—Ya era hora de que llegaras. Ven aquí a pasar algo de tiempo de calidad conmigo.

—Eres muy mandón. —Dejé el libro de Dax sobre la mesa y me uní a ellos en la isla. Saqué un tenedor del cajón y lo hundí en los restos de lasaña.

—¿Qué te parece un plato? —dijo madre.

—Hay ensalada también. Está en la nevera. —Antes de que pudiera terminar mi bocado de comida, mi padre ya tenía una bolsa hermética gigante llena de ensalada y mi madre un plato.

—Gracias. —Acepté las dos cosas y pasé los treinta minutos siguientes respondiendo preguntas sobre Jeff mientras preparábamos galletas.



Si no le hubiera hecho la promesa a Jeff, no habría estado en el aparcamiento, sentada en mi coche, intentando no cruzarme a Dallin. Él llevaba allí al menos una hora. No quería meterme en su tiempo de visita. Así que estaba esperando. Eso me mantendría a salvo de una potencial confrontación que podría disparar un ataque de ansiedad. *Un buen plan*, pensé.

Pasaron otros cuarenta y cinco minutos antes de que él finalmente saliera por las puertas de cristal hacia el aparcamiento. Esperé hasta que estuvo en su coche y se alejó, después entré.

La señora Matson estaba en la habitación de Jeff y él estaba hablándole. Sonreí. Era bueno verlo algo más consciente.

—¡Hola! —exclamó la señora Matson cuando me vio.

—Hola. Estás despierto.

—Estoy en las primeras horas de mis drogas y no en las últimas, como ayer. Eso ayuda.

Me reí.

Él se acomodó en su cama, mirando hacia mí, y se estremeció. Con medicamentos o no, obviamente aún sentía dolor.

—Ven, siéntate. —La señora Matson se levantó—. Dallin fue a rescatar a mi marido a unas calles de aquí. Se quedó sin gasolina.

—Ah. Él va a volver.

—Será una fiesta —afirmó Jeff.

—No te excites demasiado —le dijo su madre—. No quiero que la enfermera te esté gritando.

—No lo haré, mamá.

Ella nos dejó solos y yo me senté lentamente en la silla junto a la cama de Jeff. Lo miré, intentando leer su expresión. ¿Dallin le habría dicho algo de mí? ¿De lo que me había acusado el otro día? Jeff parecía relajado, feliz, como estaba siempre. Rara vez tenía una expresión diferente. Yo no podía leer bien a Jeff. Con suerte, Dallin, al igual que yo, no querría hacer nada que pudiera alterar a Jeff en ese momento, mientras aún estaba recuperándose.

—Hola —repitió él y se recostó sobre las almohadas.

—¿Alguna novedad sobre cuándo saldrás de aquí?

—Supongo que cuando mi nivel de oxígeno mejore y compruebe que puedo caminar.

—¿Puedes?

—No lo sé. Comienzo con la rehabilitación mañana.

—Bien por ti.

Él envolvió el tubo que colgaba bajo su brazo alrededor de su dedo.

—No puedo esperar a salir de aquí. Necesito tener una aventura épica lo más pronto posible. Estaba pensando en hacer *tubing*, pero en lugar de deslizarnos por la nieve en llantas, iremos al depósito de coches a buscar partes viejas para usar, como el capó o un asiento trasero. Dime si eso no sería divertido.

Eso no sonaba para nada divertido para mí. Mi corazón se sobresaltó ante la sola idea.

—Solo si aún hay nieve cuando estés mejor. Quizá tengamos que hacerlo el próximo año.

—Pasaré este año.

La puerta se abrió.

—Sígueme la corriente por un momento —murmuró Jeff bajando la voz.

Estaba confundida.

—Amigo —Dallin entró—, tú padre no sabe cómo cargar un bidón de gasolina. Él... —Se detuvo al instante cuando me vio ahí.

—¿Él qué? —preguntó Jeff.

—Nada. Él simplemente no sabe.

—Me alegra que lo salvaras. ¿Deberíamos pensar en un nombre de superhéroe para ti?

—Ya tengo uno.

La expresión de Jeff cambió de sonriente a preocupada mientras miraba a los pies de su cama.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Yo... no siento mis dedos. Bueno, mejor dicho mis pies.

—¿Qué? —Me levanté y me pregunté si debería llamar a la enfermera cuando Jeff me guiñó un ojo. Ah, ¿a eso se refería antes? ¿Se suponía que le siguiera la corriente con *eso*?

—Tampoco puedo sentir esto —dijo al tocar su muslo.

Dallin se acercó, con preocupación en sus ojos. No creí que eso fuera a ayudar a nuestra relación en ese momento.

—¿Puedes sentir esto? —Él le tocó un pie.

—No, no puedo. —Jeff tomó un lápiz de la mesa junto a su cama—. Autumn, clava esto en mi pierna. No muy fuerte. Solo lo suficiente para

atravesar la superficie.

Puse los ojos en blanco. Él fue un paso más allá con su broma. Dallin nunca creería eso.

—Muy gracioso —respondí, lista para darle un indicio a Dallin—. No apuñalaré tu pierna con un lápiz.

Dallin se adelantó y le quitó el lápiz de la mano a Jeff.

—Yo lo haré. —Y, antes de que pudiera parpadear, él levantó su brazo, con lápiz y todo, y lo dejó caer sobre la pierna de Jeff.

Grité y llevé las manos a mi boca, impactada. Mis ojos se dispararon al rostro de Jeff, esperando ver dolor, pero solo tenía una enorme sonrisa. Después rio. Y después tosió.

—Te atrapamos —soltó él, y Dallin también rio.

—Sois unos idiotas—les dije, con mi corazón aún acelerado. Me apoyé en la mesa mientras intentaba recuperar el aliento.

—¿Por qué te vuelves loca? Ha sido una broma —dijo Dallin.

—No. Yo...

Jeff se estremeció porque seguía tosiendo y llevó una mano a su lado. Él, sin dudarlo, no estaba lo suficientemente bien como para hacer cosas estúpidas como esa.

—Jeff, no te excites demasiado —le advertí.

—Lo sé. Lo sé.

Suspiré. Necesitaba salir.

—Será mejor que me vaya.

—Autumn, todo ha sido por la diversión —dijo Jeff.

—Lo sé, no estoy enfadada. —Bueno, lo estaba de algún modo—. Pero tú necesitas descansar. —Y yo también.

—Vas a volver, ¿verdad?

—Sí. Obviamente estás aburriéndote aquí.

—Tanto que se nubla mi mente.

—Que tengas una buena visita, Dallin —le dije, pero él solo ocupó mi lugar sin responder. Supuse que la broma no había arreglado nada entre nosotros. Él estaba actuando como un niño y yo quería llamarle la atención por eso, pero no frente a Jeff. Había esperado que, cuando Jeff comenzara a mejorar, Dallin también lo hiciera, pero obviamente eso era esperar demasiado.



El suelo de baldosas era demasiado blanco en el hospital y me pregunté cómo lo mantenían limpio con tanto trasiego. Después de salir de la habitación de Jeff, recorrí dos corredores y conté cien baldosas hasta que mis nervios se calmaron. Estaba pensando en diferentes productos de limpieza que podrían usar, cuando un par de pies entraron en mi línea visual. Levanté la vista y me quedé sin aliento.

—¿Dax? ¿Qué estás haciendo aquí? —Miré por encima de mi hombro para comprobar que no tuviéramos audiencia. Cuando vi que no teníamos, lo abracé, lo que hizo más para relajarme que contar las cien baldosas del suelo.

—Pensé que podrías necesitar a tu distracción —respondió y correspondió a mi abrazo.

Me reí, pero después me di cuenta de que, incluso con esa sonrisita en su rostro, estaba hablando en serio.

—Espera, ¿no vienes a visitar a nadie? ¿Realmente estás aquí por mí?

—Hablaste de promesas y mejores amigos peleando y de venir de visita fuera de tu turno; no lo sé. Apenas te escuchaba, pero pude presentir que

habría estrés en tu futuro.

—¿Apenas me estabas escuchando? —La verdad era que estaba ahí por mí. Estaba más que sorprendida—. ¿De verdad? Suena a que estabas escuchándome perfectamente.

—No te acostumbres. —Me miró desde arriba.

Volví a abrazarlo, pero me aparté rápidamente al oír pasos. Dallin pasó junto a nosotros, me miró a los ojos y alzó las cejas. Balbuceó *qué mono* por lo bajo y siguió caminando.

—Dallin —dije a sus espaldas—, ¿conoces a Dax? Va a nuestro instituto. Es voluntario en el hospital.

Él apenas se dio la vuelta, saludó con la mano y siguió su camino.

—¿Ese es el mejor amigo del novio que te odia a muerte?

—Sip. —Él estuvo en silencio durante tres respiraciones.

—¿Esto ha ayudado? —agregó.

Yo reí sin humor.

—¿Voluntario en el hospital? —comentó Dax sin dejar de mirar a Dallin—. Probablemente debiste decir que cumplo servicio comunitario obligatorio. Habría sido más creíble.

—No es cierto.

—¿Quieres que lo amenace para que guarde el secreto de mi lado filántropo?

—No.

—¿Podemos salir de aquí entonces?

Dudé, me pregunté si debería ir a contárselo a Jeff antes de que Dallin lo hiciera. Adelantarme a él. O, quizá, una mejor jugada sería no mencionarlo en absoluto y actuar como si no fuera gran cosa si Jeff comentaba algo.

—Yo me voy —Dax señaló con la cabeza y su sonrisa desapareció.

—No —dije con determinación—. Vamos. —Caminamos hacia la salida

—. ¿Cómo crees que mantienen estos suelos limpios? —le pregunté.

—¿Un buen conserje?

Sonreí porque había respondido a mi pregunta en lugar de burlarse de mí por ella.

—¿Cogiste el autobús hasta aquí?

Él asintió.

—¿Cómo consigues dinero para el billete del autobús?

—A la antigua usanza.

—¿Interceptando a conductores de tren? ¿Robando bancos?

Su sonrisa regresó, lo que era mi objetivo. Sus sonrisas difíciles de ganar me hacían sentir que lograba algo que no muchos podían.

—Cortando el césped. Limpiando ventanas.

—He estado cerca. —Aplaudí y le ofrecí una sonrisa radiante—. Ha llegado la hora.

—¿De qué?

—De que aprendas a conducir.



Mi cuerpo se sacudió hacia delante y mi cabeza casi golpeó el salpicadero.

—Espacio con el freno. No hace falta pisarlo a fondo.

Estábamos en el aparcamiento del instituto. Era el único lugar que se me había ocurrido que fuera lo suficientemente amplio y no tuviera demasiados obstáculos.

Dax soltó el freno y el coche avanzó. Volvió a pisarlo y, una vez más, mi cuerpo se sacudió hacia delante. Pero esta vez, el cinturón de seguridad se ajustó demasiado, y yo jadeé.

—Lo siento —se disculpó él. Nunca antes lo había visto tan fuera de lugar o inseguro. Dax siempre imponía presencia. Una presencia segura.

—No pasa nada. Lleva tiempo acostumbrarse a lo sensible que puede ser el pedal del freno.

—Soy malísimo. Voy a cargarme tu coche.

—No vas a cargarte mi coche. —No estaba segura de que él entendiera lo que decía, porque me estaba riendo demasiado.

—¿Este va a ser uno de tus ataques de risa? —Me miró serio.

—Solo conduce. —Señalé al volante—. Ya te acostumbrarás.

—¿A conducir o a que te rías de mí?

—A ambas.

Él volvió a avanzar, con una expresión de confusión y nervios en su cara. Una sensación de afecto reconfortante se apoderó de mí. Sentí que conocía a Dax bastante bien, pero aún quería saber más de él.

—¿Dónde naciste?

—Kaysville.

—¿Qué edad tenías cuando tu padre se marchó?

—Cuatro. Demasiado joven para recordarlo mucho.

—¿Y fue entonces cuando tu madre comenzó a...? —No quería completar esa oración.

—¿Drogarse? —Él la terminó por mí.

—Sí.

—No. Eso fue más adelante, cuando su madre murió.

—¿Y cuándo se involucraron los Servicios Sociales?

—Cuando tenía trece. —Acarició su muñeca izquierda con el pulgar.

—¿Ahora tienes diecisiete?

—Sí.

—¿Ella era una buena madre antes de todo eso?

—Era la mejor madre que sabía ser.

—Supongo que eso es todo lo que cualquiera de nosotros puede ser. —
Extendí mi mano y presioné su rodilla.

—¿Intentas confundirme? ¿Como en el lanzamiento de Frisbees?

—¿Está funcionando? —Sonreí al recordar nuestra competición en la biblioteca.

—Ya hemos establecido que eres una distracción.

Volví a poner mi mano sobre mi falda. Las mejillas me dolían de tanto sonreír. Dax dio dos vueltas al aparcamiento, más estable en cada una de ellas.

—¿Cómo es el hogar? —le pregunté.

—¿Alguna vez te has sentido atrapada?

—Sí, tengo ansiedad. —Lancé una risa corta.

—Cierto.

—Lamento que te sientas así.

—Deja de disculparte.

—Cuando me siento atrapada, ansiosa, pienso en los momentos en los que he sido más feliz.

Él se atrevió a apartar la vista del camino oscuro frente a él para mirarme a los ojos. La intensidad de su mirada me dejó sin aliento. Y entonces volvió a enfocarse en el exterior. Casi me disculpo, pensando que podría haber tocado un nervio sensible con mi comentario, pero me mordí la lengua.

Los nudillos de Dax se volvieron blancos sobre el volante y yo miré a través del parabrisas. Otro coche entró al aparcamiento, al menos a treinta metros de distancia. Él pisó el freno y me lanzó hacia delante.

—En serio, Dax. Vas a matarme.

—¿No es eso lo que intentaba decirte?

Me reí mientras veía cómo el coche giraba en *U* frente a nosotros y volvía a

salir del aparcamiento. Me estaba riendo demasiado, lo notaba. Él me hacía feliz. Sentía como si estuviera resplandeciendo por dentro, como si quisiera vivir en ese momento por siempre. Jugué con la pulsera rosa que seguía firmemente atada a mi muñeca, respiré profundamente y dejé escapar lo que pensaba.

—Definitivamente te he agregado a mi archivo en las últimas semanas.

—¿Qué archivo? —preguntó él.

—El de los recuerdos felices. En el que busco en mis momentos oscuros — le dije con calma.

Una sonrisa borró su dura expresión, antes de que se desvaneciera y él fingiera que yo no la había visto. Pero sí la vi. Y la agregué al archivo.

—Los recuerdos felices no pueden sacarte de todo. —Parecía estar hablando desde la experiencia. Detuvo el coche y accionó el freno de mano, después se volvió hacia mí—. ¿Dejé mi libro en el parque ayer?

—Sí. Yo lo tengo, lo olvidé. Te lo llevaré al instituto el lunes.

—De acuerdo.

Apoyé mi cabeza en el asiento, mirándolo. Sus ojos estaban fijos en los míos. Eran intensos. Nunca antes me había sentido tan expuesta. Como si él estuviera mirando dentro de mí.

—¿Qué? —preguntó él.

—Gracias por venir esta noche. Lo necesitaba.

—Claro. —Recorrió la línea de mi barbilla con un solo dedo y me hizo temblar—. Siempre estás fría —comentó.

—No estoy fría. —Mis ojos no dejaron los suyos.

Estaba cerca. Demasiado cerca. Pero no me alejé. De hecho, yo fui la que acortó la distancia entre los dos. Me contuve para no acercarme más. Respiré su aliento. Y después fue él quien comenzó a acercarse, sus labios a centímetros de encontrar los míos.

—Tenemos una regla —susurré.

—A diferencia de ti, yo no sigo las reglas. —No me dio oportunidad de responder. Sus labios se unieron a los míos y me robaron la fuerza de voluntad. Me acerqué más a él. Intenté llevar mi mano derecha a su cabello, pero el cinturón de seguridad me impidió acercarme más. Busqué a ciegas el botón para liberarme, sin deseos de apartarme para encontrarlo. Él fue más rápido. Soltó mi cinturón, después me atrajo más hacia él.

Mis manos encontraron su cabello, su cuello, sus hombros. Sus manos alcanzaron mis caderas, me levantaron y me deslizaron por encima del salpicadero hasta su regazo. No había espacio suficiente entre él y el volante, pero eso no me detuvo. Mis codos descansaban sobre sus hombros mientras nuestro beso se hacía más profundo.

Y después, un claxon sonó, fuerte y persistente. Jadeé y me alejé. Me di cuenta de que había sido yo. Mi espalda estaba presionando el claxon. Me reí mientras maniobraba para regresar a mi asiento. El silencio llenó el ambiente. Sentía mis labios irritados; mis mejillas, calientes.

—Ya has caído —le dije mientras volvía a abrochar mi cinturón—. Hay un vínculo en tu futuro, te lo advertí.

Él sonrió y abrió la puerta del coche. Cuando llegó a la puerta del pasajero y la abrió para mí, me di cuenta de que debíamos cambiar de asiento. Yo tenía que conducir. ¿Cómo haría para conducir? ¿Cómo haría siquiera para caminar hasta el otro lado del coche con mis piernas temblorosas? Pero cuando salí, él no se movió para dejarme pasar. Me presionó contra el coche y volvió a besarme, con sus cálidas manos sobre mis orejas. Me puse de puntillas para corresponderlo. Su calor recorrió mi cuerpo y llegue a pensar que explotaría de felicidad. Finalmente empujé su pecho y rompí el beso. Estaba sintiendo demasiado, demasiado rápido.

De alguna forma lo llevé a casa, con piernas temblorosas y todo, y apenas

cruzamos dos palabras por el camino. Cuando me detuve frente al hogar, él se acercó, me dio un beso ligero en la mejilla y después otro en los labios.

—Nos vemos —dijo con voz grave y se marchó.



Había besado a Dax. ¿Qué significaba eso? ¿Él querría que estuviéramos juntos? ¿Y yo? Mi cabeza dio vueltas toda la noche con esa y otras ideas. Tantas cosas que mi cabeza parecía a punto de estallar. La culpa revolvió mi estómago hasta que sentí que iba a vomitar. Intenté decirme a mí misma que Jeff y yo no estábamos juntos, que nunca estuvimos juntos, para que no hubiera necesidad de sentir culpa. Pero me gustaba Jeff. Había planeado durante meses estar con él, casi un año. Lo que fuera que estuviera pasando entre Dax y yo no podía ser. Sin mencionar que si me alejaba de Jeff en ese momento, todos me odiarían. Todos mis amigos pensarían que era una mala persona. Dallin solo demostraría que tenía razón. ¿Y si Dax quería que me alejara de Jeff? ¿Besarse significaría algo para él o solo sería otra distracción? Me alegró de que fuera fin de semana, porque apenas había podido dormir.



A la mañana siguiente, bajé un tazón de la alacena sintiéndome como una zombi. Mi madre tenía una olla con avena lista en la cocina y me serví dos cucharadas. Ella llegó tarareando justo mientras me servía la quinta cucharada de azúcar moreno.

—¿Quieres algo de avena con tu azúcar? —preguntó.

—Muy graciosa, mamá —le dije al servirme una cucharada más, después revolví hasta que mi avena se volvió oscura.

—Pareces cansada.

—Lo estoy. —Mi pecho estaba tenso por la sensación familiar de ansiedad.

—¿Todo está bien?

—Solo tengo un problema sin solución. —Quería gritar que no. Pero ¿después qué?

—¿Algo en lo que pueda ayudar?

—Eso desearía.

—Pruébame. Tu madre es buena para encontrar soluciones.

—¿Mi madre? —Miré alrededor, bromeando—. Entonces mejor la busco.

—No hay nada de malo en hablar en tercera persona.

—Estoy bien, mamá. En serio. —Era algo que solo el tiempo podría resolver.

—Ha sido genial verte esta semana, hermana. —Mi hermano Owen pasó junto a mí en mi camino al baño.

Sabía que estaba siendo sarcástico. Apenas había estado en casa y ya era sábado y él estaba enfadado.

—Lo siento. —Sentí que siempre estaba disculpándome con alguien—. Hagamos algo ahora.

—No puedo. Tengo planes, de hecho.

Mi teléfono sonó con el nombre de Lisa brillando en la pantalla.

—Hola —contesté.

—¡Hola! Hoy es mi día en el hospital y quiero que vengas conmigo.

Cerré los ojos. Era el momento de decir que no, cuando sabía que debía quedarme en casa. Pero después pensé en la hora y media de camino hasta el hospital y de regreso y en cuánto necesitaba hablar con alguien, así que me descubrí diciendo: «De acuerdo».



Una ligera nevada cubría el parabrisas mientras Lisa y yo conducíamos en la autopista hacia el hospital. La calefacción del coche de Lisa había dejado de funcionar, así que el radiador estaba soltando aire frío y las dos estábamos temblando. Le di tres vueltas a la bufanda alrededor de mi cuello y después dije: «Besé a Dax». Probablemente no fueran las mejores condiciones para decirle algo sorprendente a alguien. Aunque el coche solo viró un poco con su reacción y ella lo corrigió de inmediato.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Anoche. Nos besamos.

—Así que... ¿ya no es una distracción?

—No lo sé.

—¿Por Jeff?

—No lo sé. No sé lo que siento por nadie en este momento.

—Creí que estabas enamorada de Jeff antes del accidente.

—Enamorada no... me gustaba mucho.

—Pienso que Dax te ha jodido. Si él no estuviera en escena sabrías

exactamente lo que sientes.

—¿Eso crees? —Probablemente tuviera razón sobre eso.

—Conoces a Dax desde hace unas semanas, Autumn. Semanas. Conoces a Jeff desde hace años. Dax es solo un nuevo y reluciente juguete. Jeff es alguien que encaja contigo. Con todos nosotros.

—Siento que debo contarle a Jeff lo de anoche, de todas formas. Lo que pasó con Dax. No quiero ser deshonesto.

—Creo que deberías pensarlo un poco más. Decide lo que realmente quieres. Antes de hablar con Jeff.

—¿Me odias? —le pregunté.

—¡No! ¿Por qué te iba a odiar?

—No lo sé. Jeff es tan agradable y todos lo quieren y yo he hecho una estupidez.

—Autumn —ella se extendió y presionó mi mano—, tú eres mi mejor amiga. Nunca te odiaría. Soy del equipo Autumn sin dudarlo. Sin importar lo que decidas, estaré de tu lado.



La madre de Jeff, como siempre, nos recibió con un abrazo cuando llegamos.

—Él tiene una sorpresa para vosotras —dijo.

—¿Una sorpresa?

—Vamos. —Nos guio hasta la puerta de la habitación del hospital—. Esperad aquí.

Nos quedamos en el pasillo y ella desapareció en la habitación.

—¿Cuál crees que será la sorpresa? —preguntó Lisa.

—No tengo ni idea.

Unos minutos más tarde, la puerta se abrió y Jeff apareció sentado en una silla de ruedas.

—Mirad quién puede salir ahora.

Él parecía mucho más despierto y alerta. Las drogas que le habían estado metiendo después del accidente debían haberse diluido casi por completo.

—Es increíble —afirmé.

—Id hasta el final del corredor.

—¿Qué?

—Id hasta el final del corredor y esperad ahí. —Nos ahuyentó sacudiendo su mano.

Lisa y yo seguimos sus indicaciones, caminamos hasta que estuvimos a unos quince metros de distancia, después nos volvimos para enfrentarnos a él. Su madre fue detrás de su silla de ruedas y la volvió en nuestra dirección. Él se inclinó, levantó los reposapiés, después se levantó.

—No vas a hablarle de Dax ahora, ¿o sí? —preguntó Lisa por lo bajo.

—Nunca en la vida.

Lisa me ofreció una sonrisa compasiva y después volvió a mirar a Jeff.

—Es increíble.

—Esperad y veréis. —Después caminó varios pasos inestables en nuestra dirección. Pasos que me hicieron desear correr hacia él y coger su brazo para que no se cayera. Pero vi que su madre se apresuró a colocarse a su izquierda, para asistirlo si era necesario, así que me quedé donde estaba. Él recorrió todo el camino hasta nosotras, después me envolvió en un abrazo y se apoyó un poco en mí para tener equilibrio.

—Estoy tan orgullosa de ti. —Palmeé su espalda. Y lo estaba. Tan orgullosa. Tenía que estar ahí para él mientras terminaba su recuperación. Decirle que no estaba segura de en qué punto estábamos o de cómo me sentía no sería de ayuda en ese momento. Eso podría esperar. O tal vez pudiera

descifrar mis sentimientos y darme cuenta de que Jeff y yo debíamos estar juntos.

En el tiempo que duró el abrazo, su madre ya había posicionado la silla de ruedas detrás de él y yo lo ayudé a sentarse. Él estaba radiante.

—¿Las chicas pueden llevarme a dar un paseo alrededor del hospital, mamá? —preguntó.

—Por supuesto. Compórtate. —Lo apuntó con un dedo como si supiera la clase de problemas en los que Jeff podría meterse.

—Como siempre, mamá. —Él solo sonrió y la miró con expresión inocente.



-De acuerdo, Autumn, siéntate sobre mis piernas y Lisa, empuja la silla lo más fuerte que puedas —dijo Jeff.

Estábamos fuera del hospital. Había dejado de nevar y habíamos llevado a Jeff con su silla por la acera hasta el parque del hospital. Él había decidido que la acera tenía el ancho suficiente y la inclinación adecuada para ser la rampa perfecta.

—¿Por qué mejor no pruebas esas? Están hechas especialmente para sillas de ruedas —señalé las hamacas en la zona de juegos.

—¿Eres una gallina, Autumn?

—De hecho, sí. Parece que sería bastante doloroso golpear mi cabeza contra ese poste de allí.

—Iré con o sin ti, así que será mejor que me protejas —dijo al posicionar la silla de ruedas.

—¿Con mi cuerpo?

—No dejaré que te hagas daño.

Había tantas cosas mal en esa escena, de las cuales la menos importante era

estar subiéndome al regazo de un paciente en recuperación. Lisa se mantuvo en silencio durante todo el intercambio y, cuando la miré en busca de ayuda, ella pareció notar mi incomodidad.

—Yo lo intentaré primero para ver si es seguro.

—Nop, Autumn y yo primero.

Lisa me miró y abrió bien los ojos, casi como si me instara a decir que no.

Abrí la boca para hacer precisamente eso, pero después cometí el error de mirar al rostro esperanzado de Jeff y dije «Vale».

Jeff palmeó su regazo con las dos manos.

—Siento que voy a hacerte daño —apoyé una mano en el reposabrazos—. ¿Sientes dolor en las piernas?

—No. Mis piernas están ilesas. No vas a hacerme daño.

Respiré profundamente y subí a su regazo.

—Ay. —Inhaló entre dientes. Yo me levanté de un salto, pero él me cogió de la cintura, riéndose—. Solo estoy bromeando. Siéntate.

Tenía el corazón en la garganta y había pasado tanto tiempo desde la última vez que formé parte de una de las «aventuras» de Jeff que ya había olvidado que así era cómo me sentía siempre en ellas; al borde del pánico.

Me senté de todas formas, un brazo alrededor de sus hombros y el otro incómodamente en mi espalda, sujetando el reposabrazos. Se estaban formando gotas de sudor en mi labio superior mientras me imaginaba bajando a toda prisa por la acera y lastimando a Jeff otra vez. Su madre me mataría.

—De acuerdo, Lisa, danos impulso —se inclinó a la derecha y quitó la traba de la rueda.

Ella se acercó a la silla y me miró una última vez, como preguntándose si realmente quería hacerlo. Cerré los ojos y asentí. Sentí cómo avanzaba la silla de ruedas. Después los volví a abrir para poder ver si en algún punto tendría que saltar.

—Estás muerto para mí —le murmuré a Jeff.

Él rodeó mi cintura con un brazo y rio.

Cuando comenzamos a coger velocidad, la risa de Jeff se redujo a una risita nerviosa. Eso no ayudó a mi ya vívida imagen de cómo acabaría aquello. Como si lo supiera, alcanzamos una zona plana, chocamos contra una protuberancia en la acera, la silla se elevó por un segundo en el aire. Aterrizamos en el suelo y nuestras cabezas se chocaron. La silla finalmente se detuvo al llegar a una porción de césped al final de la acera.

—¿Estás bien? —le pregunté. Salté de sus piernas y examiné su cabeza donde la mía la había golpeado.

—Estoy bien. Tengo una cabeza dura.

Me palpitaba la sien, pero resistí la necesidad de frotarla. Deseé que no se hiciera una magulladura. Debí haber sido buena fingiendo, porque él no me preguntó si me había hecho daño.

—¿Estáis bien? —Lisa llegó corriendo hasta nosotros. Pensé que estaba mirando a Jeff, pero estaba preguntándomelo a mí.

—Estoy bien. Estoy bien.

—Subidme de nuevo. —Jeff elevó las manos en el aire—. Es tu turno, Lisa.

—No creo que sea buena idea —le dije. Seguramente un chico que acababa de darse un golpe en la cabeza no debía arriesgarse tanto.

—Estás arruinando la diversión.

Intenté pensar si alguien le habría dicho que no a las hazañas de Jeff antes del accidente. Siempre estaba proponiendo aventuras alocadas y siempre le seguíamos la corriente, con mi ansiedad de compañera.

—Te empujaré en las hamacas. —Volví a proponerle.

—Después de una vuelta más con Lisa.

Y se hizo exactamente como él quiso. Primero se deslizaron por la colina, conmigo en la cima, mi preocupación manteniéndolos a salvo, después él y

su silla de ruedas en la hamaca especialmente diseñada.

Estaba claro que estaba cansado, pero necesité otros diez minutos convencerlo de que deberíamos regresar.

—Fue la mayor diversión que he tenido en mucho tiempo —dijo mientras lo llevábamos de regreso a su habitación—. No quiero que termine.

—No es tu último día de diversión, Jeff —le respondí—. Habrá muchos más. Tienes que tomártelo con calma.

—Sí, mami —se burló, pero se dio la vuelta y me dio una palmadita en la mano.

Me sentí como su madre durante la hora que habíamos pasado y no me gustó. No me gustaba tener que ser la razonable, pero alguien tenía que hacerlo.

Lo devolvimos a su habitación, se lo entregamos a su verdadera madre y nos marchamos.



Mi madre estaba esperándome en mi habitación cuando llegué a casa.

—Hola, ¿qué sucede? —le pregunté.

—¿Qué ha pasado? —Ella inclinó la cabeza y analizó el lado de mi rostro.

—¿Qué? —Levanté la mano y sentí un chichón en donde mi cabeza había chocado con la de Jeff—. Ah, juegos de sillas de ruedas que salieron mal. ¿Dónde están papá y Owen?

—Minigolf.

—¿Owen está enfadado conmigo? No he pasado mucho tiempo con él esta semana.

—Él estará bien. ¿Cómo estás tú, Autumn?

—Estoy bien. —Después decidí ser honesta, porque sabía que ella podía notarlo—. Algo estresada últimamente.

—Eso pensaba. Quizá sea momento de que te tomes un descanso. Unos días sin hospital, amigos o instituto. Quédate en casa y relájate.

Eso sí que sonaba bien, pero no aliviaría mi mente.

—Has estado tomando tu medicación, ¿verdad?

—Sí. —No podía imaginar cómo me sentiría sin ella—. Creo que mucho de esto es circunstancial y espero que cuando Jeff salga del hospital, las cosas estén bien otra vez.

—¿Estás cuestionándote lo que sientes por él?

—Estoy cuestionándome todo.

—No hay nada de malo en pensar las cosas. Pero es importante que tomes la decisión que sea buena para ti.

—Él está en el hospital.

—Lo sé. —Ella sonrió—. Y eso te hace sentir culpable. Pero más allá de eso, tienes que vivir tu vida, no la de él.

—Lo sé. Gracias, mamá.

Desaté mis zapatos y estaba quitándomelos cuando ella se dirigió a la puerta.

—Ah. —la llamé—. ¿Has visto un libro? ¿*Hamlet*? Lo dejé en la cocina antes de ayer.

—Creo que sigue ahí.

—Gracias. —Dejé mis zapatos en el armario y fui a la cocina en calcetines. Cogí el libro que estaba en la mesa. Casi por costumbre, pasé las páginas en busca de la carta. No estaba ahí. Volví a pasarlas, sin otro resultado.

—¡Mamá! —Esto no era bueno. Revisé la encimera. Había una pila de correspondencia junto al teléfono, la revisé, pero no encontré nada. Busqué en el suelo debajo de las alacenas, incluso saqué el cubo de la basura y comencé a revisarlo.

—¿Qué estás haciendo? —Mi madre apareció en la cocina.

—Había una carta. Me falta una carta.

—Cálmate. La encontraremos. ¿Cómo era?

—Como una carta. Un sobre blanco con algo escrito.

Mi mano tocó los restos pegajosos de macarrones con queso. La sacudí y

abrí el agua para lavármela con jabón. Necesitaba una bolsa vacía para poder pasar la basura. Me dirigí a la despensa.

—¿Tenía sello?

Me detuve y me volví para ver el rostro preocupado de mi madre.

—Sí... ¿por qué?

—Pensé que buscabas una carta. Como una hoja escrita.

—No... entonces, ¿la has visto?

—La he enviado.

—¿Qué?

—Estaba allí, sobre la mesa, dirigida y lista para irse. Pensé que tal vez uno de los amigos de Owen o de los tuyos necesitaba enviarla.

—No, estaba en el libro.

—No, no estaba en un libro. —Ella frunció el ceño—. Estaba sobre la mesa.

—Ay, *no*. —Debió caerse—. Él va a matarme.

—¿Quién va a matarte?

—¿Cuándo la enviaste? ¿Ayer?

—Sí.

—Iba a Salt Lake. ¿Crees que ya haya llegado?

—Probablemente.

—Maldición, maldición, maldición. —Se me ocurrió una idea salvadora—. Tengo su dirección. En mi teléfono. La busqué en mi teléfono. —Corrí a mi habitación y volví a ponerme los zapatos—. Tengo que ir a hablar con ella.

—¿Hablar con quién? —preguntó mi madre desde la puerta de mi habitación.

—Con su madre. Tengo que hablar con ella. Quizá me devuelva la carta. Voy a arreglar esto.

—Autumn, no creo que debas ir a ningún sitio tal y como estás ahora.

—Mamá, por favor. Si no lo hago voy a volverme loca. A volverme loca de verdad —aseguré—. ¿Puedes confiar en mí? Tengo que hacer algo.

—Enséñame tus manos.

Las extendí frente a mí. Sorprendentemente, estaban tan firmes como era posible.

—Llámame de camino a casa —asintió.

—De acuerdo. ¡Gracias! —Le di un beso en la mejilla y salí corriendo.



El complejo de apartamentos estaba en una parte escalofriante de Salt Lake. Era bueno que mi madre no supiera a dónde iba, porque de ningún modo me lo habría permitido. Otra cosa buena: aún era temprano por la tarde, así que el paisaje no era tan escalofriante como debía ser al caer el sol.

Atravesé las amplias puertas de cristal y subí algunos escalones anchos. El ascensor no parecía funcionar muy bien, así que seguí por las escaleras hasta el cuarto piso. El corredor olía a moho y a canela, lo que me dio algo de náuseas. Pasé por una maceta volcada en medio del corredor, con tierra desparramada por la alfombra. Al llegar a la puerta, me sequé las manos sudorosas en los pantalones.

La mujer que abrió la puerta tenía el cabello cano y los ojos de Dax. *Por favor, que esto salga bien.*

—Hola.

—¿Puedo ayudarte?

Miré al interior del apartamento por encima de su hombro. Quizá podría

ver una pila de correspondencia en algún lugar. No la vi. Todo lo que vi fue un monoambiente bien ordenado. Había un pequeño sofá con una manta tejida al fondo. Una biblioteca con libros cuidadosamente organizados. Una cocina con encimeras limpias y una tetera sobre la vitrocerámica. Todo estaba en su lugar. No sabía qué estaba esperando, pero no era eso. No una mujer con mirada clara y aspecto saludable, con un pulcro monoambiente.

—Ehh. ¿Ha recibido el correo hoy?

Ella soltó un leve jadeo y supe que la había recibido. Supe que ella sabía que estaba ahí por eso.

—Mi madre le envió esa carta por accidente. Él no está listo para recibir ninguna clase de respuesta ahora. ¿Puede respetar eso?

—Pasa. —Ella abrió la puerta por completo.

Pasé. Nos sentamos juntas en el sofá. Yo desesperada, ella tranquila. Como Dax.

—Conoces a mi hijo —afirmó.

—Así es. Él olvidó un libro en mi casa con esa carta en su interior. Él no sabe que usted la tiene.

—Demasiado bueno para ser real. —Ella sonrió con tristeza.

—¿Usted iba a responderle?

—Por supuesto, ya he comenzado a hacerlo —dijo y levantó un papel de la mesa de café junto a nosotras, que no había podido ver desde la puerta. De abajo, sacó el sobre de Dax. Tenía rasgado el extremo por donde la había abierto. Ella recorrió con su dedo la dirección del remitente—. No tenía idea de dónde estaba.

—Él ya no está ahí. Vive en otra casa.

—¿Cómo está?

—Él está... —Mi corazón resonó con varios latidos fuertes—. Increíble. Tiene un hijo increíble.

—Eres su novia. —Volvió a levantar la vista hacia mí—. No lo había notado.

—No. No lo soy. Dax no... —él no forma vínculos, estuve a punto de decir, pero en su lugar terminé con—, él no quiere eso.

—Lo lamento.

Ella obviamente sabía que yo quería algo con Dax. Y sí lo quería, me di cuenta, mientras estaba allí sentada, desesperada por recuperar la carta por él. Desesperada por arreglar la situación. Finalmente supe lo que quería y lo agrídulce que parecía en ese momento.

—Y, ¿qué necesitas de mí...? —Ella estaba esperando mi nombre.

—Autumn —le informé.

—Autumn, ¿qué puedo hacer por ti?

—No enviar lo que sea que esté escribiendo. No aún, al menos. ¿Me daría una semana para contarle lo que ocurrió?

—Por supuesto. —Ella sonrió y supe que Dax también había heredado eso de su madre—. Pero después puedo enviarle esto, ¿verdad? He cambiado mucho y me gustaría que él lo supiera. Además, él hace preguntas legítimas aquí. Preguntas de las que necesita respuesta, incluso si no quiere tener nada que ver conmigo.

—Sí. Debería enviarla en una semana.

—¿Podrías escribir a dónde debo enviarla? —Tomó el bolígrafo de la mesa de café y me la entregó.

Observé el bolígrafo. Tal vez debía dejar que la enviase a la dirección escrita en el sobre. Eventualmente se la enviarían a él, supongo. Pero eso solo sería retrasar lo inevitable. De cualquier manera, tendría que decirle lo que había hecho cuando le devolviera el libro sin la carta. De esa forma, con una carta de ella en las manos, él vería que su madre había cambiado. Esa mujer no era la misma que se había alejado de Dax. Y, con ese tatuaje grabado en

su brazo, él nunca habría enviado la carta por sí mismo. Las cosas pasan por una razón. Quizá esto también. Quizá esto lo ayudara con sus problemas con el compromiso. Conmigo.

—¿Por qué no lo ha buscado durante todos estos años? —le pregunté mientras cogía el bolígrafo y el sobre.

—No lo merecía. Yo estaba esperándolo. Autumn, aún recuerdo el día en que la policía vino a mi casa para alejarlo de mí. Un oficial tenía mis metanfetaminas; el otro, a mi hijo. ¿Sabes sobre qué oficial me lancé? No me merezco ser la primera en buscarlo. Pero ahora sé que él lo deseaba. Que él también ha estado pensando en mí.

Se me cerró la garganta al escuchar la historia, me recordó a lo que ella había hecho, a quién yo le era leal. Le devolví sus cosas.

—No sé su dirección de memoria.

Ella pareció saber que no estaba siendo honesta. Sostuvo la carta en alto.

—Él ha preguntado por su padre. Necesita saberlo.

—Se la enviaré después de hablar con él. —Moví la cabeza. O, mejor aún, dejaré que él la busque. Tenía una semana para decirle lo que había hecho y, con suerte, él se lo tomaría a bien y querría la carta de su madre—. ¿Tiene un teléfono en el que podamos contactarla?

Ella asintió y lo escribió en un trozo de papel.

—Fue un placer conocerla. —Guardé el papel en mi bolsillo y sonreí.

—Para mí también, Autumn.



—Y después dijo: «Owen, tú eres el chico más honesto, listo y divertido de todo el universo».

Levanté la vista del menú que había estado mirando en la cafetería de Owen. De acuerdo, tal vez había estado mirando *más allá* del menú.

—¿De verdad dijo eso? —Él me arrojó el papel de su sorbete.

—He estado esperando toda la semana y aún no estás pasando tiempo real conmigo.

—Lo siento. Lo siento. Pero ¿ves eso? —Señalé el espacio por encima de mi cabeza.

—No.

—Bueno, lo siento. Es una bomba de tiempo. Está descontando los segundos hasta el momento en que le regrese a Dax su libro sin la carta.

—¿Y cuándo será eso?

—¿Nunca? ¿Puedo no decírselo nunca?

—Cuanto antes se lo digas, menos ansiedad sentirás.

Le había contado a mi hermano lo sucedido. Sobre todo, porque mi madre les había anticipado a él y a mi padre la historia de la carta y todos querían que los pusiera en contexto cuando regresé a casa. Ya había pasado todo un día y aún no podía calmar el pavor de hablar con Dax sobre lo que había hecho.

—Lo sé.

—¿Debería llevarte a su casa?

—No. —Señalé el menú—. No, tú te vas esta noche. Tengo tiempo de hablar con él. Así que termina tu historia. Esa chica de la que estabas hablándome, obviamente es muy lista si dijo esas cosas sobre mi hermano. La apruebo.

—No las dijo exactamente, pero las vi en sus ojos.

—Apuesto a que sí. —Reí.

—Y sé que es la indicada para mí —dijo en un tono anticuado.

—¿Lo sabes? —Quería volver a reír, pero me contuve—. ¿Así sin más?

—Bueno, no así sin más, pero fue casi así de fácil. ¿El amor no debería ser fácil?

—¿La quieres?

—No, pero me refiero al hecho de enamorarse. ¿No debería ser fácil?

—Sí, definitivamente no debería ser algo planificado.

—Exacto. No es algo que tengas que analizar una y otra vez. Si estás enamorado, deberías saberlo.

—¿Ahora eres un experto en el amor? —Sonreí, cerré el menú y miré alrededor en busca de la camarera.

No es que estuviera dudando de lo que había descubierto en casa de la madre de Dax. Sabía que me gustaba Dax. Solo deseaba que Owen lo hubiera conocido. Quería una segunda opinión. Todos los demás estaban del lado de Jeff.

La imagen de Dax sosteniendo mi rostro en el parque y diciendo *descubre lo que tú piensas*, apareció en mi mente. Sus ojos mirando a los míos con tanta intensidad. No necesitaba que otras personas me dijeran lo que ya sabía.

—Sé lo que pienso —dije en voz alta.

—¿Ah, sí? —Owen levantó la vista de su menú.

—Él me gusta. Mucho.

—¿Dax?

—Sí —respondí.

—¿Y no te importan los efectos colaterales que esa decisión tendrá con tus amigos?

—No me importan.

—Bien por ti —Él sonrió.

—Sin importar lo que pase con Dax, Jeff no es bueno para mí. Deseé que lo fuera durante tanto tiempo que ignoré la forma en que me hace sentir cuando estoy con él; siempre al límite, preocupada por lo que hará o dirá a

continuación. No noté la diferencia hasta que conocí a alguien que me ayuda a relajarme.

Solo me quedaba asegurarme de no haber estropeado todo. Y necesitaba decirle cómo me sentía. Eso tampoco sería una tarea fácil; convencer al chico que no forma vínculos de que podríamos ser diferentes. Retorcí la pulsera rosa en mi brazo. Pero tenía que intentarlo.



El lunes, mientras cogía *Hamlet* de mi mesita de noche, repasé por millonésima vez cómo sería el día. El espejo de cuerpo entero detrás de mi puerta me mostró lo nerviosa que me sentía por lo estaba a punto de hacer. Estaba a punto de devolverle el libro a Dax sin la carta en su interior. Así era como comenzaría la conversación. Quizá volviera a llevarlo al invernadero. ¿A quién le importaba si teníamos que perdernos la primera hora? Podríamos hablar de eso. Después le diría que me gustaba.

Estiré mi jersey verde, uno de mis favoritos, y arreglé uno de mis rizos sueltos. Sí, había puesto atención extra a mi aspecto ese día. No había nada de malo en intentar distraer al chico al darle noticias impactantes.

Pero Dax no estaba junto a los autobuses, donde siempre lo veía por las mañanas. Y mi búsqueda por los pasillos del instituto tuvo el mismo resultado. Di la vuelta a la esquina, pensando que podría intentar encontrarlo en su clase de primera hora, cuando casi choco con Dallin.

—Autumn —dijo, muy formal.

—Sí, ¿Dallin?

—Hoy es tu día en el hospital. Aún planeas ir, ¿verdad?

—En realidad, hoy me viene fatal. ¿Sabes si alguien querrá cambiar?

—¿En serio? ¿Tienes que ver a alguien más? —Me miró con la misma expresión petulante que en el hospital, cuando me vio con Dax.

—No, es solo... —Eso era exactamente lo que planeaba hacer—. No importa. Iré. —Necesitaba hablar con Jeff de todas formas. Podría hablar con él primero.

—No, si eres demasiado buena para que se te asigne un día, entonces puedo encontrar a alguien más.

—Dallin. Para ya, ¿vale? Iré.

—Vale. —Levantó las manos en señal de rendición—. Porque a pesar de todo, a Jeff parece gustarle.

—Eres un idiota, ¿lo sabes?

—Solo cuando creo que alguien está jodiendo a mi amigo.

Quería discutirse, pero yo *estaba* a punto de joder a su amigo y eso hizo que mi interior se retorciera de culpa. Tuve que recordarme a mí misma que era mi vida la que tenía que vivir. La de nadie más. Hablaría con Jeff esa tarde.



Jeff y sus padres estaban jugando a un juego de mesa cuando entré a la habitación. Supe que Jeff estaba siguiéndoles la corriente por la expresión de su rostro. La bandeja extendida sobre su cama era demasiado pequeña para el tablero, pero *El juego de la vida* estaba colocado lo mejor posible sobre ella.

—¡Autumn! —exclamó él y el pequeño coche con las personitas encerradas voló sobre sus piernas.

—Hola.

—Ven a jugar con nosotros. —Colocó un pequeño coche verde en el tablero y le agregó una personita de color rosa. Cogí una silla y su padre me entregó un fajo de dinero y una tarjeta de profesión: «Profesora». Cuarenta y siete mil dólares de salario.

La estructura del juego calmó un poco mis nervios y, en poco tiempo, estaba riendo con Jeff.

—Quiero cambiar de carrera —anunció diez minutos después, cuando llegó a la casilla correspondiente.

—Pero eres un cirujano y tienes el mayor salario posible en el juego —le dije.

—No baso mis decisiones en el salario, Autumn. Las baso en satisfacción laboral y estoy insatisfecho. Estoy demasiado tiempo lejos de mi mujer y mis gemelos. Necesito un cambio en mi vida.

—Siempre tienes que ser feliz con tu elección laboral. —Su mamá rio—. Una sabia decisión.

—Pero hay que decir algo sobre seguridad también —insistí.

—Muy cierto —coincidió el padre de Jeff.

—Escucháis eso, ¿papá, mamá? Autumn es una cazafortunas. Si no le llevo a casa mucho dinero, será infeliz.

—Lo siento, Jeff, pero estoy subida en mi propio coche, con mi propio marido encastrable azul y llevo a casa un salario de profesora. Abandonar tu carrera de cirujano no me afectará a mí.

—Te afectará, totalmente. —Me lanzó su tarjeta de cirujano como un frisbee.

—¿Qué quieres ser realmente cuando crezcas? —le pregunté, al darme cuenta de que eso era algo más que no sabía de él.

—Piloto de motocross.

—¿De verdad?

—No, pero suena divertido. Tal vez lo haga en mi tiempo libre.

—¿Qué quieres hacer *tú* cuando crezcas? —me preguntó el señor Matson.

—Creo que quiero ser psicóloga. —Porque eso era seguro y para nada arriesgado. Mi psicóloga me había ayudado tanto con el pasar de los años, que quería ayudar a otros.

—No sabía eso —dijo Jeff—. Pensé que harías algo relacionado a la fotografía.

—Sí, yo...

—Psicología es una buena opción —afirmó su padre—. Jeff necesita decidirse.

—Oh, por favor, tengo diecisiete. Tengo toda la vida por delante.

—Sí, así es. —Su madre acarició su brazo—. Eres afortunado.

Allí sentada, en el hospital, con su familia, no pude evitar pensar que era realmente afortunado por haber sobrevivido al accidente de coche y que estaría bien. Ambos estaríamos bien.

—Es tiempo de tu tortura diaria. —Un hombre con una larga bata blanca entró en la habitación—. Análisis de sangre y rehabilitación.

—Pero mi chica está aquí, ¿no pueden esperar?

¿*Mi chica*? ¿Él acababa de llamarme *mi chica*? No me podía creer que él hablara de esa forma sin comentarlo conmigo primero. No es que me sorprendiera. Jeff parecía hacer muchas cosas sin pensarlas primero.

—Te daré treinta minutos —dijo el médico.

—Treinta minutos. Eso significa: todos los adultos fuera de la habitación —pidió Jeff.

Su madre sonrió, pero levantó el tablero y lo dejó a un lado, junto con el bate de béisbol de Dallin. Y todas las tarjetas de buenos deseos y dibujos de los que acaba de percatarme. Yo nunca le llevé nada. Mi estómago comenzó

a tensionarse por la anticipación de estar a solas con Jeff y por la conversación que finalmente debíamos tener.

La puerta se cerró detrás de sus padres y yo me giré para encararlo.

—¿Cómo va la rehabilitación?

—He envejecido sesenta años en dos semanas. Necesito un andador y un tubo de oxígeno.

—¿Y el dolor? ¿Cómo va eso?

—Analgésicos una vez al día, doctor. ¿Por qué estás tan seria?

Porque no quería enfrentar lo que tenía que hablar con él. Ni siquiera estaba segura de cómo comenzar. Quizá no tenía que hacerlo. Quizá él ya tenía algo de información.

—¿Has hablado con Dallin?

—Sí, el viernes. Seguramente recuerdas que actuamos como idiotas.

—Lo recuerdo. ¿No has hablado con él desde entonces?

—No, ¿por qué? —respiré profundamente.

—¿Conoces a Dax? ¿Del instituto?

Su expresión se frunció como si estuviera pensando.

—¿Dax Miller? ¿El drogadicto?

—Él no es un drogadicto.

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, él estaba en la biblioteca con...

La puerta se abrió y Dallin apareció.

—Escuché que te liberan de este lugar el miércoles.

—¿Regresas a casa el miércoles? —Mi mirada pasó de Jeff a Dallin y volvió a Jeff—. No me lo dijiste.

—Estaba a punto de hacerlo. Oye, Autumn, el miércoles regreso a casa.

—Eso es genial. Realmente genial.

—Estoy de acuerdo —asintió Jeff.

—Yo también —Dallin deslizó una silla de ruedas por la habitación y se sentó frente a mí, junto a Jeff—. Así que, el viernes por la noche es el partido de baloncesto, pero el sábado por la noche daré una fiesta de *Jeff es libre*. En mi casa. ¿Te apuntas?

—Ya que mi nombre está en el título, mejor que lo haga. —Jeff sonrió.

—¿No es demasiado para ti, demasiado pronto? —le pregunté.

—¿Conoces a mi doctora, Dallin? Doctora Autumn.

—Muy gracioso, pero hablo en serio.

—Sé que lo haces. —Cogió mi mano—. Pero estaré bien —después se dirigió a Dallin—. ¿Aún hay nieve en esa colina en tu jardín trasero? Tenemos que ir al depósito de coches antes del sábado.

—Sí y sí.

Ya se había terminado mi conversación con él durante ese día. Tenía la sensación de que Dallin estaba ahí a propósito. Yo había invadido su día, así que él estaba haciendo lo mismo. Pero estaba bien; mi conversación con Jeff podía esperar. Tal vez hasta después de la fiesta. Jeff tendría una semana excitante. No tenía que fastidiársela.



Dax estaba de pie en la entrada de mi casa cuando llegué. Una embarazosa oleada de alivio recorrió mi cuerpo. Él estaba ahí. Yo lo necesitaba y él estaba ahí. Después recordé que tenía que hablarle primero, antes de poder decirle que era increíble. Mis ojos se posaron en su libro, que estaba sobre el salpicadero de mi coche. Lo metí entre los asientos y bajé la ventanilla.

—Sube. —No quería arriesgarme a que mis padres nos interrumpieran.

Él me escuchó, subió al asiento del acompañante y yo conduje, sin destino en mente.

—Me preocupó que estuvieras enfermo hoy. No te vi en el instituto. Me alegra mucho verte. He tenido un día muy extraño. Unos días muy extraños, de hecho. Necesito hablar de eso. —Puse mi mano sobre la suya, pero él no la cogió ni se movió en absoluto. Su mirada estaba fija al frente. Su expresión era oscura.

—¿No querías que entrara y conociera a tu familia? —preguntó.

—¿Qué? No. Sí quería. Quiero. Me encantaría que los conozcas, pero

necesito hablar contigo.

—Para por aquí. —Señaló un complejo de oficinas. Entré en el aparcamiento y me detuve frente a la consulta de un dentista.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Todo está bien en el hogar? ¿Estás bien? —Me acerqué, rodeé sus hombros con mis brazos y le di un beso en la mejilla. Si necesitaba despejar su mente de algo, lo ayudaría encantada. Podría servirme de distracción también. Él estaba tan rígido como le era posible, sin moverse para corresponderme en absoluto, sin siquiera descruzar los brazos de su pecho—. ¿Dax? ¿Qué sucede? —Tiré de sus brazos, jugando.

—Viste a mi madre.

—Ah. —Ah. Toda esa ira estaba dirigida a mí. Me hundí en el asiento. ¿Quién se lo había dicho? Se suponía que yo se lo diría. Había planeado hacerlo con tacto—. ¿Sí?

—¿Le enviaste mi carta?

—No... yo no. Mi madre la envió por accidente. Se había caído del libro. Ella la vio en la encimera así que la envió. Lo lamento mucho.

—Pero ¿tú casualmente recordabas su dirección?

—No, la busqué en mi móvil cuando la encontré, porque sentía curiosidad por saber dónde vivía. Y después, cuando la carta fue enviada... Probablemente suene increíble, pero juro que no se trató de ningún plan organizado ni nada. Todo fue un gran accidente.

—Pero tú planificas todo. Haces reglas para todo.

—No, no para todo.

Él no me miraba, solo mantenía la vista en el parabrisas, como si eso fuera todo lo que podía hacer para contener su ira.

—¿Que subieras a tu coche y condujeras hasta la casa de mi madre fue un accidente?

—Bueno... no esa parte. Para ese entonces estaba tratando de arreglar el

error.

—*Ese* fue el error.

—Lo sé. —Mi pecho estaba cerrado, se me había cortado la respiración. Pero no quería usar eso como excusa para no tener esa conversación, así que traté de controlarme.

»¿Quién te lo ha dicho?

—Ella.

—¿Tú madre? —Me quedé sin aliento—. ¿Ella te lo ha dicho? ¿Ella ha ido a tu casa?

—Sí. Con la carta en mano y me contó todo sobre su nueva amiga Autumn.

—¿Cómo te encontró?

—Siguió el rastro de la dirección del remitente.

—Pero se suponía que no iba a hacer eso. Dijo que solo quería enviarte una carta con cosas importantes que necesitabas saber sobre ti mismo. Y que esperaría hasta que yo volviera a comunicarme con ella. Esperaría hasta que pudiera hablar contigo.

—Ella miente. Todo el tiempo. Hace lo que sea necesario para obtener lo que quiere.

—Lo lamento mucho. Solo quería arreglar las cosas.

—¿Por qué? —Finalmente me miró y deseé que mirara para otro lado. Había mucho odio en sus ojos.

—No lo sé. Quería ayudar. —Una lágrima se me escapó y la sequé rápidamente—. Ella dijo que había cambiado. Yo... —¿En qué estaba pensando?

—No soy tu caso secreto de caridad, Autumn.

—¿Secreto? No eres un secreto.

—¿No lo soy?

—Yo... —No a propósito. Pensé que él no quería ser visto conmigo en el

instituto—. Le hablé a Lisa de ti... de nosotros. Y a mi hermano.

—Mantente fuera de mis asuntos —dijo él—. Dijiste que solo era una distracción. Sin vínculos. Esto va más allá de ser un vínculo si sientes la necesidad de arreglar mi vida.

—No te preocupes, ya me has curado de querer cualquier vínculo. —Asentí y más lágrimas cayeron de mis ojos.

Él abrió la puerta del coche, salió y la cerró de un golpe. Después se alejó. Yo me quedé allí, el corazón me dolía tanto que me sentía como si alguien lo estuviera apretando con el puño. No me fui hasta que calmé mi corazón acelerado, lloré todas mis lágrimas y cualquier sentimiento que tuviera por Dax con ellas. Tal vez me había hecho un favor.



Los mensajes comenzaron a la mañana siguiente mientras estaba en mi cama, cogiéndome un día libre por mi salud mental. O quizá fuera un día libre por mi corazón roto. De cualquier manera, necesitaba tiempo libre y mi madre estuvo de acuerdo.

Lisa: ¿Dónde estás?

Yo: No me encuentro bien, me quedaré en casa durante unos días.

Lisa: ¡Ay, no! ¿Puedo llevarte sopa?

Yo: No, estaré bien pronto.

Lisa: Espero que para el fin de semana, porque será épico.

Miércoles.

Jeff: ¡Hoy he salido del hospital! ¿Puedes venir a verme? Estoy muy aburrido.

Yo: ¡Felicidades! No puedo ir hoy. He faltado al instituto. Pero quizá pueda pasar por tu casa mañana.

Jueves.

Lisa: ¿Sigues enferma? Usaré una máscara si me dejas ir a visitarte.

Yo: No necesitas máscara. Me siento mucho mejor.

Lisa: ¡Hurra! Justo a tiempo para el partido de mañana.

Yo: No estoy segura de que vaya a eso.

Lisa: Jeff estará allí.

Yo: ¿Dallin todavía quiere hacer esa fiesta el sábado?

Lisa: Sí.

Yo: Intentaré ir. Probablemente falte al partido de baloncesto.

Lisa: ¿Por qué?

Yo: Créeme, es una buena decisión.

Unas horas más tarde, mientras estaba recostada, envuelta en mi colcha viendo una película, recibí otro mensaje.

Jeff: Pensé que vendrías hoy.

Yo: Me he quedado en casa otra vez.

Jeff: ¿Estás bien?

Yo: Me encuentro mucho mejor.

Jeff: Bien, te echo de menos.

Me tragué el nudo de mi garganta. Yo también lo extrañaba. Al igual que extrañaba a todos mis amigos. Pero eso era todo. Amistad. Y tenía que decírselo. Tal vez ese era otro motivo por el que me había quedado en casa toda la semana. Era buena evitando las cosas.



Viernes.

—¿Estás segura de que estarás bien aquí sola? —preguntó mi madre. Estaba arreglada, lista para ir a la fiesta de su trabajo con mi padre.

—Soy positiva. —Crucé los dedos—. Lamento no ir contigo. Le prometí a papá que iría cuando él me permitió ir a la cabaña.

—Oh, por favor —sonrió—, esto sería como una tortura para ti. Además, no fuiste a la cabaña, así que no estás rompiendo ninguna promesa.

—Eso es verdad.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor. Gracias por dejar que me quedara en casa esta semana.

—Por supuesto. Necesitas cuidarte a ti misma.

—Lo sé. Es por eso que hoy también me quedaré en casa durante el partido de baloncesto. Solo de pensarlo me da escalofríos.

—No hay nada de malo en eso. Creo que a veces te preocupas demasiado por lo que pensarán tus amigos si no vas a algún lugar, pero no lo suficiente por cómo te sientes.

—Lo sé. Bueno, ahora lo sé. Estoy trabajando en eso. —Dax estaba equivocado. No necesitaba hacerles un gran anuncio a mis amigos sobre mi ansiedad, solo necesitaba aprender a decir que no y a cuidar mejor de mí misma.



El timbre sonó a las 18.45 y pensé en no contestar. No estaba esperando a

nadie y no quería hablar con un vendedor. Pero después volvió a sonar, así que suspiré y caminé hacia la puerta. Cuando la abrí, vi un segundo del rostro sonriente de Dallin antes de que él pusiera la funda de una almohada sobre mi cabeza.

Grité y traté de quitármela, pero después me sujetaron las manos a los costados con alguna clase de sogas o cinta.

—Se ha solicitado tu presencia —dijo Dallin—. Estás siendo secuestrada.

—Dallin, por favor. No hagas esto. No es agradable. —Ya podía sentir cómo se me aceleraba el pulso, cómo se me cerraba el pecho. *Solo es Dallin*, me dije a mí misma. Estaré bien. Pero esa lógica no ayudaba. Era la funda sobre mi cabeza. Necesitaba que me la quitaran. Me sentía ahogada, atrapada, confinada—. Quítamela. Por favor. No soy uno de tus estúpidos amigos. —Sabía que le había hecho eso a Zach antes. En el cine. Solo estaba haciéndome lo mismo. Pero yo no podía soportarlo como Zach.

Dallin me llevó con mis pies inestables hasta un coche. Podía escuchar que ya estaba encendido. Se abrió una puerta y me metió dentro. No estaba segura de que los demás chicos estuvieran allí; Zach o Connor.

—¿Alguien puede quitarme, por favor, la funda de la cabeza? Me encuentro mal.

Hubo una ligera risa, pero nadie me ayudó. Se encendió la radio y el coche comenzó a moverse. Nadie me había abrochado el cinturón de seguridad.

—Necesito un cinturón —dije.

—¿Un cinturón? —La voz estaba justo junto a mi oído, después una voz detrás de mí dijo lo mismo. Eran fuertes, distorsionadas. Pero alguien me abrochó el cinturón.

Durante el viaje, las diferentes voces gritaron cosas estúpidas. Cosas como: «¡No te pases la señal de stop!» y «¿Ese es un policía?», que en parte deseé que fueran ciertas. Tal vez los hiciera detenerse y estuvieran en problemas

por tener a una chica con una funda en la cabeza en su coche. Creí reconocer la voz de Zach. Y obviamente la de Dallin, pero no estaba segura de quién más estaba allí. Bien podrían haber sido solo ellos dos. Más tarde o más temprano me quitarían esa cosa de la cabeza, así que traté de mantenerme bajo control.



Después de al menos otros diez minutos de comentarios desagradables, el coche redujo la velocidad. Yo no había logrado mantenerme para nada bajo control. Podía sentir el sudor y las lágrimas cayendo por mi cara. Probablemente también hubiera mocos en mi nariz. Pero ellos no habían acabado. Un último grito hizo que se me detuviera el corazón. Era la voz de Dallin.

—¡Oye, mira, tu novio está aquí, Autumn! No sabía que le gustaba el baloncesto.

—¿Estás señalando a Dax Miller? —preguntó Jeff.

—Sí, deberías preguntarle a Autumn por él. Se hicieron muy amigos mientras estabas en el hospital. —Deseaba golpear a Dallin. Entendía que debía odiarme por sus muchas irritantes razones en ese momento, pero ¿él no entendía de tiempos, no se daba cuenta de que estaba haciendo daño a su mejor amigo?

El coche se detuvo y me ayudaron a salir. Luché hasta que alguien me liberó y me quitó la funda de la almohada. En todo lo que podía pensar era en salir de allí. *Quería salir de allí.*

—Autumn —dijo Jeff y me miró a los ojos. Estaba bajando en su silla de ruedas de la camioneta en la que debíamos haber venido—. Cálmate. Solo

somos nosotros.

Miré alrededor y vi a Lisa, Zach, Connor, Morgan y también a Avi. Todos estaban mirándome como si estuviera un poco loca. Limpié mi rostro, aún pensando hacia dónde podría correr.

—Sabías que éramos nosotros, ¿cierto? —preguntó Lisa.

—Ella me vio y nos escuchó todo el tiempo —dijo Dallin—. No sé por qué está volviéndose loca.

—Por nada. Estoy volviéndome loca por nada. Eso es lo que sucede cuando tienes un trastorno de ansiedad y alguien te pone una bolsa en la cabeza y te ata las manos. ¡Tengo ansiedad! —lo grité a toda voz—. ¿Eso te hace feliz, Dallin? ¿Saber que acabas de desatar un ataque?

Como una unidad, mi grupo de amigos se acercó a mí, cerrando el círculo.

—No puedo —les dije—. Solo necesito espacio. Solo dadme espacio. — Me abrí paso entre Lisa y Avi y corrí por el aparcamiento directa al invernadero, en donde me encerré y traté de pensar en cómo regresaría a casa.



Sentí la ráfaga de viento que entró por la puerta antes de darme cuenta de que alguien la había abierto. Durante los últimos quince minutos había estado hecha un ovillo en el suelo de tierra del invernadero, analizando mi actuación de esa noche. Fue bastante épica. Yo, con aspecto alocado y salvaje, gritando sobre ataques de ansiedad, mientras mis amigos se preguntaban cómo era posible que su broma hubiese terminado con una reacción tan exagerada. Sabía que estaba exagerando en el momento, pero no era algo que pudiera detener. Y entonces, fuera de todo eso, cuando mi cuerpo se había calmado y mis lágrimas se habían secado, lo supe con más claridad. Me pregunté quién más me habría visto en ese aparcamiento, rodeada de mis amigos como si fuera alguna clase de gato enfurecido al que intentaban amansar. Habían dicho que Dax estaba allí. ¿Ya habría entrado al gimnasio entonces? No me importaba. No iba a pensar en Dax. Hasta ese momento, en que la puerta se abrió y por un momento en que se me detuvo el corazón, pensé que podía ser él.

Pero no lo era. Era Jeff. Estaba de pie, su silla de ruedas abandonada detrás

de él. Una sola luz del exterior reflejaba la neblina en el césped y creaba un inquietante resplandor sobre las plantas muertas a mi alrededor.

—Oye —dijo él, mientras avanzaba despacio. No estaba segura de si lo hacía porque aún estaba inestable o si lo hacía por mí.

—Hola. —Me levanté y sacudí mis pantalones.

—¿Estás bien?

—Estoy en ello.

Él se detuvo junto a mí y se apoyó contra una mesa larga.

—¿Así que tienes ataques de ansiedad?

—Sí.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—Porque no quería que me tratarais diferente.

—¿Querías que te tratáramos igual? —Señaló hacia la puerta con la cabeza.

—Pensé que sí. —Reí un poco—. Pero supongo que no.

—Lo siento.

—No es tu culpa —respondí—. Debí habértelo dicho. Debí decírselo a todos.

—Te he estado buscando durante los últimos quince minutos. —Apoyó una mano sobre mi hombro—. Lisa también quería venir. Estaba preocupada por ti. —Me miró a los ojos, los suyos eran suaves e inquisidores—. ¿Debí dejar que viniera?

—No. Tenemos que hablar. —Ya no podía retrasarlo más.

—¿Es sobre Dax Miller?

—Dax es... era... un buen amigo. Esperaba que fuera algo más. Él me importa. Pero él no quiere nada conmigo.

—¿Así que soy una segunda opción?

—No. Jeff, tú me importas, pero no de ese modo.

—Ay. —Él rio, algo que me sorprendió—. Así que ni siquiera soy una

opción.

Su eterna sonrisa estaba presente en su rostro y no pude distinguir si era para esconder que estaba herido o porque esto realmente no lo afectaba para nada.

—Lo siento —dije.

—Quiero enfadarme mucho ahora mismo, porque la verdad es que querría gustarte.

—¿Pero?

—Pero sería algo ingrato de mi parte. Tú has sacrificado mucho tiempo por mí en las últimas semanas. Mi madre me ha contado cuánto has estado en el hospital y lo mucho que ayudaste. Así que, a pesar de que quisiera gustarte tanto como te gusta Dax, voy a comportarme como un adulto, a tragarme mi orgullo y dolor y a decirte que seas feliz... después de besarte.

—Eso... espera, ¿qué?

—Si me lo permites, claro. Hemos estado coqueteando durante meses y solo quiero ver si eso podría cerrar el trato a mi favor. Soy excepcional besando.

—Yo... —¿Estaba hablando en serio? No podía saberlo con Jeff. Habíamos coqueteado durante meses y tal vez eso ayudaría. Que me gustara Jeff haría que mi vida fuera mucho más fácil—. No quiero perderte como amigo. ¿Eso no haría que las cosas se volvieran incómodas entre nosotros?

—¿Y si prometo que no será extraño después?

Más reglas. Y al parecer ninguna de ellas duraba. Sabía que no le debía eso a Jeff, pero tal vez me lo debía a mí misma. Para no mirar atrás y preguntarme qué habría pasado.

Él cerró los ojos y yo me acerqué a él, después me detuve. Esto no era lo que quería. Estaba haciéndolo otra vez, intentaba hacer feliz a alguien más. Estábamos tan cerca que tuve que poner un dedo sobre sus labios para evitar

el beso.

—No puedo —susurré—. No quiero esto.

—Valía la pena intentarlo. —Él apoyó su frente sobre la mía.

Me alejé.

Sus ojos miraron por encima de mi hombro, fijos en algo detrás de mí. Miré también, pero solo vi la puerta aún abierta y su silla de ruedas vacía.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté.

—Fue... —Negó con la cabeza—. Nada. No ha sido nada.

—Siento no haber sabido lo que quería hasta ahora. Y por haber estado dando vueltas contigo durante meses —dije al recordar lo que Dallin me había reprochado.

—¿Dando vueltas? —preguntó él—. No lo has hecho. Creo que ambos estábamos analizando nuestros sentimientos. Solo parecías ir en la dirección opuesta a mí.

—Me alegra que estés mejor, Jeff. —Lo miré frente a mí, tan alto, fuerte y estable.

—A mí también.

—¿Seguimos siendo amigos?

—Por supuesto —asintió—. ¿Crees que el resto de nuestros amigos saldrán del partido temprano para ir por unos batidos con nosotros?

—Creo que nuestros amigos hacen lo que sea que digas.

—Pensaba eso también, pero tú comprobaste que esa teoría era falsa esta noche. —Me sonrió—. O puedo llevarte a casa. ¿Prefieres ir a casa?

Pensé en eso, analicé cómo me sentía. Mis hombros y mi pecho estaban liberados de un gran peso y me sentía mejor de lo que me había sentido en un tiempo.

—No, quiero ir a Iceberg.



Una hora más tarde, todos estábamos sentados alrededor de una mesa larga bebiendo batidos y comiendo patatas fritas en Iceberg. Yo golpeé mi vaso contra la mesa para conseguir atención.

—Siento no habérselo contado.

—Debiste hacerlo. —Lisa colocó una mano sobre mi brazo—. Te queremos sin importar lo que pase. —El resto de mis amigos dijo lo mismo, de una u otra manera.

—Gracias. —Era difícil recordar de qué tenía miedo. ¿De que me trataran diferente? ¿De que no me aceptaran? Yo era la que no me había aceptado a mí misma tal como era. Yo era quién necesitaba sentirse cómoda en su propia piel. Esperaba poder lograrlo en adelante.

Lisa se aclaró la garganta a mi lado y dijo por lo bajo:

—Mira quién acaba de entrar.

Miré. Era Dax. Yo estaba atrapada en el medio de la mesa, del lado del reservado, sin posibilidades de salir. No es que estuviera deseando hacerlo.

Dax pasó junto a la mesa en la que nosotros nueve estábamos sentados hacia la caja.

—Tengo una confesión que hacer —dijo Jeff en voz baja desde mi otro lado.

—¿Qué?

—Él nos vio antes en el invernadero.

—¿Qué?

—Cuando casi nos besamos. Probablemente pensó que nos besamos desde ese ángulo. Pensé que estaba protegiéndote al no decir nada.

—¿Protegiéndome?

—He oído rumores sobre él.

—Jeff. —La ira subió por mi pecho.

—Lo sé. No te enfades. Estoy diciéndotelo ahora porque he visto cómo lo mirabas cuando ha entrado. Es más que una atracción pasajera.

Dax pagó por algo que tenía en una bolsa de papel y estaba caminando hacia la puerta. Yo estaba atrapada, dos personas a mi derecha, dos a mi izquierda.

—Yo te cubro —dijo Jeff y después lo llamó—. Dax.

Él se dio la vuelta y Jeff le hizo señas para que se acercara. Y lo hizo. Jeff, incapaz de mantener a su bromista interior a raya por mucho tiempo, pasó su brazo sobre mi hombro.

—¿Estabas mirando a mi chica?

Le di un codazo a su costado y me reí. Pensé que Dax lo negaría, se mofaría de Jeff y se iría, con la sensación de que era el blanco de una broma, pero él se quedó en su sitio y miró a Jeff con la cabeza en alto.

—Sí. Lo estaba haciendo.

Eso llamó la atención de todos en la mesa, incluso la mía. Pero no me sentía excepcionalmente compasiva hacia Dax, considerando nuestra última interacción.

—Me alegro de que estés mejor —le dijo a Jeff. Después a mí—. Me alegro de que todo haya vuelto a la normalidad.

Definitivamente no le debía a Dax una explicación, no después de cómo me había tratado. Unas semanas atrás, a pesar de lo que Dax había hecho, habría estado tentada de explicarle todo, de asegurarme de que aún le gustaba.

—Aún tienes la pulsera —dije en lugar de responder a su afirmación. Yo me había quitado la mía después de la pelea en el coche.

—Me recuerda a una relación que no quiero perder. —Sus ojos fueron hasta mi muñeca desnuda.

—Pero te has declarado independiente. Sin compromisos. —Mi corazón dejó de latir por un instante.

Él me hizo una señal con la cabeza, después se despidió del resto de la mesa.

—Nos vemos.

—¿No vas a ir tras él? —preguntó Lisa mientras Dax atravesaba la puerta.

Miré a los demás rostros de mis amigos en la mesa, los que no sabían de mi historia con Dax. Sus caras solo mostraban confusión. No estaba segura de querer ir tras él. Sabía que mi corazón estaba acelerado. Sabía que él me importaba. Pero la idea de volver a dejarlo entrar me aterraba.

—Si no lo haces, lo haré yo —agregó Jeff—. Esto ha sido *hot*.

—Dejadme salir. —Reí. Necesitaba al menos escuchar qué tenía que decir. Empujé a Lisa y a Avi a su lado. No se movieron lo suficientemente rápido, así que pasé por encima de la mesa.

—¿En serio? —preguntó Dallin al tener que mover su batido y sus patatas para que no acabaran sobre su regazo.

—¡Vete a la mierda! —le dije, sin importarme ni por un segundo lo que él pensara en ese momento. Jeff rio detrás de mí.

Había tardado demasiado en salir. La acera estaba vacía. Miré a un lado y al otro de la calle, con la esperanza de que hubiera una parada de autobuses. No la había. Dax no estaba a la vista. Di la vuelta y caminé hasta el final del edificio, después me asomé por la esquina. Dax estaba allí, recostado contra la pared.

Me quedé sin aliento y me detuve a pocos pasos de reunirme con él, lo suficientemente lejos como para estar fuera de su alcance.

—Hola —le dije.

—Hola. Gracias por salir.

Asentí y froté la piel de gallina que se había extendido por mis brazos. Él

se quitó la chaqueta y me la ofreció.

—Está bien. Estoy bien. —Ni siquiera estaba segura de cuánto tiempo estaría allí afuera. No necesitaba estar envuelta en su aroma mientras intentaba pensar con claridad.

Él no volvió a ponerse su chaqueta, solo la sujetó en sus manos.

—Fui al partido esperando verte, pero no fue un buen momento. Sabía que tus amigos y tú normalmente venís aquí después, así que pensé que podría venir, porque necesitaba hablar contigo. Me siento... —Levantó la vista hacia mí, en lugar de seguir mirando al suelo—. Me siento fatal por cómo te traté el otro día. Lo siento. No lo merecías. Sé que tenías buenas intenciones. Quisiera decir que actué así porque estaba impactado por haber visto a mi madre o porque estaba asustado por lo que estaba sintiendo por ti, pero no hay excusa para el modo en que me comporté.

—Gracias. —Quería que él se acercara, que diera el primer paso, porque yo no podía. Él me había lastimado y, esta vez, era yo la que había levantado un muro.

—No debí haberte besado.

—¿Qué?

—Me advertiste lo que pasaría si te besaba y no te escuché.

Solté una risa ahogada.

Él sonrió. Era una sonrisa triste, no a la que me había acostumbrado, pero de todas formas logró estrujar mi corazón.

—No, eso es mentira. Ya estaba involucrado antes del beso. Jeff es un chico agradable y un afortunado HDP, de verdad.

La risa escapó de mí y me cubrí la boca.

Dax se apartó de la pared y supe que estaba marchándose, ya que había dicho lo que tenía para decir. Pensé en dejarlo ir, porque el recuerdo de ese día en el coche aún me dolía físicamente.

Pero no pude. A pesar de que sabía que eso podría terminar en desilusión, que él podría volver mi vida aterradora, complicada e impredecible, sabía que no podía dejar que se fuera. Porque él también podía hacerla feliz, reconfortante y completa.

—Jeff y yo no estamos juntos.

Se detuvo, un pie por delante, la chaqueta aún en sus manos.

—¿No?

—Resulta que yo tampoco sigo las reglas.

—¿Cómo es eso?

—Me involucré con alguien con quien dije que no lo haría.

—Espero que te estés refiriendo a mí.

Asentí. Él dio tres largos pasos para acercarse a mí y me elevó en un abrazo. Podía sentir su corazón latiendo contra mi pecho, rápido y con fuerza.

Cerré los ojos y hundí mi rostro en el espacio entre su hombro y su cuello.

Un escalofrío bajó por mi espalda, él se separó de mí y envolvió mis hombros con su chaqueta, después volvió a aferrarme contra él, sus labios a milímetros de los míos.

—¿Estás seguro de que estás listo para esto?

—¿Para qué?

—Compromiso.

—Tú lo haces fácil —respondió sonriente.



-¿Estás segura de que quieres ir a esta fiesta? No tenemos que hacerlo — dijo Dax.

Era la noche siguiente y Dax estaba en mi habitación pasando las fotografías en mi ordenador. Había conocido a mis padres antes. Fue bastante bien. Más vergonzoso que otra cosa. Ellos lo adoraron. Lo adularon, en realidad. Más que nada por todo el escenario del rescate de la biblioteca que tenían en sus mentes. Y yo no iba a corregirlos, porque él realmente me había ayudado en la biblioteca. No podía imaginar cómo habría empeorado mi ansiedad sin él.

Mi madre no dejaba de darle la mano y de decir: «Estoy muy contenta de conocerte. Muy contenta».

—¿También os conocéis del instituto? —preguntó mi padre.

—Sí —le respondí—. Vamos al mismo instituto. Pero no nos conocíamos realmente antes de lo de la biblioteca.

—¿Y ahora estás invitando a mi hija a salir? —dijo mi padre con una sonrisa—. La biblioteca os ha unido. —Después levantó la vista, como si

estuviera leyendo algo escrito en el aire frente a él—. «Los libros unen a las personas», sería un buen eslogan para la biblioteca.

—No creo que seas el primero al que se le ocurre eso, papá.

—Creo que mi hija quiere decir que no soy tan genio como creo que soy —sonrió.

—No, definitivamente eres tan genio como crees que eres —afirmé y le di una palmadita en el brazo.

—¿Eso ha sido un insulto? —preguntó, con los ojos entornados.

—No lo creo.

Él rio.

—Iremos a mi habitación un momento, mientras termino de prepararme.

—¿Puedo llevarte algo? —le preguntó mi madre a Dax—. ¿Agua, un bocadillo...?

Pensé que completaría la frase con *un abrazo*, así que cogí a Dax de la mano y lo alejé. Había estado tan callado durante el intercambio que temí que cambiara de opinión sobre querer tener un compromiso con alguien, si ese compromiso incluía unos padres como los míos.

—Lo siento —le dije.

—No, yo lo siento. La verdad es que no soy bueno con los padres. No sabía qué decir. Ellos han sido muy agradables. Mejoraré.

—Eres tan mono. —Reí y lo abracé—. Y has estado bien. Creo que ya eres su favorito. Ya no tienes que hacer mucho esfuerzo.

—¿Mono?

—Sí —afirmé y lo besé—. ¿No es un adjetivo que te guste?

—Puedo vivir con ello.

—Siéntate. Necesito terminar de arreglarme. —Sonriente le señalé el puf de mi habitación.

En lugar de sentarse, Dax comenzó a caminar por mi habitación, mirando

las fotografías de las paredes. Algunas las había hecho yo, otras eran de fotógrafos a los que admiraba. Se detuvo en mi armario, admirando algunas imágenes divertidas de mis amigos y yo. No había pensado en las últimas veinticuatro horas en revisar esas fotografías y quitar las que pudieran molestarle. Como la que había contemplado durante meses, de Jeff y yo, su brazo colgando sobre mi hombro, yo mirándolo a él en lugar de a la cámara. Lo olvidé. Ya era demasiado tarde.

Cogí mi máscara de pestañas y me acerqué a mi espejo de cuerpo entero.

—¿Tú has hecho alguna de estas? —Dax señaló las fotografías con su cabeza.

—No. Bueno, es decir, sí, probablemente algunas sí. Pero esas son solo de mi teléfono o me las enviaron mis amigos. Las mías están en la ordenador.

—¿Puedo verlas?

—¿Quieres verlas?

—Claro.

Cogí mi ordenador y lo encendí. Después abrí la galería de fotografías y se la entregué a él. Él se sentó en el puf y comenzó a recorrerlas.

Lo observé con nerviosismo durante un momento, con mi máscara aún abierta en la mano y entonces él levantó la vista y me hizo la pregunta.

—¿Estás segura de que quieres ir a esta fiesta? No tenemos que hacerlo.

—La verdad es que me siento bien hoy. Creo que estaré bien.

—En vez de eso, podemos ir a caminar. Hay un camino increíble, que es tranquilo y desde donde se puede ver el valle. Creo que te gustará.

—Sí. —Sí que sonaba increíble.

—¿Sí?

—Sí. Hagamos eso mañana.

Él asintió dudoso, después volvió a centrar su atención en el ordenador.

—Estas son muy buenas. De verdad, Autumn. La de la telaraña congelada

es sorprendente.

—¿No crees que vaya a estar bien en la fiesta?

—No, no es eso.

—¡Ah! —Entonces me di cuenta—. *Tú* no quieres ir a esa fiesta.

—Estoy seguro de que lo has notado. —Él soltó una risita—. No soy bueno con... bueno... las personas.

—Eres genial conmigo. —Sonreí, arrojé la máscara de vuelta al cajón y me puse de cuclillas a su lado. Hizo a un lado el ordenador y me subió al puf junto a él. Yo recorrí su pelo con mis dedos—. No tenemos que quedarnos mucho tiempo. Pero es la celebración de que Jeff ha salido del hospital y, ya sabes, que esté vivo y esas cosas... Creo que es importante que vaya. Y quiero que vengas conmigo. Que conozcas a mis amigos oficialmente.

Rodeó mi cintura con sus brazos y me acercó a él. Tal vez no quería ir a la fiesta después de todo.

—Tengo algo para ti —dijo.

—¿Sí?

Se movió y extrajo un objeto de su bolsillo. Era una radiante pulsera rosa.

—¿Dónde la has conseguido? —Fruncí el ceño—. Yo me deshice de la mía.

—Lo supuse. Fui a la biblioteca. —Él cogió mi muñeca y me la ató alrededor, después levantó su propia muñeca. Su pulsera, que siempre había tenido en la mano derecha, ahora estaba en la izquierda, cubriendo su tatuaje. Él no dijo nada. No tenía que hacerlo. Descansé mi cabeza sobre su hombro, con una sonrisa grabada en mi rostro.



Era ruidosa, escandalosa y estaba atestada, justo como la última fiesta que Dallin había ofrecido. Me recordé a mí misma que había un cuarto de lavado vacío disponible por si lo necesitaba. Eso pareció apaciguar mi corazón acelerado. Sin mencionar la mano de Dax en la mía. Lo guie entre la multitud, presentándolo a diferentes personas, incluidos Jeff y Dallin, hasta que encontré a Lisa.

—Hola, bebé. —Me dio un golpe de cadera—. Lo hiciste. Y trajiste a tu chico. —Le sonrió a Dax—. Hola, soy Lisa.

—Hola —respondió Dax.

—Te he visto por ahí. Más recientemente en Iceberg, donde intentabas ganarte a mi mejor amiga.

—Creo que gané. —Dax levantó nuestras manos unidas.

—Ganaste el mejor corazón del mundo, así que cuídalo. —Miré a Lisa sorprendida. Normalmente no era tan sentimental. Ella me miró a los ojos, después agregó—: ¿Puedo robarte para que bailes conmigo o prefieres quedarte aquí que hay menos gente?

—Me encantaría bailar contigo. —Presioné la mano de Dax—. ¿Vas a estar bien?

—Estoy bien.

—No tuve oportunidad de hablar contigo anoche. —Lisa me arrastró al medio de la multitud.

—Lo sé. Estaba algo ocupada corriendo detrás de un chico y esas cosas.

—Me alegra que hayas venido esta noche. —Ella rio—. Me preocupaba que después de anoche te sintieras... no lo sé...

—¿Estúpida?

—No, no estúpida, sino avergonzada o algo. Me preocupaba que no quisieras estar con nosotros. Lamento todo el asunto del secuestro.

—No, está bien. —Negué con la cabeza—. Se suponía que todo era

inocente y divertido, yo lo sabía, pero no pude convencer a mi cuerpo de eso. Mi cuerpo y mi mente no trabajan bien juntos algunas veces.

—Lo lamento.

—Es la vida —afirmé y me encogí de hombros—. La mayoría de las veces es manejable. Aún quiero vivir, ¿sabes?

—Lo sé. Me alegra que vinieras.

—También a mí.

—¿Deberías rescatarlo? —preguntó acercándose a mí después de que la canción terminara.

Miré por encima de mi hombro y vi a Dax rodeado por Jeff, Dallin, Zach y Connor.

—Le daré un minuto para ver cómo va.

—Él parece bueno para ti —afirmó Lisa—. Más tranquilo o estable, no lo sé; simplemente encajáis.

—Lo hacemos.

—Y no hace daño que sea tan fácil de ver.

Reí y observé al grupo de chicos otra vez. Jeff, Dallin y los demás estaban riendo y hablando de forma animada, golpeándose ocasionalmente o empujándose unos a otros. Y Dax estaba allí, con una pequeña sonrisa en su rostro, solo escuchando, su cuerpo rígido. Después su mirada se encontró con la mía, él dijo algo, los dejó y avanzó en dirección a mí.

—Voy a bailar con mi novio ahora —dije mientras presionaba el brazo de Lisa.

—Yo iré a ligar —admitió ella con una sonrisa.

—Diviértete.

Dax llegó a mi lado, me cogió de la mano y me llevó por las escaleras y a través de dos corredores, sin decir una palabra. No supe si Jeff o alguno de los otros había dicho algo o si algo más estaba molestándolo hasta que abrió

la puerta del cuarto de lavado, me llevó dentro y cerró la puerta detrás de él.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Solo pensé que teníamos que visitar nuestra habitación preferida de la casa.

Me reí y él me rodeó en un abrazo.

—¿Quieres bailar? —le pregunté. La música estaba un poco apagada, pero aún era audible.

Él me meció a un lado y al otro, mucho más lento que el ritmo de la música.

—Así que, ahora que tienes un compromiso con una chica, tal vez puedas asistir más a clase o hasta tener un gato —le dije.

Pude sentir que su mejilla, presionada contra la mía, se elevó en una sonrisa.

—Paso a paso, Autumn, paso a paso.

AGRADECIMIENTOS

A todos vosotros ahí afuera, que vivís con ansiedad, depresión u otra enfermedad mental: sois tenidos en cuenta. Sé que hay días en los que sentís que habéis dominado a una bestia y días en los que sentís que os ha dominado a vosotros. Gracias por ser vosotros mismos y por seguir luchando.

¡Este es mi séptimo libro! ¡¿Séptimo?! ¿Cómo ha pasado? Os contaré como ha pasado, lectores. Vosotros me inspiráis a seguir escribiendo con vuestro apoyo y cariño. Me hacéis desear escribir más historias y explorar nuevos personajes, porque seguís viniendo a por más. ¡Gracias! Escribir es mi cosa favorita y estoy muy feliz de poder seguir haciéndolo.

Me gustaría darle muchas gracias a Erika Hill de la Biblioteca Provo en Utah, quien me ha recibido a mí y a mis amigos para firmas de libros a lo largo de los últimos años. La Biblioteca Provo inspiró este libro. Es asombrosa. Gracias por el recorrido especial que me ofreciste al descubrir que estaba escribiendo *A tu lado*, porque me demostró que la biblioteca no es solo asombrosa, también es realmente genial (el campanario, principalmente). Tuve que hacerle algunos ajustes a la biblioteca para la historia, pero, en general, intenté mantenerme fiel a las sensaciones del edificio.

Como siempre, me gustaría darle las gracias a mi agente, Michelle Wolfson. Has estado ahí desde el comienzo, en todos los altibajos de la industria, y sin ti probablemente estaría perdida ahora. O al menos más perdida. Eres un increíble apoyo y una gran amiga.

Gracias a Catherine Wallace, mi editora. Eres muy buena haciendo que la visión mejore. Gracias por creer en mis historias y hacer que cobren vida. Y al resto de mi equipo de Harper (Jennifer Klonsky, Stephanie Hoover,

Elizabeth Ward, Tina Cameron, Bess Braswell, Jon Howard, Maya Packard, Michelle Taormina, Alison Klaphon, las chicas de Epic Reads y otros que seguro estoy olvidando), ¡gracias!

Mi esposo, Jared, se ha convertido en el primer lector de mis historias y es increíble dándome la confianza que necesito antes de enviárselas a las personas que tienen que hacerlas pedazos para que yo pueda mejorarlas. No solo lee mis historias, él me apoya en todo lo que hago. De hecho, estoy escribiendo estos agradecimientos durante los Juegos Olímpicos de Río y le dije que quiero hacer remo. Él ha dicho: «Será mejor que nos mudemos a Michigan, entonces». (Que conste que probablemente no comience a remar). Te quiero, Jared.

No es extraño cómo estoy siempre cambiando de primera a tercera persona. ¿No os alegra que sea mejor escribiendo libros que escribiendo agradecimientos? A menos que odiéis mis libros. Entonces probablemente sea un empate para vosotros.

Este párrafo también será sobre mi familia. Mis hijos son increíbles. Sé que otras personas piensan que sus hijos son los mejores, pero yo creo que gané la lotería de hijos. (Debí haber reservado esta línea para mi próximo libro, que trata de ganar la lotería. Alerta de anticipo de agradecimientos, la sección de agradecimientos de mi próximo libro volverá a tener la línea de *lotería de hijos*. Hanna, Autumn, Abby y Donavan, gracias por apoyarme y por ser unos niños bastante tranquilos que siempre saben cómo hacerme reír. Os quiero mucho a todos.

También tengo otros amigos escritores asombrosos, que siempre están cerca para ayudarme a poner mi historia en orden, para hacer una tormenta de ideas o para quedarse despiertos hasta las tres de la madrugada en conferencias de escritores, haciéndome reír tanto que acabo llorando. Mucho amor para: Candice Kennington, Jenn Johansson, Renee Collins, Natalie

Whipple, Michelle Argyle, Sara Raasch, Bree Despain, Jeff Savage, Tyler Jolley, Charlie Pulsipher y Michael Bacera. No debí haber comenzado a decir nombres. Ahora voy a olvidar a alguien y me sentiré fatal.

Dicho esto, diré más nombres. Es decir, eso es un poco de lo que se trata esta sección. Respecto a amigos no escritores a los que quiero y que mantienen mis pies sobre la tierra: Stephanie Ryan, Rachel Whiting, Elizabeth Minnick, Claudia Wadworth, Misti Hamel, Brittney Swift, Mandy Hillman, Emily Freeman y Jamie Lawrence.

Por último, pero no menos importante, mi fantástica familia numerosa. ¿Estáis listos para otra larga lista de nombres de personas a las que quiero mucho? Aquí va: Chris DeWoody, Heather Garza, Jared DeWoody, Spencer DeWoody, Stephanie Ryan, Dave Garza, Rachel DeWoody, Zita Konik, Kevin Ryan, Vance West, Karen West, Eric West, Michelle West, Sharlynn West, Rachel Braithwaite, Brian Braithwaite, Angie Stettler, Jim Stettler, Emily Hill, Rick Hill y a los veinticinco niños que hay entre estas personas.